ALFRED HITCHCOCK Y
LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores* se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



M. V. Carey

Misterio del círculo mágico

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 27

ePub r1.3
Titivillus 16.11.16

Título original: *The mistery of the magic circle*
M. V. Carey, 1978
Traducción: Miguel Giménez Sales
Ilustraciones: R. Escolano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Unas palabras de Alfred Hitchcock.

Hola, amantes de los misterios.

De nuevo tengo el honor de presentaros a *los Tres Investigadores*, a esos tres jóvenes detectives cuya especialidad son los misterios… y cuanto más extraños, mejor. En esta aventura, los intrépidos pesquisidores se encuentran con una bruja que, escondiéndose de la sociedad, celebra ritos secretos, y sufre y se lamenta por un accidente ocurrido muchos años atrás. ¿O tal vez no fue un accidente? ¿Pudo ser un asesinato ejecutado mágicamente?

Si no conocéis aún a los Tres Investigadores, debo hablaros de Jupiter Jones, el jefe del grupo, el cual es un muchacho grueso, con un talento asombroso para sacar deducciones de cualquier detalle. Pete Crenshaw, el segundo investigador, es veloz y atlético, mientras que Bob Andrews, un chico muy estudioso, emplea su talento de investigador para ayudar a solucionar los problemas con que siempre tropiezan sus amigos. Los tres jóvenes viven en Rocky Beach, California, no lejos de Hollywood.

Y basta ya de presentaciones. Podéis pasar al capítulo primero y empezar a enteraros de esta aventura.

ALFRED
HITCHCOCK

CAPÍTULO 1

¡Fuego!

—¿Qué queréis exactamente, muchachos? —preguntó Horacio Tremayne.

Se hallaba en el umbral de la sala de correspondencia de la editorial *Amigos*, contemplando con el ceño fruncido a Jupiter Jones, Bob Andrews y Pete Crenshaw.

—¿Qué queremos? —repitió Pete—. Nada. Tan sólo estamos seleccionando las cartas.

—¡No me vengáis con ésas! —tronó Tremayne. Su rostro, casi siempre plácido, parecía amenazador—. ¡Tenéis mucha caradura al fingiros empleados de Correos, cuando en realidad sois detectives privados!

Tras estas palabras, Tremayne, el joven editor de la editorial *Amigos*, a quien sus buenos amigos llamaban Beefy, se relajó y se echó a reír.

—Sois detectives privados, ¿verdad? —inquirió.

—Caramba —sonrió Pete—, casi me había asustado.

—La profesión de detective privado —explicó Bob—, no tiene mucho éxito este verano. Por esto decidimos adquirir alguna experiencia con el trabajo de oficinas.

—¿Cómo lo averiguó? —quiso saber Jupiter Jones, con expresión de gran curiosidad.

—Anoche, mi tío Will alquiló un coche para que nos llevase a un estreno de Hollywood —repuso Beefy Tremayne—. Era un Rolls-Royce, con placa dorada, conducido por un chófer inglés llamado Worthington.

—Entiendo —rió Jupe, ya que Worthington era un antiguo amigo de los tres chicos.

Tiempo atrás, Jupe había tomado parte en una competición patrocinada por la compañía de coches de alquiler *Ride*

Rent'n

, y había ganado el primer premio consistente en poder utilizar durante treinta días el Rolls Royce de placa dorada. Worthington fue el chófer durante aquellos treinta días, y había quedado fascinado con el trabajo detectivesco de los Tres Investigadores.

—Salieron a relucir vuestros nombres cuando Worthington habló de sus clientes habituales —continuó Beefy—. Al saber que los tres trabajabais aquí este verano, me aseguró que me divertiría bastante. Dijo, en efecto, que a vuestro alrededor siempre ocurre algo.

—No es eso exactamente —replicó Pete—. ¡Es Jupe el que hace que siempre ocurra algo!

—Y después, entre los tres solucionamos el problema —concluyó Bob.

Jupiter extrajo una tarjeta de su cartera y se la entregó a Beefy, el cual leyó:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador Jupiter Jones

Segundo Investigador Pete Crenshaw

Tercer Investigador Bob Andrews

—Muy profesional —alabó Beefy—. ¿Qué significan los signos de interrogación?

El grueso Primer Investigador pareció perplejo. La gente siempre se interesaba por aquellos signos.

—Son el símbolo universal de lo desconocido —explicó Jupe—. Lo desconocido siempre es intrigante.

—Es verdad —asintió Beefy—. Bien, si alguna vez necesito unos detectives privados os contrataré. Worthington afirmó que sois muy listos.

—Bueno, hemos solucionado algunos misterios muy interesantes —reconoció Jupe—. Aunque creo que nuestro éxito se debe al

hecho de que nosotros creemos en casi todo lo que sucede.

—Sois muy jóvenes y no tenéis prejuicios, ¿eh? —comentó Beefy —. Esto puede ser de gran ayuda en una investigación. Lástima que aquí no haya nada que investigar… ¡aparte de averiguar por qué la máquina del café lo hace tan malo!

Los muchachos oyeron unos pasos fuera de la sala de correspondencia. Beefy salió al pasillo y miró hacia la parte delantera del edificio.

—Tío Will, ¿por qué has tardado tanto? —preguntó.

Un instante después, al lado de Beefy apareció un hombre alto y delgado, con el pelo color arena y un bigotito sobre el labio superior. Era el señor William Tremayne y, como de costumbre, iba muy elegante. Llevaba pantalones de color beige y una chaqueta de paño de color cacao. Miró al interior de la sala de correspondencia, pero no se molestó en hablar ni saludar a los muchachos.

—Cuando dejé el auto en el garaje —explicole a su sobrino—, no tenían ningún otro y tuve que llamar a un taxi. ¡Oh, es muy molesto! En estos tiempos no hay nada que esté debidamente organizado.

—Supongo que no —concedió Beefy con tono amistoso—. Bien, oye, tío Will. Hoy es el día en que Marvin Gray traerá el manuscrito. ¿Tienes que decirle algo?

—¿Marvin Gray? —repitió William Tremayne, a la vez fastidiado e intrigado.

—Vamos, tío Will, tienes que acordarte de él —dijo Beefy—. Es el encargado de los asuntos de Madeline Bainbridge. Fue él quien negoció el contrato de ese libro.

—Ah, sí —recordó William Tremayne—. El chófer.

—Había sido el chófer de Madeline —Beefy pareció irritado, pero respiró profundamente y mantuvo su voz otra vez tranquila—. Ahora es el encargado de todos los asuntos de Madeline Bainbridge, y ese manuscrito que traerá puede ser algo magnífico. Madeline Bainbridge conocía a todos cuantos eran alguien en Hollywood, cuando ella era una estrella de primera magnitud. ¡Aguarda a que la gente se entere de que vamos a publicar sus memorias!

—Seguro que causarán sensación —asintió William Tremayne desdeñosamente—. No comprendo la fascinación que ejercen las actrices de otra época, pero no hay nada que nos impida ganar unos

dólares con su publicación.

—La Bainbridge no es una estrella de otra época —objetó Beefy.

—Pues ¿qué es? —replicó su tío—. Lleva treinta años sin hacer una película.

—Es una leyenda —declaró Beefy.

—¿Existe alguna diferencia? —preguntó William Tremayne.

Dio media vuelta sin aguardar la respuesta. Un momento más tarde, los muchachos le oyeron subir por la escalera que conducía al segundo piso, donde tenía su despacho. Beefy adoptó una expresión de pesadumbre, como solía hacer cuando conversaba con su tío.

—¿Conoce usted a Madeline Bainbridge? —preguntó Jupe.

—Ah, ¿la conoces tú? —parpadeó Beefy.

—Soy un gran aficionado al cine y al teatro —explicó Jupe entonces—. Y he leído todo lo que se refiere a Madeline. Era muy guapa y creo que una buena actriz. Naturalmente, hoy día es difícil juzgar su calidad como tal, ya que sus películas no se han repuesto ni han pasado por televisión.

—Yo no la conozco personalmente —declaró Beefy—. Es como una ermitaña. No ve nunca a nadie. Todo lo hace a través de Marvin Gray. Ese tipo parece muy competente, aunque empezara como su chófer. Madeline Bainbridge compró los negativos de sus películas a los productores cuando se retiró, y se hallan depositados en una caja de caudales de su residencia, cerca de Malibú. Marvin Gray insinuó que Madeline tal vez decida venderlos pronto a la televisión. Si es así, sus memorias podrían ser el libro más vendido del año.

Beefy sonrió ante esta idea y se marchó de la sala. Los tres amigos le oyeron subir por la escalera y tropezar. Por lo visto, se enderezó y trepó al segundo piso, silbando alegremente.

—Es un buen chico —observó Pete, pero no coordina bien sus movimientos.

Nadie lo discutió. Los muchachos llevaban tres semanas trabajando en las oficinas de la editorial *Amigos*, y sabían que Beefy Tremayne tropezaba todas las mañanas en la escalera. Era un joven de anchos hombros, tan musculoso como un atleta, pero daba la impresión de estar compuesto de fragmentos mal encajados entre sí. Sus piernas eran demasiado cortas para su pecho en forma de barril; sus pies eran demasiado pequeños, lo mismo que su nariz, que se

había roto al caer en edad muy temprana, por lo que estaba un poco aplastada y ligeramente ganchuda. Llevaba el cabello rubio muy recortado y no obstante siempre parecía ir despeinado. Y aunque sus ropas eran limpias y bien almidonadas sus camisas, siempre parecían arrugadas. Era un individuo de aspecto muy agradable y los chicos le apreciaban.

Pete y Bob empezaron a seleccionar el correo, colocando las cartas en montoncitos sobre la larga mesa situada a un lado de la sala. Jupe estaba abriendo una gran saca de lona repleta de cartas cuando irrumpió en la sala un individuo de rostro enjuto y cabellos grises.

—Buenos días, señor Grear —le saludó Jupiter.

—Buenos días, Jupe —repuso el recién llegado—. Buenos días, Bob y Pete.

El señor Grear, gerente de la oficina, entró en el cubículo contiguo a la sala de la correspondencia y tomó asiento detrás de su escritorio.

—¿Habéis visto esta mañana al señor William Tremayne? —preguntó.

—Subió a su despacho hace unos pocos minutos —replicó Jupe.

—He de verle —suspiró el señor Grear.

No le gustaba el señor William Tremayne. En realidad, no gustaba a nadie del personal. William Tremayne era para todos un usurpador. El padre de Beefy había sido el fundador de la editorial *Amigos*, y Beefy debía heredarla. Un trágico accidente marítimo había dejado huerfano a Beefy a los diecinueve años, mas según las cláusulas del testamento de su padre, William Tremayne debía de ser presidente de la empresa y controlar todos sus negocios hasta que Beefy cumpliera los treinta años.

—Supongo que el padre de Beefy sólo trató de proteger a su hijo y al negocio —había comentado un día el señor Grear.

Nadie sospechaba que Beefy poseía un buen olfato como editor, aunque así era. Siempre parecía reconocer los buenos manuscritos. Y ahora, a pesar de esto, todos debían obediencia a William Tremayne… al menos hasta el próximo abril, en que Beefy cumpliría la edad estipulada.

—Habrá sido una gran prueba —había continuado el señor Grear—. El señor William Tremayne es el único que toma

decisiones que se refieren al dinero, por lo que cada vez que necesito algo nuevo, aunque sea una caja de lápices, he de pedirle permiso para comprarla.

El señor Grear siempre se enfadaba cuando hablaba con muchachos sobre William Tremayne. También esta vez lo estaba, aunque no volvió a hablar. Todavía se hallaba en su despachito contemplando tristemente los papeles esparcidos sobre su escritorio, cuando Pete se marchó para repartir el correo a las otras dependencias de la casa.

La editorial *Amigos* estaba situada en un edificio de adobe, un histórico edificio de dos plantas, embutido entre unas estructuras comerciales y más modernas de la concurrida Avenida del Pacífico, de Santa Mónica. Aquel edificio de adobe databa de la época en que California estaba regida por los gobernadores mexicanos. Sus muros eran gruesos, como son siempre los de adobe, y aunque el sol de verano centelleaba fuera, las habitaciones estaban más bien frías. Unos enrejados de hierro en todas las ventanas del primer piso añadían encanto al edificio.

Pete entró primero en el departamento de contabilidad, una enorme sala que se hallaba frente a la de correspondencia, al otro lado del corredor. El jefe del departamento era un hombre de edad madura que supervisaba el trabajo de dos mujeres de aspecto poco amable, atareadas con máquinas de sumar y montones de facturas.

—Buenos días, señor Thomas —le saludó Pete.

Dejó un puñado de sobres encima de la mesa de trabajo del jefe.

—Deja el correo —le ordenó Thomas, arrugando el entrecejo— sobre aquella mesa. ¿Qué te pasa? ¿No eres capaz de recordar una cosa tan sencilla como ésta?

—Está bien, Thomas —exclamó una voz a espaldas de Pete.

Era el señor Grear. Se hallaba en el corredor y contemplaba al jefe de contabilidad.

—Estoy seguro —continuó— de que Pete lo recuerda. Pero recuerde usted también que yo superviso la sala de la correspondencia. Si los chicos no cumplen bien sus funciones, me lo dice usted a mí y yo me encargaré de solucionar el asunto.

Pete salió del departamento. Al pasar junto al señor Grear, en el corredor, le oyó murmurar:

—¡Busca líos! No durará aquí mucho tiempo. ¡No sé cómo lo

aguantaron cinco años en la empresa farmacéutica!

Pete no hizo ningún comentario. Tenía varias cartas para la recepcionista, cuya mesa se hallaba en el vestíbulo. Las entregó y subió al segundo piso. Allí estaban los despachos de los publicistas, los dibujantes y del personal de producción.

El señor Grear y el señor Thomas no volvieron a hablarse hasta mediada la tarde. Fue entonces cuando la fotocopiadora situada en una esquina de la sala de correspondencia se estropeó. Esto provocó una violenta discusión entre el señor Thomas, que insistía en que debían reparar inmediatamente la máquina, y el señor Grear, que declaró escuetamente que el mecánico no acudiría hasta la mañana siguiente.

Todavía estaban discutiendo los dos hombres cuando, poco antes de las cuatro, Jupiter subió al segundo piso para recoger la correspondencia. La señora Paulson, secretaria de Beefy, levantó la vista y sonrió al ver a Jupe en su despacho. Era una mujer regordeta, de cara lisa y mucho mayor que Beefy, y que ya había sido secretaria de su padre. Le dio a Jupe un par de sobres. Después desvió la mirada hacia más allá del muchacho, al ver que alguien subía por la escalera.

—Le está esperando —dijo la secretaria, señalando la puerta abierta del despacho de Beefy.

Jupe volvió la cabeza. Se trataba de un individuo delgado, de cabello negro, que llevaba un traje de tela de gabardina clara, y que penetró en el despacho de Beefy.

—Es Marvin Gray —susurró la señora Paulson—. Viene a entregar el manuscrito de Madeline Bainbridge —suspiró—. Se ha pasado toda la vida cuidando de los asuntos de Madeline. Romántico, ¿verdad?

Antes de que Jupe pudiese responder, Beefy salió de su despacho con un mazo de papeles en la mano.

—Ah, Jupe, me alegro de que estés aquí. Lleva este manuscrito abajo, a la fotocopiadora, y que hagan inmediatamente un duplicado. Está hecho a mano y no hay copias. El señor Gray está muy inquieto por su seguridad.

—La fotocopiadora no funciona —repuso Jupe—. ¿Debo llevar el manuscrito a alguna tienda y fotocopiarlo allí?

Gray apareció en el umbral al lado de Beefy.

—¡No, oh, no! —exclamó—. Será más seguro guardarlo aquí.

—Nosotros lo guardaremos cuidadosamente —prometió Beefy.

—Perfecto —asintió Gray—. Y ahora que ya tiene el manuscrito, entrégueme el cheque, pues me marcho.

—¿El cheque? —repitió Beefy—. ¿Se refiere al adelanto?

—Claro —asintió Gray—. Según el contrato, ustedes tienen que pagarle a la señorita Bainbridge veinticinco mil dólares al recibo del manuscrito.

Beefy pareció estupefacto.

—Señor Gray, nosotros solemos leer antes todos los manuscritos. Además, todavía no tenemos preparado el cheque.

—Oh… —exclamó Gray—. Entiendo. Está bien. Esperaré que llegue el cheque a mis manos por correo.

Salió y bajó a la planta baja, casi sin despedirse.

—Pues sí que está ansioso por recibir el dinero —comentó la señora Paulson.

—Por lo visto no sabe nada respecto a los contratos de una editorial —sonrió Beefy—. No comprendió la cláusula según la cual un manuscrito ha de ser aceptable.

Tras esto, Beefy volvió a su despacho y Jupe bajó a la sala del reparto.

—¿Queréis hacer unas horas extraordinarias esta tarde? —preguntó el señor Grear, al ver a Jupe—. Han traído de la imprenta los folletos para la propaganda por correo del libro *El canto del pájaro*. Podéis meterlos en los sobres en un par de horas, y yo los llevaré por la mañana a primera hora al correo.

Los muchachos se alegraron de poder ganar unos dólares extras y llamaron a sus respectivos hogares de Rocky Beach, para comunicar que llegarían más tarde. Se hallaban ya muy atareados metiendo las circulares en los sobres cuando se marchó el resto del personal, solos o por grupos. A las cinco y cuarto, entró el señor Grear para llevar las últimas cartas al correo.

—A la vuelta —prometió—, compraré unas patatas fritas en la tienda de la esquina.

Los muchachos continuaron trabajando afanosamente. Una ráfaga de viento se coló por la ventana abierta de la sala. Fue por esto que la puerta se cerró con estrépito. Los chicos se sobresaltaron al oír el golpe, y prosiguieron con su tarea.

A las seis y cuarto, Bob dejó de trabajar y olfateó el aire.

—Huelo a humo —murmuró.

Pete miró hacia la puerta cerrada. En medio del silencio, podían oír el ruido del tráfico de la Avenida del Pacífico. De pronto también oyeron otro ruido… una especie de crepitación ahogada por las gruesas paredes de adobe.

Jupe frunció el ceño. Fue hacia la puerta y aplicó las manos sobre la madera. Estaba caliente. Bajó la mano hasta el pestillo, lo sintió más caliente aún, y cautelosamente abrió la puerta.

Al instante, el ruido resultó casi ensordecedor. Una inmensa nube de humo penetró en la sala, obligando a retroceder a los tres amigos.

—¡Pobres de nosotros! —gritó Pete.

Jupe se arrojó con todo su peso contra la puerta y la cerró. Luego se volvió hacia los demás.

—¡El vestíbulo está en llamas! —anunció.

El humo iba penetrando por las rendijas de la puerta, espesando el aire que volaba hacia la abierta ventana, la cual daba a un callejón existente entre el edificio de adobe y el contiguo. Jupe corrió hacia allí y se asomó contra los barrotes de hierro que tapiaban la ventana.

—¡Socorro! —chilló—. ¡Fuego! ¡Socorro!

Nadie le contestó y los barrotes no cedieron.

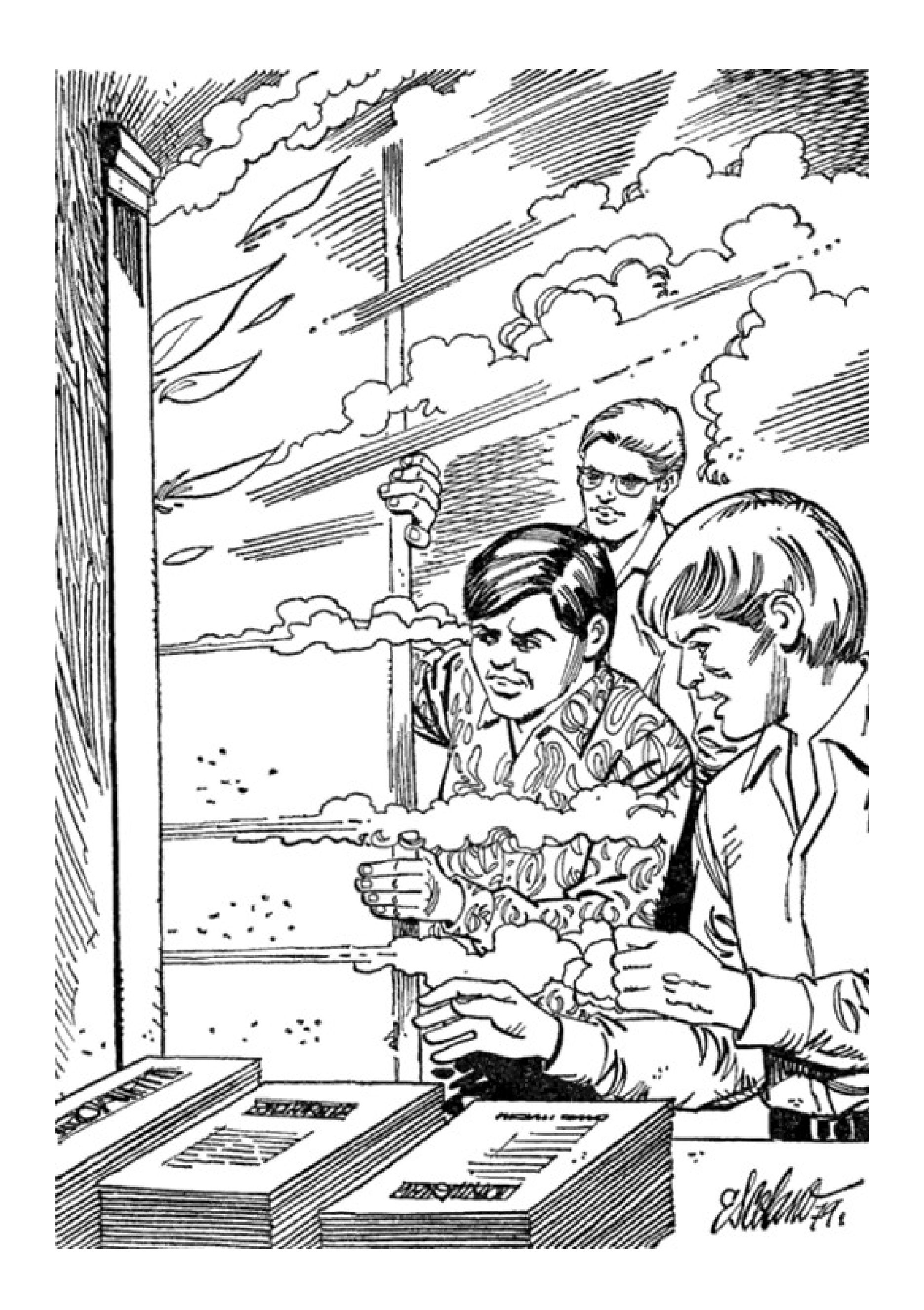
Bob cogió una silla metálica y la arrojó varias veces contra las rejas. Luego, él y Pete intentaron arrancar los barrotes. Todo inútil. La silla incluso se dobló entre sus manos y se le rompió una pata.

—¡Estamos perdidos! —se convenció Jupe, que había entrado en el despachito del señor Grear—. El teléfono no funciona y por aquí nadie puede oímos.

Corrió hacia la puerta que daba al vestíbulo.

—¡Hemos de salir de aquí, y sólo nos queda este camino!

Cayó de rodillas y abrió la puerta nuevamente con gran precaución. El humo volvió a colarse en grandes masas por la abertura. Bob tosió y a Pete empezaron a lagrimearle los ojos. Los dos amigos se arrodillaron detrás de Jupe y miraron hacia el vestíbulo. El humo parecía casi sólido. Se esparcía por todas partes y el fuego le hacía adoptar un tono rojizo al bailar por las paredes e inundar la escalera.



Por un instante, Jupe apartó la cara y respiró casi con un sollozo. Luego, echó a correr hacia delante, conteniendo la respiración. Pero antes de que atravesase el umbral, una ráfaga de aire caliente se apoderó de él como la manaza de un gigante. Jupe parpadeó, tosió, retrocedió y cerró la puerta.

—¡No podemos salir! —murmuró—. ¡Nunca podríamos pasar por en medio de esa hoguera! ¡No tenemos salida! ¡Estamos atrapados!

CAPÍTULO 2

El hombre ensangrentado

Durante un instante nadie habló. De pronto, Pete dejó oír un sonido ahogado.

—Alguien verá el humo y avisará a los bomberos —jadeó—. ¡Sí, alguien tiene que ver el humo!

Jupe miró ceñudamente a su alrededor. Y por primera vez vio algo que podía ofrecerles una oportunidad de salvarse. Debajo de la larga mesa donde los muchachos seleccionaban las cartas había una trampilla.

—¡Mirad! —exclamó Jupe—. Esa trampilla debe de dar al sótano. Ahí abajo, el aire será más respirable.

Los chicos se apresuraron a apartar la mesa de aquel sitio. Pete abrió la trampa y todos divisaron el sótano con sus muros de ladrillo. El suelo se hallaba a más de dos metros de profundidad, y el aire olía a humedad y a estancamiento. Pero los tres investigadores no vacilaron. Pete saltó por la trampa, sosteniéndose por el borde de la misma, y se dejó caer al interior del sótano. Los demás le siguieron. Una vez a salvo allí abajo, Bob se subió sobre los hombros de Pete y cerró la trampilla.

Los muchachos se quedaron a oscuras y se esforzaron por oír algo. Sólo oyeron el crepitar de las llamas. Estaban a salvo, ¿pero por cuánto tiempo? Mentalmente, Jupiter empezó a ver cómo las llamas ascendían por el segundo piso y devoraban el tejado. ¿Y si éste se derrumbaba? ¿Impediría el techo que ahora les protegía que cayesen las maderas incendiadas sobre sus cabezas? Y aunque lo impidiera, ¿se atrevería alguien a luchar contra el fuego para buscarles a ellos en el sótano?

—¡Eh! —gritó Pete, cogiendo a Jupe por el brazo—. ¿Has oído eso?

En efecto, a lo lejos aullaban unas sirenas.

—¡Ya era hora! —exclamó Bob.

—¡De prisa, bomberos! —suplicó Pete con fervor—. ¡No podemos quedarnos aquí toda la noche!

Las sirenas se iban aproximando rápidamente. Luego, hubo más sirenas, muchas más. Y de pronto, una a una, fueron callando.

—¡Socorro! —chilló Pete—. ¡Socorro, por favor! Al momento estuvieron los tres chillando. Y después de lo que les pareció un siglo, oyeron un chasquido encima del techo.

—¡Seguro que es la ventana! —decidió Bob—. ¡Han arrancado el enrejado!

A continuación oyeron el ruido del agua al salir a toda presión para inundar el piso incendiado. Jupe sintió una salpicadura en el rostro, en los hombros y los brazos. En torno a los amigos empezaron a formarse charquitos.

—¡Nos ahogaremos! —se asustó Pete—. ¡Basta! ¡Bajad a salvarnos!

Poco después cesó el ruido del agua.

—¡Abran la trampa del suelo! —gritó Bob.

Hubo la protesta de madera contra madera. Unos instantes más tarde se abrió la trampilla y se asomó un bombero.

—¡Están ahí! —gritó por encima del hombro—. ¡He hallado a los muchachos!

El bombero saltó al sótano. Dos segundos después, Bob era izado, a través de la trampilla, hasta un segundo bombero, el cual lo acompañó tambaleándose hasta la ventana. Había desaparecido la celosía, y hasta el interior de la sala de correspondencia penetraban dos mangueras. Bob se encaramó al antepecho de la ventana y saltó al callejón.

Sólo había andado unos pasos cuando oyó a Jupiter detrás suyo, que realizaba la misma operación. Les siguió Pete, así como los dos bomberos que acababan de salvarles.

—¡Seguid avanzando! —les ordenó uno de ellos—. ¡Y de prisa! ¡Va a hundirse el tejado!

Los muchachos echaron a correr hacia la calle principal, que estaba bloqueada por los coches-bomba. De acera a acera se enredaban diversas mangueras.

—¡Gracias a Dios que estáis a salvo! —exclamó el señor Grear al verles. Llevaba una bolsa de patatas fritas en la mano.

—¡Eh, usted, retroceda! —le avisó un bombero al darse cuenta de que el otro corría hacia los chicos.

El señor Grear retrocedió hacia el grupo que se hallaba contemplando el incendio desde el otro lado de la calle. Los muchachos se reunieron con él.

—No me han permitido entrar a salvaros —explicó el señor Grear—. Les dije que estabais dentro, pero no me dejaron ir con ellos.

Parecía muy apesadumbrado.

—No se apure, señor Grear —trató de animarle Jupiter—. Ahora ya estamos salvados.

Cogió la bolsa de patatas y le ayudó a sentarse encima de una especie de paredón muy bajo, situado casi enfrente del edificio incendiado.

—¡Señor Grear! ¡Señor Grear!

Los muchachos miraron en dirección de la voz. Era el señor Thomas. Se estaba abriendo paso por entre el gentío.

—Señor Grear, ¿qué ha ocurrido? Vi el humo. Estaba cenando en un restaurante próximo y vi el humo. ¿Cómo empezó, señor Grear?

Antes de que el señor Grear pudiese responder a las agitadas preguntas del señor Thomas, apareció Beefy Tremayne por la esquina de la Avenida del Pacífico. Su tío iba detrás, y más atrás todavía vieron a la señora Paulson.

—¡Señor Grear! —gritó Beefy—. ¿Se encuentra bien? ¿Y vosotros, chicos?

—Todos estamos bien —le aseguró Pete.

Beefy se agachó junto al señor Grear.

—Te habría avisado, Beefy —murmuró aquél—, pero estaba demasiado preocupado por los muchachos.

—Vimos el humo desde nuestro apartamento y hemos venido corriendo —explicó Beefy.

Se oyó un griterío y los bomberos se apresuraron a apartarse del edificio en llamas. De repente, el tejado se derrumbó estrepitosamente.

Las llamas parecieron querer alcanzar el cielo. Los gruesos muros del edificio todavía resistían, pero los bomberos concentraron su atención en los tejados y muros de las casas

colindantes.

Jupe miró a la señora Paulson, la cual lloraba.

—No, por favor, señora Paulson —la consoló Beefy—. No es más que un edificio.

—¡La editorial de tu padre! —sollozó la secretaria del joven—. ¡Estaba tan orgulloso de ella!

—Lo sé —asintió Beefy—, pero no es más que una casa. Lo que importa es que nadie haya sufrido mal alguno.

El joven editor calló y miró a los chicos con expresión interrogante.

—Nosotros hemos sido los últimos en salir —explicó Bob—. No, no hay ninguna víctima.

Beefy logró sonreír.

—Pues esto es lo que importa —repitió, dirigiéndose a la señora Paulson—. Y la editorial *Amigos* no está acabada ni mucho menos. Nuestro almacén de obras está a salvo, y también están bien guardados los clisés. ¡Diantre, si hasta tenemos el manuscrito de la Bainbridge!

—¿De veras? —inquirió la señora Paulson.

—Sí, lo metí en mi cartera y me lo llevé a casa. De modo que el asunto no es tan malo como parece y…

Beefy se interrumpió. Un individuo que llevaba una cámara acababa de bajar a la calzada y se encaminaba hacia la incendiada editorial.

—¡Hum…! —gruñó Beefy—. La televisión se ocupa del siniestro. Será mejor que busque un teléfono.

—¿Por qué? —preguntó William Tremayne.

—Quiero llamar a Marvin Gray —le explicó su sobrino— para decirle que el manuscrito de Madeline Bainbridge está a salvo. Si ve la televisión y se entera del incendio de la editorial *Amigos*, pensará que el manuscrito se ha perdido, a menos que yo le cuente antes la verdad.

Beefy se dirigió a una estación de servicio que había en la esquina, donde tenían una cabina telefónica. En el mismo instante, Jupiter se fijó en el hombre que estaba atravesando la calle…, un hombre cuyo rostro estaba más blanco que el papel. Y de una herida de la cabeza sangraba sin cesar.

—¡Canastos! —exclamó Pete.

La sangre corría por las mejillas del herido, hasta mancharle la camisa.

—¿Qué diablos…? —gritó William Tremayne.

Jupiter dio un paso al frente en el momento en que el hombre ensangrentado caía al suelo. Un bombero se inclinó sobre el caído y dos policías de uniforme se acercaron para ayudarle. Con cierta dificultad, le pusieron boca arriba, y uno de los agentes le inspeccionó la herida de la cabeza.

—¡Le conozco! —exclamó una mujer gruesa, saliendo de entre el gentío—. Trabaja en aquella casa de fotografías.

Señaló la tienda de fotografía «Jim Craft», una casa sólida situada muy cerca de la editorial *Amigos*.

—Le he visto entrar y salir de allí un montón de veces —añadió la obesa mujer.

Uno de los agentes se incorporó.

—Llamaré a una ambulancia —díjole a su compañero—. Después, echaremos una ojeada a esa tienda. Creo que ese tipo no está, por el momento, en condiciones de hablar. ¡Tardará bastante en volver en sí!

CAPÍTULO 3

¡Doble desastre!

Aquella noche, hubo una breve referencia al incendio en el último telediario. Jupiter estaba viendo la televisión junto con su tía Matilda y su tío Titus, con los que vivía. A la mañana siguiente, se levantó temprano para ver el reportaje, ya más ampliado, en el programa *Los Ángeles, hoy*.

—¿Todavía no tienes bastante información del incendio? —le increpó tía Matilda, al observar que Jupe colocaba el televisor portátil sobre la mesa de la cocina—. ¡Pudisteis morir allí!

Jupe se sentó y empezó a sorber su zumo de naranja.

—Tal vez dirán algo del hombre ensangrentado.

—¿El que cayó en medio de la calle? —puntualizó tía Matilda sentándose a contemplar la televisión, en tanto tío Titus se servía su segunda taza de café.

En la pantalla del televisor, el locutor Fred Stone mostró un rostro preocupado.

—Ayer se produjo un doble desastre en Santa Mónica —anunció —. Se incendió el edificio donde se alojaba la editorial *Amigos*, en la Avenida del Pacífico, aproximadamente a las seis de la tarde. El inmueble estaba ya vacío, salvo por tres empleados muy jóvenes, encargados del reparto de la correspondencia. Los tres chicos quedaron atrapados por las llamas, pero afortunadamente fueron rescatados por los bomberos, sin que hubiese que lamentar ninguna desgracia.

La imagen de Stone desapareció de la pantalla. Acto seguido, fue reemplazado por varias escenas de las ruinas aún humeantes, de la editorial *Amigos*. Se oyó la voz del locutor que narraba el suceso.

> *… El edificio de adobe quedó totalmente destruido. Se calcula que los daños ascienden a medio millón de dólares.*

Mientras dicha casa ardía, la policía descubrió que se había cometido un robo en la tienda de fotografía Film Craft, contigua al edificio siniestrado. Entre las cinco y las seis de la tarde, los ladrones penetraron en el laboratorio fotográfico, especializado en la restauración de películas antiguas. Se llevaron casi un centenar de rollos de película, entre los cuales se hallaban los negativos de los filmes protagonizados hace unos treinta años por la célebre actriz Madeline Bainbridge. La señorita Bainbridge, antigua estrella de la pantalla grande, acababa de vender dichas películas a la Video Enterprises, propietaria de esta emisora, la estación KLMC, junto con sus filiales…

En la pequeña pantalla volvió a aparecer Stone.

—Existe un posible testigo de este robo —continuó anunciando—. Un técnico llamado John Hughes, que estaba aún trabajando en el laboratorio. Por lo visto, fue golpeado por los ladrones en el transcurso del robo. No obstante, consiguió salir a la calle, y cayó inconsciente al suelo. Hughes recobró el conocimiento esta mañana en el hospital de Santa Mónica y se asegura que ya ha podido hacer declaraciones a la policía.

Se oyeron unos pasos en el porche y luego sonó el timbre de la puerta con insistencia. Jupe fue a abrir, y dejó pasar a Pete y a Bob.

—¿Estabas viendo la *tele*? —preguntó Pete—. Yo vi el primer telediario. El o los que golpearon ayer a ese individuo, ese Hughes, se llevaron un puñado de películas de ese laboratorio.

—Precisamente —intercaló Bob—, las películas de Madeline Bainbridge. ¡Y no creo en las coincidencias!

—Sí, es demasiada casualidad —admitió Jupiter.

Los muchachos siguieron a Jupe a la cocina. En la televisión, Fred Stone informaba de una última consecuencia del caso Bainbridge.

—Esta mañana, Charles Davie, presidente de la Video Enterprises, ha recibido una llamada telefónica. Le notificaron al señor Davie que las películas de la señorita Bainbridge serían devueltas a Video Enterprises a cambio de doscientos cincuenta mil dólares de rescate. El señor Davie se negó a declarar si Video Enterprises se halla o no dispuesta a pagar dicha cantidad para recuperar las películas que, por desgracia, *no* pueden ya

reproducirse.

—¡Vaya jaleo! —ponderó Pete—. ¡Y vaya truco! ¡Robar unas películas viejas y pedir rescate por ellas!

Fred Stone continuó con el noticiario.

—Tras el robo efectuado en el laboratorio fotográfico de Santa Mónica, ayer por la tarde, nuestra emisora consiguió concertar una entrevista entre Jefferson Long, veterano periodista de crímenes de nuestra estación, y Marvin Gray, representante de Madeline Bainbridge desde hace muchos años. En este momento, les ofrecemos la entrevista en diferido.

Fred Stone volvióse a contemplar el monitor situado a su izquierda. Un segundo después, Jupiter y sus amigos vieron a un tipo bronceado, con cabello blanco y ondulado. Se hallaba en una silla de madera, delante de una chimenea monumental, y sostenía un micrófono en la mano. El reloj de la repisa de la chimenea señalaba las nueve y media.

—Buenas noches, señoras y señores —dijo el individuo del «micro»—. Aquí, Jefferson Long, su cotidiano periodista de sucesos criminales en la KLMC. Me encuentro en la residencia de Madeline Bainbridge, cerca de Malibú.

»Esta noche, Marvin Gray, amigo y confidente de la célebre actriz, ha accedido a hablar con nosotros respecto a las películas robadas esta tarde en el laboratorio de *Film Craft*. Tal vez el señor Gray pueda, asimismo, decirnos algo interesante respecto a la señorita Bainbridge y sus películas, que todavía recuerdan los buenos aficionados.

La cámara se alejó de Jefferson Long y los televidentes pudieron ver a Marvin Gray. Parecía bajo e insignificante al lado del impresionante Jefferson Long. Sin embargo, sonreía con aires de superioridad, como si Long le divirtiese.

—Estoy seguro de que todo el mundo se acuerda mucho de la señorita Bainbridge, Long —dijo—. Y si mal no recuerdo, también usted fue actor en sus tiempos. Interpretó el papel de Cotton Mather en la última película de la señorita Bainbridge, *La historia de Salem*. Era su primera película, ¿verdad?

—Pues… sí —asintió Long—, pero…

—Y también la última —afirmó Gray.

—No es muy cortés ese hombre —comentó tía Matilda—.

Supongo que no le gusta el señor Long.

—Creo que no —asintió Jupe.

Jefferson pareció abrumado, y deseoso de concluir con la entrevista.

—Estoy seguro de que la señorita Bainbridge se ha sentido muy inquieta cuando se ha enterado del robo de sus películas. Esperábamos verla personalmente.

—La señorita Bainbridge jamás recibe a la prensa —observó Marvin Gray—, y esta noche ya está descansando. El médico le recetó un sedante. Sí, como usted ha dicho, se mostró muy inquieta.

—Naturalmente —indicó Long con tono suave—. Señor Gray, desde que se retiró, el público no ha contemplado ninguna de las películas de tan famosa estrella. ¿Qué le indujo a vender ahora sus filmes a la televisión?

—Hace treinta años —sonrió Marvin Gray—, los administrativos de los estudios cinematográficos no comprendieron que esas películas llegarían a ser muy valiosas en televisión. Madeline Bainbridge sí se dio cuenta. Siempre tuvo mucha fe en el futuro de la televisión… aunque no le gustase como medio artístico.

—¿No contempla la televisión? —quiso saber Long.

—Nunca. Pero hace treinta años se dio cuenta de su enorme importancia entre las masas, y adquirió los derechos de todas las películas que había hecho. Firmó un contrato con Video Enterprises, cediéndoles dichas películas. Video Enterprises entró esta mañana en posesión de los negativos, y los llevaron al laboratorio de *Film Craft* para que fuesen inspeccionados y reparados.

—Entonces —observó Long—, será esta empresa la que sufrirá la pérdida, si las películas no se recuperan.

—Exacto, aunque también será una pérdida para todo el mundo. La señorita Bainbridge fue una gran artista. Interpretó papeles memorables: Cleopatra, Juana de Arco, Catalina de Rusia, Helena de Troya… Y esas interpretaciones se perderán para siempre si no se recuperan las películas.

—Ciertamente —concedió Long—, sería una catástrofe. Y ello debido a uno de los crímenes casi únicos en los anales de la delincuencia de esta ciudad. Estoy seguro de que todos deseamos que esos dos criminales sean detenidos lo antes posible para que sean recobrados esos negativos.

La cámara volvió a enfocar a Jefferson Long, el cual miró a los televidentes con gran sinceridad.

—Señoras y señores, les habla Jefferson Long en diferido desde la residencia donde Madeline Bainbridge ha vivido muchos años recluida y apartada del mundanal ruido, esa beldad que la ayudó a ser estrella famosa y la ha mantenido oculta de todos, aparte de unos cuantos amigos. Señoras y señores, les agradezco la atención que han prestado a esta emisión.

La imagen desapareció de nuevo. Después, volvió a presentarse Fred Stone.

—Pasemos ahora a las demás noticias…

Jupiter apagó el televisor.

—Parece propaganda, pero no lo es —afirmó—. Aquel técnico fotográfico quedó verdaderamente herido. Y Marvin Gray no ha aprovechado la oportunidad para mencionar las memorias de Madeline. Las habría nombrado de haber estado buscando publicidad.

Fue entonces cuando alguien tropezó en el porche.

—¡Cáscaras! —exclamó una voz con desesperación.

Jupiter fue a la puerta. Beefy Tremayne se hallaba en el porche.

—He tropezado con un tiesto —se disculpó Beefy—. Lo siento.

Tras estas palabras pasó al saloncito.

—Jupe, necesito ayuda —empezó. El primer investigador reparó en los círculos azules que rodeaban sus ojos—. Necesito unos buenos detectives. Worthington dijo que sois muy buenos, y quizá querréis ayudarme. Tío Will no desea contratar a un detective conocido.

Pete y Bob habían entrado en la sala. Miraron a Beefy con expresión de curiosidad.

—¿Qué sucede? —quiso saber Jupe.

—Se trata de las memorias de Madeline —gimió Beefy—. El manuscrito ha desaparecido. ¡Alguien lo ha robado!

CAPÍTULO 4

¿Un caso de brujería?

—Bueno, reconozco que soy muy torpe —admitió Beefy Tremayne—. Dejo caer los objetos y tropiezo con todo. Sin embargo, en el negocio pongo mucha atención. ¡Y no he perdido el manuscrito! ¡Nunca pierdo ninguno!

—Bah… —gruñó William Tremayne.

Beefy había conducido en su coche a los Tres Investigadores desde Rocky Beach al moderno edificio del oeste de Los Ángeles, donde compartía un apartamento con su tío. Era un inmueble de gran seguridad; las puertas del garaje se abrían mediante una célula electrónica, y la puerta del vestíbulo que daba al patio interior se maniobraba por medio de un circuito cerrado de televisión. Los chicos habían hallado a William Tremayne en un sofá del salón. Fumaba un cigarro delgado y largo, y miraba el techo con gran desinterés.

—Me niego a perder tiempo y esfuerzos a causa de ese manuscrito —declaró—. Tú lo has dejado en algún sitio que ahora no recuerdas, de acuerdo con tu conducta habitual, y aparecerá en el momento más impensado. No necesitamos que unos aprendices de detectives den vueltas por ahí con lupas y polvillo para huellas dactilares.

—Hoy nos hemos dejado esos polvos en casa, señor Tremayne —replicó Jupe con dignidad.

—Encantado de saberlo —repuso Tremayne. Continuó contemplando el techo—. Beefy, mientras has estado fuera ha venido el agente de seguros. Me ha formulado una serie de preguntas idiotas y su tono no me ha gustado. Sólo porque yo me ocupe de tus intereses financieros, y sólo porque el dinero de la compañía de seguros vaya a parar a mis manos, por lo del incendio, no hay necesidad de que nadie adopte una actitud… En fin, como si

yo tuviese algo que ver con ese fuego.

—Tío Will, su obligación es hacer preguntas —le informó Beefy.

—Quieres decir que han de justificar el dinero que ganan, ¿verdad? —se ofendió el tío de Beefy—. Sólo espero que no se retrasen en el pago del seguro. Costará una fortuna reconstruir las oficinas y volver a empezar nuestras operaciones.

—Yo puedo empezar a trabajar ahora mismo… ¡con tal de que encuentre ese maldito manuscrito! —declaró Beefy.

—Entonces… ¡búscalo! —le urgió su tío.

—Ya lo he buscado y no está aquí.

—Beefy, ¿te importa que lo busquemos nosotros? —intervino Jupe—. Si aseguras que no está, no está, claro, pero a veces ven más cuatro ojos que dos… y nosotros poseemos muchos más en conjunto.

—De acuerdo, adelante —concedió Beefy.

Tomó asiento y miró agriamente a su tío, mientras los jóvenes detectives registraban todo el apartamento. Miraron detrás y debajo de todos los muebles, en todos los armarios y alacenas, y en la librería. No hallaron el menor vestigio del manuscrito de las memorias de Madeline Bainbridge.

—Bien, Beefy, no está aquí —dijo Jupiter al fin—. Ahora, empecemos por el principio. ¿Cuándo viste por última vez ese manuscrito?

Bob sentóse junto a Beefy y procedió a anotarlo todo en su cuaderno.

—Anoche —recordó Beefy—, hacia las nueve y cuarto o nueve y media. Saqué el manuscrito de mi cartera de mano y lo estuve hojeando. Pero después del incendio, y de ver aquel hombre tan ensangrentado, me sentí conmocionado y no pude continuar leyendo. Necesitaba realizar alguna acción física. De modo que dejé el manuscrito sobre esa mesita, me puse el bañador y bajé a la piscina para darme un baño.

—¿Estaba usted aquí? —preguntóle Jupe a William Tremayne.

—Anoche estuve jugando con unos amigos una partida de *bridge* —declaró el viejo—, y no volví a casa hasta las dos.

—Al volver de la piscina —Jupe se dirigió a Beefy—, había desaparecido ya el manuscrito, ¿verdad?

—Sí. Eso mismo. Me fijé en ello tan pronto entré aquí.

—¿Quedó abierta la puerta del apartamento mientras se hallaba usted en la piscina? —continuó interrogando Jupe—. ¿Baja alguna vez sin cerrar con llave?

—Nunca —repuso Beefy—. Y estoy seguro de que anoche cerré porque me olvidé las llaves al bajar a la piscina. Tuvo que subir conmigo el portero del edificio para prestarme su llave maestra.

Jupiter se dirigió a la puerta del apartamento, la abrió y observó con gran atención la cerradura y la jamba del marco.

—No hay señales de que haya sido forzada —dijo al fin—. Y la puerta del vestíbulo de la casa también siempre está cerrada, ¿eh? Además, este apartamento está en el piso duodécimo. Bien, alguien debe de tener otro juego de llaves.

—No hay ninguno más —negó Beefy moviendo la cabeza—, a menos que contéis la llave maestra del portero. Y esto sería ridículo. El portero lleva ya muchos años en la casa. ¡No sería capaz de robar ni un palillo!

Bob estudió sus notas.

—De manera que vuestras llaves, o sea las suyas y las de su tío, son las únicas que existen.

—Bueno —confesó Beefy—, hay un juego en mi escritorio de la oficina. Las tengo allí por si pierdo las mías. Pero anoche debió destruirlas el incendio.

—¡Hum!… —gruñó Jupe—, es probable.

Cerró la puerta del apartamento, se acercó a la ventana y miró en dirección a la piscina, situada muchos metros más abajo.

—Pues alguien entró en este edificio, donde no es fácil entrar —murmuró—. Alguien penetró en este apartamento, halló el manuscrito sobre esta mesita, lo cogió y se lo llevó. ¿Cómo lo hizo?

Pete se colocó al lado de Jupiter. No miró hacia la piscina sino hacia el cielo.

—Llegaron por el tejado y penetraron por esta ventana abierta —dedujo—. Vinieron en un pequeño helicóptero. Es la única respuesta.

—¿Por qué no en la escoba de una bruja? —replicó tío Will con sarcasmo—. Habría sido estupendo para entrar por la ventana, y esto reduciría la lista de sospechosos. El manuscrito lo robó una bruja.

Beefy pareció como sobrecogido por la explicación.

—¿Una bruja? —exclamó—. ¡Esto… esto es imposible!

—¿Por qué? —objetó su tío—. ¿Prefieres la teoría del helicóptero?

—No, pero resulta extraño que hayas mencionado a una bruja. Leí parte del manuscrito antes de bajar a la piscina, y vi que contiene algunos chismorreos sobre la gente de Hollywood. Madeline, por ejemplo, describe allí una cena ofrecida por Alexander de Champley, el gran director. Asegura que era un mago y brujo negro, y que lucía el pentáculo de Simón el Mago.

Beefy extrajo un bolígrafo de su bolsillo y empezó a dibujar en el reverso de un sobre.

—En el manuscrito hay un bosquejo del pentáculo —explicó—. Una estrella de cinco puntas dentro de un círculo. Madeline añade que era de oro, con un círculo de rubíes. Bien, yo sé algo de Simón el Mago. Fue un brujo en tiempos de los antiguos romanos y la gente creía que podía volar.

—¡Maravilloso! —se burló tío Will—. Ese viejo amigo de Madeline Bainbridge se puso el pentáculo de Simón el Mago y voló hasta aquí para robar el manuscrito, a fin de que nadie se entere de que era un brujo malvado.

—Si alguien entró aquí volando no fue Alexander de Champley —objetó Jupe—, porque murió hace más de diez años. Pero ¿se cuentan otras historias escandalosas en esas memorias?

—No lo sé —respondió Beefy—. Sólo leí ésta. Es posible que Madeline conozca los secretos de personas muy conocidas.

—Entonces… podría ser —reflexionó Jupe—. He aquí un motivo para el robo del manuscrito. Alguien a quien ella conoce, desea por encima de todo impedir que publiquen su historia.

—Pero ¿cómo supo esa persona que el manuscrito se hallaba aquí? —inquirió Beefy.

—Muy sencillo… —repuso Jupiter, paseándose por el salón. Tenía la frente arrugada por la concentración de su mente—. Beefy, anoche usted llamó a Marvin Gray, cuando se enteró del incendio, y le comunicó que el manuscrito estaba a salvo. Naturalmente, él se lo contó a Madeline. La actriz llamó a una amiga… o quizá lo hizo el propio Gray, esa amiga le dio la noticia a un amigo… Bueno, todo el mundo pudo enterarse.

—No pudo ser Madeline la que propaló la noticia —replicó

Beefy—. Marvin Gray dijo que ella jamás usa el teléfono. Aunque sí es verdad que pudo llamar Gray, sin darse cuenta del peligro. Y la secretaria de Madeline todavía vive con ella. Se llama Clara Adams. Pudo perfectamente hacerlo ella.

—Claro —asintió Jupiter—. Beefy, ¿no podría concertar una entrevista con Madeline Bainbridge? Así, usted podría preguntarle respecto a qué personajes ha dicho cosas en sus memorias.

—No querrá verme —objetó Beefy—. No ve a nadie en absoluto. Marvin Gray se ocupó de todas las negociaciones del contrato.

—Entonces, hable con Gray —le apremió Jupe—. Él habrá leído el manuscrito.

—¡Yo no quiero hablar con Gray! —se enojó Beefy—. Me pedirá el anticipo y no quiero dárselo hasta haber leído el manuscrito. Y sólo existe un ejemplar. Si se entera de que no lo tenemos, sufrirá un ataque.

—Pues no se lo diga —le aconsejó Jupe—. Dígale que pueden surgir algunos problemas legales con la publicación de esas memorias, y que su abogado tiene que leerlo antes de pagar el anticipo. Pregúntele si la señorita Bainbridge posee pruebas de todo lo que afirma en el manuscrito. Y si todavía se halla en contacto con personas conocidas, o si lo está Clara Adams.

—No puedo hacerlo —se opuso Beefy—. Sin querer, soltaría toda la verdad. Gray adivinaría rápidamente el verdadero motivo de mis preguntas.

—Llévese a Jupe con usted —sugirió Pete—. Es muy experto en obtener información de la gente, y sus interlocutores ni siquiera se dan cuenta de cuánto o cómo les sonsaca.

Beefy miró esperanzado a Jupe.

—¿Puedes venir conmigo?

—Sí, claro.

—Muy bien.

Beefy sacó un librito de direcciones de su bolsillo y fue hacia el teléfono.

—¿No irás a llamar a Marvin Gray, verdad? —se alarmó su tío.

—Claro que sí —repuso Beefy—; ¡y Jupe y yo iremos a visitarlo esta tarde!

CAPÍTULO 5

El parque embrujado

—Worthington me explicó que vosotros siempre actuáis en equipo —dijo Beefy Tremayne.

Él y Jupiter iban en su coche hacia el norte, por la autopista de la costa.

—Dijo que Bob es un buen investigador, que Pete es el atleta del grupo, y que tú sabes descubrir las pistas y acertar qué significan. También añadió que eres un pozo de información, pues sabes de todo.

—Oh, me gusta leer —repuso Jupiter con modestia—, y por suerte recuerdo todo lo que leo.

—Sí que es suerte —concedió Beefy—. Yo no poseo este talento.

Aflojó la marcha del coche y torció hacia una carretera lateral, apartándose de la comunidad de Malibú. Beefy calló mientras guiaba el auto por las colinas que miran al mar. Al cabo de cinco minutos volvió a frenar y abandonó la sinuosa carretera de la montaña para adentrarse por un camino de grava. Lo siguió durante medio kilómetro y al final detuvo el vehículo delante de una cancela rústica. Encima de la misma, un letrero indicaba que aquél era el rancho de la Media Luna.

—No sé qué esperaba hallar —comentó Beefy—, pero no esto, ciertamente.

—Parece muy corriente —opinó Jupe—. Sí, cabía esperar que una estrella de cine, que además es una reclusa, viviese en una mansión palaciega o, al menos, que hubiese una tapia muy alta en torno a su casa. Bah, ni siquiera hay un cerrojo en esa cancela.

Jupe saltó fuera del coche y abrió la cancela, para dejar entrar el auto. Luego, volvió a subir al mismo y se encaminaron por el senderito, a través de un grupo de limoneros.

—Es extraño que Gray no le mencionase a usted la venta de las

películas de Madeline cuando ayer le entregó el manuscrito —meditó Jupe.

—Sí, es muy extraño —asintió Beefy—. Esto hará que el libro se venda más.

—¿Por qué te escogió Marvin Gray como el editor de las memorias? —quiso saber Jupe, aceptando la sugerencia del tuteo.

—No lo sé —fue la respuesta—. Me llamó hace unas seis semanas y dijo que Madeline deseaba publicar sus memorias. Es bien sabido que él se ocupa de todos los asuntos de la actriz, y parecía saber lo que hacía. No le pregunté por qué nos había escogido a nosotros. Ignoro si es tan listo como parece. Debió comunicarme la venta de las películas.

El coche salió del grupo de limoneros y apareció a la vista una casa estilo rancho, pintada de blanco. Era muy grande, de dos pisos, con una veranda delante. Marvin Gray se hallaba en los peldaños, parpadeando bajo la luz del sol.

—Buenas tardes —dijo cuando Beefy salió del auto—. Vi la polvareda a través de los árboles.

De repente, Gray miró frunciendo el ceño hacia Jupe.

—¿Quién es éste? —preguntó.

—Mi primo, Jupiter Jones —mintió Beefy. Enrojeció al embarcarse en la historia que él y Jupe habían preparado. Resultaba claro que no estaba acostumbrado a contar mentiras—. Usted ya le vio ayer en la editorial *Amigos* —prosiguió—. Está aprendiendo el oficio. Y además, sigue un curso sobre la historia del arte del cine. Pensé que no le molestaría que me acompañase hasta aquí.

—Bien, no importa —repuso Gray—, pero me sorprende que hayan venido hoy, justo después de tan gran incendio. Creí que debería atender a muchas cosas y…

—De no estar aquí, estaría en mi casa meditando tristemente sobre el hecho de haberse quemado mi despacho —replicó Beefy.

Gray asintió a estas prudentes palabras, dio media vuelta y abrió la marcha hacia lo alto de la veranda. Una vez allí, en lugar de continuar hacia el interior de la casa, se sentó en una silla de mimbre del porche. Indicó otras sillas iguales a sus visitantes.

Beefy le imitó.

—Señor Gray, temo que habrá una pequeña demora en la firma del cheque del anticipo de las memorias de la señorita Bainbridge

—comenzó a decir—. He hojeado el manuscrito y he hallado algunas anécdotas que podrían causar problemas legales. En primer lugar, por ejemplo, existe la declaración de que un antiguo director de Hollywood era brujo. Sé que ese director ha muerto, pero sus herederos podrían presentar una denuncia por difamación. Por consiguiente, le he pedido a mi abogado que estudie el manuscrito. Mientras tanto, la señorita Bainbridge podría darnos los nombres de las personas a las que cita en sus memorias. Y sus direcciones, naturalmente.

—No podemos dar ninguna dirección —manifestó Gray—. La señorita Bainbridge no mantiene relaciones con ninguna de sus antiguas amistades.

—Bien, tal vez usted sepa cómo podemos ponernos en contacto con tales personas —insistió Beefy. Parecía incómodo en alto grado —. Estoy seguro de que usted ha leído el manuscrito y…

—No —le atajó Gray—, no lo he leído. La señorita Bainbridge me lo dio tan sólo ayer por la tarde. No puedo ayudarle, amigo mío. Nunca tuve amistad con esas personas. Recuerde que entonces, sólo era el chófer de la señorita Bainbridge.

—¿Tal vez su secretaria…? —sugirió Beefy, esperanzado.

—¿Clara Adams? —Gray pareció sorprendido—. Hace años que no ha salido de esta casa.

Beefy pareció abatido, por lo que Jupe acudió en su salvación. Miró ávidamente a su alrededor y luego preguntó:

—¿No podremos ver a la señorita Bainbridge?

El tono de voz era ingenuo, como torpón.

—La señorita Bainbridge no ve nunca a nadie, aparte de mí y de Clara —objetó Gray con obstinación—. Y aunque alguna vez haya tenido visitantes, hoy no desea ver a nadie. Está muy preocupada por el robo de sus películas. Se halla descansando, y Clara está con ella. Por tanto, les agradeceré que no levanten mucho la voz.

—Lo siento —dijo Jupe. Volvió a mirar curiosamente en torno suyo—. La señorita Bainbridge vive como una reclusa, ¿eh? —observó—. ¿No vive nadie más aquí, aparte de ella, usted y la señorita Adams? ¿No hay criados?

—Vivimos de manera muy sencilla —repuso Gray—. No necesitamos sirvientes.

—Le vi por televisión esta mañana —continuó Jupe—. ¿Es cierto

que la señorita Bainbridge tampoco mira la *tele*?

—Es completamente cierto —afirmó Gray—. Yo sí la veo y le comunico las noticias que a mi parecer pueden interesarle.

—Oh, debe sentirse muy sola —se compadeció falsamente Jupiter—. ¿Nunca ve a nadie en absoluto? Quiero decir, ¿no le cansa estar siempre aquí? Y Clara Adams… ¿tampoco se cansa?

—No creo. A mí me encanta mi propia compañía —declaró Marvin Gray—, y Clara es muy leal a la señorita Bainbridge. Yo también, claro. Sumamente leal.

Jupiter volvióse hacia Beefy.

—¿Lo ves? No tienes que inquietarte por nada.

Gray miró a Beefy con expresión interrogante.

—¿Estaba inquieto? ¿Por qué?

—Bueno, Beefy, cuando veníamos hacia aquí, dijo que estaba un poco nervioso —alegó Jupe—. Se imaginaba que si alguien sabía dónde está el manuscrito de la señorita Bainbridge, tal vez intentaría robarlo como han hecho con sus películas, para exigir un rescate. Si usted le contó a alguien dónde estaba el manuscrito…

—¿A quién podría decírselo? —exclamó Gray.

—Bien, por lo visto no se lo ha dicho a nadie —concluyó Jupiter —, a menos que alguien llamara por teléfono…

—Nuestro número no figura en el listín —explicó Gray—. Nadie llama aquí. Y nosotros solamente usamos el teléfono cuando es absolutamente necesario.

—¡Cáscaras! —exclamó Jupe—. Los chicos del instituto no se lo querrán creer —cambió el tono de voz—. ¿Podría lavarme las manos?

—Sí, claro —Gray señaló una puerta, al tiempo que el obeso muchacho se levantaba—. Atraviesa el vestíbulo. En el pasillo hay un lavabo junto a la cocina.

—Gracias —dijo Jupe, entrando en la casa.

El vestíbulo estaba sumido en la penumbra, después de la luz del porche. El saloncito situado a la izquierda se hallaba parcamente amueblado con sillas de respaldo recto. El comedor de la derecha contenía una mesa tosca de madera y bancos sin respaldo. La amplia escalinata no tenía alfombra. Jupe encontró el lavabo más allá. Entró, cerró la puerta, abrió el grifo del agua, y después abrió el armarito. Dentro sólo halló una redoma con unas hojas secas en

el interior. Olían a menta. Cerró el armario, se lavó las manos y se las sacó en una toalla que colgaba de un gancho. La toalla parecía de confección casera.

Cuando Jupe salió del lavabo, miró hacia la cocina… y parpadeó asombrado ante la anticuada instalación de la misma. La vieja nevera dejaba ver unos muelles por arriba, y los hornillos de gas ni siquiera tenían luces-piloto. Los grifos del fregadero eran de latón, muy desgastado. Jupe supuso que la instalación databa de cuando fue construida la casa, muchos años atrás.

Sobre la mesa de mármol había una fila de tarros de cristal. Jupe entró para leer las etiquetas. Había tanaceto, lúpulo, pétalos de rosa, hojas de menta y tomillo. Un tarro le intrigó, ya que según la etiqueta contenía belladona.

En otro tarro mayor, al extremo de la fila, había varias cajas de cerillas. Jupe estudió algunas. Procedían de varios restaurantes. Luego, se volvió hacia la ventana. Acababa de captar movimiento detrás de la casa.

El paisaje que veía era un grupo de robles, muy viejos y nudosos, con unos troncos retorcidos, cuyas ramas parecían extenderse por encima de la casa. Las hojas, de color verde oscuro, espinosas, miraban al cielo, tornando gris la luz del día. Los robles estaban plantados en hileras muy separadas, y por entre ellos paseaban dos mujeres. Llevaban vestidos de la misma tela oscura, unos vestidos ceñidos por la cintura, con unas faldas muy anchas que barrían el suelo. Las dos tenían muy largo el cabello, que se ajustaba en un moño en lo alto de la nuca. Detrás de ambas avanzaba un enorme perro Doberman.



Mientras Jupe estaba contemplando la asombrosa escena, una de las mujeres miró hacia la casa. Jupe se sobresaltó. Había visto fotos de Madeline Bainbridge en libros de cine, y así supo que era la estrella en persona la que se paseaba por debajo de aquellos añosos árboles, con aquel vestido tan extravagante. Su rubio cabello se acercaba ya al gris, pero su hermoso rostro continuaba siendo notablemente juvenil. Al cabo de un instante dio media vuelta y reanudó el paseo pausadamente. Jupe pensó que no le había visto.

El joven dio otro paso hacia la ventana y anheló hallarse bajo los rayos del sol. Tenía frío. En aquellos árboles había una rara tristeza, así como en las dos mujeres que caminaban bajo los robles, ataviadas con unas ropas tan anticuadas.

A espaldas de Jupiter sonaron unos pasos.

—¿Ya has terminado de lavarte las manos? —inquirió Marvin Gray.

Jupe dio un salto y estuvo a punto de gritar. Después, señaló la ventana.

—Oh, esos árboles oscurecen tanto la luz… —comentó.

—En efecto —concedió Gray—. Un ranchero que vivía un poco más arriba afirmaba que este parque estaba embrujado. Y eso parece, ¿verdad? Antes fue un cementerio… un cementerio privado, propiedad de la familia que vivía aquí. Había tumbas bajo los árboles, pero las trasladaron de lugar cuando la señorita Bainbridge adquirió la casa, claro. Sí, esos robles también a mí me parecen tristes.

Hizo una pausa y cambió de tono.

—Venía a buscarte. Tu primo ya se marcha.

Jupe siguió a Gray a través de la casa. Unos minutos más tarde, él y Beefy se alejaban en el coche del rancho de la Media Luna.

—Bueno, la visita no ha dado ningún resultado —se quejó Beefy —. No tenemos la menor pista sobre quién pudo robar el manuscrito.

—En cambio, tenemos mucho que pensar —replicó Jupiter.

—¿En qué?

—Gray ha mentido, al menos en una cosa. Madeline Bainbridge no estaba descansando, sino que estaba en el parque con otra mujer, supongo que era Clara Adams, su secretaria. Y Gray pudo decir otras muchas mentiras. En la cocina hay cajas de cerillas de varios

restaurantes. Tal vez salga más a menudo de lo que asegura.

—Pero ¿por qué tendría que mentir? —se interesó Beefy.

—Para proteger a Madeline —respondió Jupe—. No es una reclusa ordinaria. Es una dama muy rara. Ella y Clara llevaban unos vestidos muy antiguos… como unas peregrinas. Y en la cocina hay un tarro lleno de belladona.

—¡Bromeas! —gritó Beefy—. ¡La belladona es un veneno!

—Lo sé —asintió Jupe—. Madeline Bainbridge es un personaje sumamente excéntrico. Una dama que ha cambiado muy poco en treinta años. La reconocí inmediatamente. Una dama que guarda un veneno en su cocina, que viste como una peregrina y que posee un parque con robles, donde antes hubo un cementerio. Además, según Gray, ese parque está embrujado. Al menos, eso es lo que se susurra. Y por su aspecto, ¡no me sorprendería que fuese verdad!

CAPÍTULO 6

El círculo mágico

—¡Nadie guarda belladona en la cocina! —exclamó Jupiter Jones.

Estaba sentado detrás de su escritorio, en el cuartel general de los Tres Investigadores, un antiguo remolque escondido detrás de montones de chatarra, en un extremo del Patio Salvaje, de la familia Jones. Pete y Bob habían regresado de la biblioteca, adonde Jupe los había enviado en busca de algo, mientras él iba con Beefy a casa de la actriz de cine. Jupe acababa de contarles el resultado de la entrevista mantenida con Marvin Gray.

—La belladona es el nombre genérico de una familia de plantas —prosiguió Jupe—. La mayoría son venenosas, y algunas se utilizaron antiguamente en ritos mágicos.

—Madeline Bainbridge es una mujer muy extraña —asintió Pete—. Tiene veneno en su cocina y un cementerio privado en su parque.

—Ahora ya no hay ningún cementerio allí —le corrigió Jupiter—, lo hubo antes. Pero hay algo irreal y extraño en toda la residencia. Algo que me dio escalofríos.

—Un cementerio y hierbas raras —resumió Bob pensativamente. Sacó su cuaderno de notas del bolsillo—. ¡Encaja! ¡Todo encaja bien!

Bob empezó a estudiar sus notas.

—Me he ocupado de la magia y la brujería, a causa de esa historia que Madeline cuenta en sus memorias respecto al director de cine Alexander de Champley, que al parecer era un brujo. Esto debió ser muy importante para ella, de lo contrario no se habría entretenido en dibujar el pentáculo de Simón el Mago en el manuscrito.

»Bien, existen distintas clases de brujas. La clase Halloween, una

especie de bruja de historietas, con verrugas en la barbilla. Luego, hay las malvadas, las verdaderas brujas, que pueden hacer cosas muy malas, porque adoran al diablo. Éste les ayuda, según las supersticiones, y supongo que con la ayuda de Satanás se pueden cometer muchas atrocidades.

Pete frunció el ceño.

—No creo una palabra de todo esto —aseguró—, pero ¿no podrías contarlo más de prisa? No me gusta oír hablar de estas cosas.

—Está bien, lo que sigue te gustará más —continuó Bob—. Existe una forma de brujería llamada la Antigua Religión. La gente que la practica afirma que se remonta a tiempos muy antiguos. Es una especie de culto a la fertilidad, y trata de las siembras y las cosechas. En realidad, es una brujería muy bonita. Las brujas creen que pueden realizar ciertas acciones porque se hallan sintonizadas con el poder universal. Están organizadas en grupos llamados *coven*[1], con trece brujas en cada uno. Se reúnen en sitios especiales, como las encrucijadas de caminos. Y también en lugares mejores… ¿Adivináis cuáles?

—En… en los cementerios —murmuró Jupiter al cabo de un instante.

—¡Exacto! —asintió Bob—. Cuando se reúnen celebran ciertas ceremonias. Comen vegetales recién cogidos y adoran a Selene, o sea Diana, la diosa de la Luna. Estas ceremonias las efectúan por la noche, no porque sean brujas malvadas, sino para que la gente no las vea y murmure contra ellas. Estos ritos pueden celebrarse en cualquier momento, pero cada año tienen cuatro fiestas especiales, que llaman «sábados». Las brujas de la Antigua Religión siempre asisten a los «sábados». Dichas fiestas son el trece de abril, el primero de agosto, el treinta y uno de octubre, o sea la víspera de Todos los Santos, y el segundo sábado de febrero.

Bob cerró el cuaderno.

—Esto es todo lo que averigüé hoy. Pero hay más, y en caso necesario podemos pedir algunos libros a la biblioteca en calidad de préstamo. Tal vez la persona que robó el manuscrito de Madeline sea un brujo o una bruja. Quizá se trate de alguien que pertenece a la colonia del cine, y que era miembro de la Antigua Religión y no quiere que se sepa, o alguien que era satanista.

—Si ha de haber una bruja mezclada en este caso —se estremeció Pete—, prefiero que sea una bruja de la Antigua Religión. No me gustan las personas que adoran al diablo.

—Un satanista —asintió Jupiter—, puede ser un individuo sin conciencia. O un retrasado mental. De todos modos, podría ser muy peligroso. ¿Y tú qué has hecho, Pete, mientras Bob estudiaba todo lo de las brujas?

—Me he enterado de cosas respecto a Madeline Bainbridge —repuso Pete—. Inspeccioné el archivo de microfilmes.

El Segundo Investigador sacó del bolsillo un mazo de papeles arrugados y empezó a leer sus notas.

—Vino de Fort Wayne, Indiana, a los dieciocho años. Ganó un concurso de belleza y el premio era un viaje a Hollywood. Alexander de Champley la descubrió cuando ella visitó los estudios de la Film Art. Tres semanas más tarde estaba ya contratada e interpretó la película *María, reina de los escoceses*, según la versión de Champley. En realidad, consiguió el estrellato en un tiempo récord.

Pete miró fijamente a sus amigos.

—En todas las revistas y periódicos dicen que era muy, pero muy guapa.

—Todavía lo es —corroboró Jupe—. Hoy la he visto. ¿Algo más, Pete?

—Sólo vulgaridades. Por lo visto, fue una mujer muy pacífica. Jamás dio ningún escándalo. Y filmó películas excelentes. Casi todos sus papeles fueron de carácter histórico, como Cleopatra y Catalina de Rusia. Trabajó junto a los mejores galanes de su época, aunque no volvió a salir con ellos una vez terminada cada película. No tenía muchas amistades, ya que era muy retraída, y jamás se murmuró de ella sobre ningún asunto amoroso con algún actor, hasta que llegó el último de sus galanes: Ramón Desparto.

—¿Qué sabes de él? —quiso saber Bob.

—Que falleció poco después de terminar el rodaje de la cinta *La historia de Salem*. Era una película muy rara, acerca del proceso de las brujas de Salem y…

—Y volvemos a estar mezclados con la brujería —le interrumpió Jupe.

—Exacto. Pero esa película era muy extraña. Con un argumento

raro. Madeline interpretó el papel de una joven puritana, acusada de brujería, que se salva huyendo con un guerrero indio, para no ser ahorcada. Ramón Desparto interpretó al indio, y se prometió con Madeline poco después de iniciarse la filmación. Hubo algunos rumores, según los cuales aquel compromiso iba a ayudarle en su carrera cinematográfica, ya que había sido novio de bastantes actrices anteriormente. Bien, poco después de terminarse la película, se mató en un accidente de automóvil. Esto ocurrió al salir de una fiesta celebrada en el rancho de Madeline y la actriz sufrió un trastorno nervioso. Nunca volvió a actuar ante las cámaras. Adquirió todas sus películas y ha pasado casi treinta años sin ver a nadie, virtualmente.

—¿Y evitando a sus antiguas amistades? —quiso saber Jupe.

—No quedan ya muchos amigos de aquella época —respondió Pete. Desplegó la fotocopia de un retrato que llevaba junto con sus notas y se la entregó a Jupiter—. Esta fotografía la tomaron en la cena para el reparto de premios de la Academia, el año en que se rodó *La historia de Salem*.

Este grupo es el llamado «Círculo Mágico de Madeline Bainbridge», porque con ellos solía pasar su tiempo libre. No son muchos. Marvin Gray no está en el grupo.

—Entonces no era amigo suyo —le recordó Jupe—, sino su chófer.

El Primer Investigador estudió la fotografía y leyó el pie. Madeline y el elegante y moreno Ramón Desparto se hallaban a la cabecera de la mesa. Al otro lado de la estrella se veía a Jefferson Long, muy joven y apuesto. En el pie se identificaba a un tal Elliott Farber como el cámara favorito de Madeline. Un actor llamado Charles Goodfellow estaba junto a otra actriz llamada Estelle DuBarry. Nicholas Fowler, un guionista, estaba presente, lo mismo que Clara Adams, sentada al lado de un actor de carácter, un tal Ted Finley. Janet Pierce era la diseñadora de trajes de la película sobre Salem, y Lurine Hazel y Marie Alexander eran actrices. Una chica bastante fea llamada Gloria Gibbs, miraba directamente al frente, y al parecer era la secretaria de Ramón Desparto.

—¡Muy interesante! —encomió Jupiter Jones—. ¡Un buen círculo mágico! Aquí hay trece personas, y sentarse trece a la mesa se considera de mal gusto… a menos que se trate de brujos.

¡Precisamente, trece es el número requerido para un *coven*!

Jupe miró sonriente al grupo formado por sus compañeros.

—Bob, tus notas indican que el primero de agosto es uno de los cuatro grandes sábados del año. Y resulta que hoy es primero de agosto. ¿Era Madeline una bruja? ¿Lo es todavía? En tal caso, ¿quiénes forman parte de su *coven* actual? ¡Tenemos un modo de averiguarlo! ¿Quién se apunta a un paseo por la costa de Malibú esta noche?

—¡Eh, esto es una locura! —protestó Bob. Luego, preguntó—: ¿A qué hora saldremos?

CAPÍTULO 7

La bestia en la oscuridad

A la hora del crepúsculo, los Tres Investigadores llegaron al sitio donde el sendero de grava que conducía al rancho de Madeline Bainbridge cruzaba la carretera de la montaña, que ascendía por las colinas de Malibú. Jupe se detuvo, descansando en el sillín de su bicicleta. Pete y Bob frenaron a su lado. Jupe señaló a su izquierda.

—Por allí se halla el rancho. He estudiado un plano de esta zona. Hay varios lugares donde podría celebrarse un *coven* si Madeline cumple con los requisitos necesarios. Uno es este cruce de caminos. Otro, el grupo de robles detrás de la casa, que antes fue un cementerio. Y el tercero se halla a medio kilómetro al norte de la casa, donde se encuentran dos senderos. Sugiero que nos separemos para estar seguros de no perder de vista a Madeline si sale de su propiedad.

Jupe rebuscó algo en una mochila que llevaba sujeta al manillar de su bicicleta.

—En la casa hay un perro, por lo que debemos tener mucho cuidado. No podemos acercarnos demasiado a la casa —advirtió—. Por eso he traído los *transceptores portátiles*[2].

Exhibió tres aparatos que él mismo había preparado en su taller del Patio Salvaje. Cada aparato era algo mayor que una radio de transistores normal y disponía de un cinturón que hacía las veces de antena.

Jupe entregó un aparato a Pete y otro a Bob.

—Yo vigilaré desde la colina que hay detrás del grupo de árboles —decidió—. Tú, Bob, te esconderás entre los limoneros que crecen entre la casa y el sendero. Y tú, Pete, te apostarás en el lado norte de la casa, o sea, en su parte izquierda. Allí hay un campo donde crecen hierbas altas que te ocultarán a la vista. Si Madeline sale esta noche de su casa, lo sabremos vaya donde vaya. No dejéis de vigilar

por si se acerca alguien o sale un coche, o por la presencia de otras personas. Tal vez asistamos a un «sábado».

Los dos muchachos asintieron a estas instrucciones y cogieron los aparatos. Luego, fueron en bicicleta por el sendero de grava hasta la cancela del rancho. Allí, escondieron las máquinas entre los arbustos que crecían al lado del camino, y se separaron. La esbelta figura de Bob desapareció entre los limoneros. Pete descendió por el sendero de grava hacia el lado norte de la propiedad, mientras Jupe cruzaba unos campos, rodeaba la casa y el grupo de robles, para llegar al altozano que se elevaba detrás de la casa, donde encontró un grupo de manzanitas, arbusto muy corriente en la región. Se agazapó detrás de uno y se llevó el emisor-receptor a los labios.

—Aquí, Primero —susurró—. Te escucho, Segundo. Cambio.

Soltó el botón y escuchó.

—Al habla el Segundo —sonó la voz de Pete—. Estoy en el campo situado en la parte norte de la casa. Hay luces dentro, en la parte trasera, y veo gente que se mueve por el interior, pero no sé qué hacen. Cambio.

—Sigue ahí —le ordenó Jupe—. ¿Y tú, Tercero?

—Veo la parte delantera de la casa por entre los limoneros —dijo Bob—. Todo está a oscuras. Cambio.

—Bien, aguardaremos —decidió Jupe—. Cambio y cierro.

Se recostó contra una piedra y estudió el robledal, que ocultaba la casa por completo. Aquellos árboles resultaban más siniestros todavía a la luz de la luna que por la tarde. La luna iba ascendiendo ya por el firmamento, arrojando intensas sombras debajo de las nudosas ramas.

La radio de Jupe dejó oír un chasquido.

—Al habla Segundo —dijo la voz de Pete—. Se han apagado las luces de la casa. Sólo quedan unas luces pequeñas en la parte de atrás. Cambio.

Entre los árboles brilló una luz débil. Después, Jupiter divisó una segunda. Y una tercera.

Presionó el botón de su aparato.

—Se mueven por entre los robles —musitó—. Veo unos cirios.

Aguardó. Los cirios se movían por debajo de los retorcidos árboles. Después, cesó aquel movimiento y las llamitas brillaron rígidamente. Había muchas más luces que antes.

—Voy a acercarme más —anunció Jupe—. Por el momento, no os mováis.

Soltó el pulsador de la radio y se deslizó por entre las manzanitas. Fue casi resbalando por la ladera de la colina hasta que llegó al suelo, detrás de la casa. Allí, como una ominosa sombra, fue pasando de arbusto en arbusto hasta llegar al lindero del robledal. Se detuvo y tendió la vista hacia las llamitas que brillaban entre los árboles. Había varias docenas de llamas, formando un círculo, y por un momento Jupe sólo fue capaz de divisar los cirios contra las tinieblas que se apretaban en torno. Luego, más allá de los cirios apareció una figura femenina que contempló fijamente la noche. Era Madeline Bainbridge. Llevaba su grisácea cabellera suelta en torno a los hombros, y tenía una guirnalda de flores en la cabeza. Avanzó lentamente hacia el círculo luminoso.

Detrás de Madeline se produjo otro movimiento. De la oscuridad surgió otra mujer. Llevaba una bandeja llena de frutos. Era la mujer que Jupe había visto por la ventana, que acompañaba a Madeline. Jupe comprendió que era Clara Adams. Entró también en el círculo de luz y dejó la bandeja sobre una mesa, guarnecida con un paño negro.

En la oscuridad, Jupe entrevió otro rostro. Era Marvin Gray. También llevaba una guirnalda de flores alrededor de su oscura cabellera. Jupe comprendió que apenas lograba divisar la figura de Gray, porque vestía totalmente de negro, lo mismo que las dos mujeres. Resultaban, por tanto, invisibles en la noche, salvo sus caras y las guirnaldas que coronaban sus frentes.

—Yo trazaré el círculo —entonó Marvin Gray.

Movió las manos, muy blancas, contra el ropaje negro. A la luz de los cirios brilló la afilada hoja de un cuchillo.

Jupe retrocedió, apartándose del trío fantasmal reunido bajo los robles. Cuando creyó que podía hablar sin ser oído, presionó el pulsador de su radio.

—¿Pete…? ¿Bob…? Estoy en el campo que hay detrás de los robles. Estoy totalmente seguro de que van a celebrar un «sábado».

—Voy allá —dijo Pete.

—Yo también —añadió Bob.

Pete apareció unos minutos después, tan silencioso como un fantasma. Luego, fue Bob quien llegó casi arrastrándose en la noche.

—Sólo son tres —les informó Jupe—, y se están preparando para celebrar una ceremonia. Marvin Gray tiene un cuchillo.

—Hoy leí algo sobre esto —murmuró Bob—. Con el cuchillo trazará un círculo en tierra. Los brujos creen que este círculo aumenta su poder.

—Vamos a verlo —propuso Jupe.

Bob y Pete le siguieron en silencio, por entre los árboles, mirando nerviosamente al frente. ¿Qué extraños ritos iban a presenciar?

De pronto, divisaron las tres caras blancas pertenecientes a las tres personas que se hallaban de pie en el círculo luminoso. Vieron cómo Madeline Bainbridge levantaba una manzana y cerraba los ojos como si rezase. Los muchachos contuvieron la respiración.

De pronto, Pete lanzó un leve chillido de terror. En las tinieblas, en completo silencio, había avanzado una bestia que acababa de colocarse a su lado. Por un instante, la extraordinaria bestia se mantuvo inmóvil. Pete sintió su aliento muy cerca. Después, el animal gruñó de manera espantosa.

CAPÍTULO 8

¿Crimen por la magia?

—¡Eh! —gritó Marvin Gray—. ¿Quién hay aquí?

Los tres muchachos se inmovilizaron, en tanto que los gruñidos iban en aumento.

Clara Adams se llevó una mano a la boca y miró más allá del círculo luminoso. Madeline no se movió. Parecía una figura tallada en marfil y ébano. Debajo de su ropaje negro, Marvin Gray sacó una linterna. Luego, avanzó hacia los Tres Investigadores, y encendió la linterna. Jupe vio entonces que el animal que estaba al lado de Pete era un perro… el enorme Doberman que ya había visto por la tarde. Obviamente, el animal estaba adiestrado para mantener inmóviles a los intrusos, mas no para atacarles, a menos que fuese provocado, ya que a Pete no le había hecho el menor daño.

—¿Qué hacéis aquí, chicos? —preguntó airadamente Gray.

Jupe sintió la intensa mirada de Marvin Gray encima, y el corazón le dio un vuelco. ¿Cómo podría explicar que el joven primo de Beefy Tremayne, que por la tarde había sido un visitante cortés, regresaba de noche para espiar a Gray y a las dos mujeres?

—¿Quién hay ahí, Marvin? —inquirió Madeline.

—Unos chicos. Probablemente, son de Malibú —repuso Gray—. Iré a llamar al *sheriff* para que les dé su merecido.

El corazón de Jupe empezó a latir salvajemente. ¿Era posible que Gray no le hubiese reconocido?

—Eh, señor —murmuró el muchacho—. Llame al perro.

—Está bien, Bruno —dijo Gray—. ¡Bruno, ven aquí!

El perrazo dejó de gruñir y se acercó a su amo.

—Bien, ¿qué hacéis aquí? —insistió Gray—. ¿No sabéis que ésta es una residencia particular?

—No lo hemos visto con esta oscuridad —replicó Jupe con atrevimiento—. Estábamos de excursión por las montañas, hemos

perdido de vista el sendero, y no sabemos regresar.

—¡Marvin! —se oyó la impaciente voz de Madeline—. Deja que se vayan esos chicos y ven aquí. ¡Nos estás haciendo perder el tiempo!

Jupiter miró hacia el sitio de donde salía la voz. Después miró a Gray. Éste parecía vacilar. Obviamente, no sabía qué decisión tomar.

Jupiter empezó a avanzar hacia Madeline.

—Oh, lo sentimos mucho —murmuró—. No queríamos molestarles…

—¡El círculo! —chilló Clara Adams—. ¡Está profanando el círculo!

Jupe siguió avanzando hacia la mesa a cuyo lado se hallaban ambas mujeres, repitiendo sus discursos. Llevaba una mano sobre el cinturón y levantó la antena del *walkie-talkie*. Con la otra mano sostuvo el aparato a su costado, sin que pudieran verlo las mujeres. Estaba casi junto a la mesa cuando la antena quedó totalmente levantada. Luego tropezó con algo y cayó, quedando tendido cuan largo era en el suelo, con la cabeza y los hombros casi debajo de la mesa.

—¡Marvin! —gritó Madeline.

Las manos de Jupe desaparecieron por un instante por debajo del paño negro que cubría la mesa. Después, logró ponerse a gatas.



—Lo… lo siento —repitió—. Soy muy torpón. No queríamos molestarles, de veras. Si pudiesen indicarnos el camino…

Se puso de pie.

—Marvin, enséñales a estos muchachos cómo pueden llegar a la carretera —ordenó Madeline.

—Gracias, señora —dijo Jupiter.

Gray condujo a los Tres Investigadores por entre los árboles. Luego señaló a través de los campos hacia el sitio donde, como sabían ya los tres amigos, pasaba la carretera que se juntaba con la autopista de la costa.

—¡Por allí! Continuad recto hasta llegar a la carretera. Luego torced a la derecha y no volváis por aquí.

—Muchas gracias, señor —agradeció Pete.

Gray les estuvo contemplando mientras ellos andaban por entre la alta hierba, iluminada por la luna.

—No apartará la vista de nosotros —susurró Bob—, hasta que nos hallemos fuera de la propiedad.

—No le censuro —sonrió Jupiter—. ¿Te gustaría que unos desconocidos contemplasen unos ritos secretos? ¡Ojalá no mire debajo de la mesa y descubra que dejé allí mi *walkie-talkie*!

—¿Por esto te has caído? —se admiró Pete.

—Pensé que sería interesante escuchar su conversación —admitió Jupe—. Enrollé la antena en torno a la radio, de modo que el pulsador está apretado. La radio no recibe la voz, pero la transmite. Y no nos alejemos mucho o quedaremos fuera del radio auditivo.

Los muchachos llegaron a la carretera. Bob miró hacia atrás. Marvin Gray había desaparecido.

—Probablemente vuelve a estar en el robledal —musitó el chico.

Siguió a Jupe y a Pete por la carretera hasta llegar al amparo de un grupo de arbustos.

—Haz funcionar tu aparato, Bob —le instruyó Jupiter—. Así sabremos qué hace ese *coven*.

Bob se arrodilló junto a unas matas y giró el botón que activaba su aparato.

—… Ido por ahora —oyeron que decía Gray—. No volverán. Y menos después de haber visto a *Bruno*.

—Ojalá tenga a *Bruno* encerrado en algún sitio —suspiró Jupe.

Gray volvió a hablar.

—Fue una tontería dejarles marchar.

—¿Qué debíamos hacer? —preguntó Madeline.

—¡Arrojarlos por el acantilado! —gruñó Gray.

—¡Marvin! —gritó una voz que los muchachos adivinaron era la de Clara Adams.

—Bueno, no me gusta que haya espías a mi alrededor —se excusó Marvin por su exabrupto—. Cuando lleguen a casa contarán lo que han visto. Y pronto llegarán los fotógrafos y los periodistas, escondidos detrás de cada árbol. Ya veo los titulares: «¡Misteriosos ritos en el rancho de una estrella de cine!». Poco después, vendrán los policías y…

—La policía no debe preocuparnos —le interrumpió Madeline—. No hacemos nada malo.

—¡Ahora no! —repuso Gray.

—¡Ni nunca! —gritó la actriz—. ¿De veras quieres que venga la policía? —inquirió Gray—. Debiste usar tus poderes con esos chicos, lo mismo que hiciste con Desparto aquella noche.

—¡No le hice ningún daño a Ramón! —sollozó Madeline—. ¡Ni siquiera después de traicionarme!

—Claro que no —la voz de Gray sonó burlona—. Le deseaste una larga vida y mucha felicidad.

—¡Oh, basta, Marvin! —suplicó Clara Adams.

—¡Siempre repites lo mismo! —quejose Madeline—. Una y otra vez. De acuerdo, me puse furiosa contra Ramón. Pero no le deseé ningún mal. No utilizaría mis poderes para perjudicar a nadie y tú lo sabes. En realidad, cuentas con ello, ¿no es así?

—¡Por favor, Madeline! —intervino nuevamente Clara.

—Está bien, está bien —gruñó Gray—. Ya no podemos seguir con la ceremonia. Entremos en casa. ¡*Bruno* —gritó, levantando la voz—, aquí, *Bruno*!

—Tal vez deberíamos dejar el perro fuera —sugirió Clara Adams —, por si vuelven esos chicos.

—No volverán —profetizó Gray—. Y si dejamos fuera a *Bruno*, se pondrá nervioso a las tres de la madrugada, aullará y tendré que dejarle entrar en casa. Éste es el mal de tener un perro policía que se imagina ser un miembro de la familia.

No se oyó nada más por el transceptor. Al cabo de unos

momentos, Jupiter respiró profundamente.

—Marvin Gray quería que Madeline usase sus poderes contra nosotros, como los usó contra Ramón Desparto. ¿Qué le hizo, me pregunto?

—Según ella, nada —respondió Bob—. Nunca ha hecho mal a nadie.

—Desparto murió en un accidente de coche —recordó Pete—. Le fallaron los frenos cuando salía de la casa, una noche después de una fiesta.

—¿Fue una fiesta? —repitió incrédulamente Jupiter—. ¿O una ceremonia como la de esta noche? Ahora sabemos una cosa con seguridad: Madeline Bainbridge es una bruja, o cree serlo. Y creo que tiene ciertos poderes mágicos.

—¿También el poder… de matar a alguien? —preguntó Pete en voz muy baja.

—¿Un crimen por medio de magia? —Bob movió la cabeza—. ¡Esto es imposible!

—Tal vez —murmuró Jupiter—. Sin embargo, Madeline se siente culpable de algo, por el accidente sufrido por Ramón Desparto. No negaría con tanta pasión su responsabilidad si no creyese posible que pudo influir en aquella muerte.

—Y Marvin Gray —quiso saber Pete—, ¿por qué la acosa tanto? No tendría que remover las cenizas del pasado.

—Tal vez desee manejarla a su antojo —repuso Jupe—. Es posible que él sea el verdadero poder de esa casa, el único poder.

—Oh, ese tipo no me gusta —comentó Pete.

—Ni a mí —asintió Jupe—. Y aún menos después de oírle como le hemos oído ahora. Ese hombre es un farsante. No sé si miente sólo para proteger a Madeline. Tal vez esté más interesado en protegerse a sí mismo.

—Jupe —interrogó Bob—, ¿no podría estar mezclado Gray en el robo del manuscrito?

Jupe se encogió de hombros.

—No veo por qué ni cómo. No pudo robarlo en persona, ya que cuando el manuscrito fue robado estaba siendo entrevistado por Jefferson Long. Y carece de motivo aparente para el robo. Muy al contrario. Como encargado de los asuntos de Madeline, le interesa que el libro se publique y dé dinero. Claro que pudo hablar del

manuscrito con alguien… o tal vez lo hizo Madeline. Después de lo que hemos oído esta noche, estoy casi seguro de que la respuesta al misterio del manuscrito perdido se halla en el pasado de esa actriz, en el círculo mágico que existió tiempo atrás.

Jupe se incorporó.

—Por esta noche no podemos hacer nada más —declaró—. Iré a recoger mi transceptor, y me reuniré con vosotros donde dejamos las bicicletas. Mañana… mañana investigaremos todo lo referente al antiguo *coven*.

—Si era, en efecto, un *coven* —puntualizó Bob.

—Creo que sí —afirmó Jupiter.

Luego echó a andar hacia el robledal embrujado.

CAPÍTULO 9

El cronista de sucesos

—¡Bromeáis! —exclamó Beefy Tremayne—. ¿Madeline Bainbridge una bruja auténtica?

Beefy guiaba su coche deportivo por el bulevar de Santa Mónica. Jupiter iba a su lado, y Pete y Bob se apretujaban detrás.

—Es una bruja —insistió Jupe—, y probablemente ya lo era cuando trabajaba en el cine. Pudo ser la presidenta, o como se llame, de un *coven*, y entre ese grupo pudieron suceder cosas siniestras. Alguien relacionado con el grupo desea impedir la publicación de las memorias. Ahora nos proponemos interrogar a sus amigos íntimos para tratar de establecer algún contacto reciente de alguna persona con Madeline en los últimos días. ¡Tenemos que descubrir quién sabía dónde estaba el manuscrito anteanoche!

—Nadie admitirá saberlo —objetó Beefy—. Si es que alguno de los interrogados lo robó.

—No intentemos hacer ninguna pregunta respecto al manuscrito —aclaró Jupe—, al menos al principio. Primero averiguaremos qué miembros del antiguo *coven* están todavía en contacto con Madeline o tienen noticias suyas. No creo que la gente niegue una cosa tan sencilla.

Beefy torció hacia la Avenida La Brea, en dirección a Hollywood.

—¿Y pensáis hablar con Jefferson Long en primer lugar? —preguntó—. ¿Con Long, el cronista de sucesos? Es un individuo retorcido y hasta siniestro, si me apuráis mucho. Aunque no me lo imagino mezclado con un grupo de brujos.

—Entonces no era el cronista de sucesos que es hoy día —le recordó Jupiter—. Era actor, y trabajó en la última película de Madeline. Conoció a Ramón Desparto. Asimismo, es lógico empezar por él, ya que sabemos dónde encontrarle. Las oficinas de la Video Enterprises, donde se hallan los estudios de la KLMC, están en la

calle Fountain, junto al Bulevard Hollywood. Llamé allí esta mañana y accedió a verme.

—¿Le dijiste cuál era el tema de la entrevista? —quiso saber Beefy.

—Exactamente no. Dije que estaba haciendo un reportaje para nuestro periódico escolar, como proyecto de verano.

—A Long le gusta la publicidad —dijo Pete desde el asiento de atrás—. Aunque sea la publicidad en una revista escolar.

—Creo que a todos nos gustaría si fuésemos, como él, un personaje público —opinó Jupiter. Luego miró a Beefy—. Eres muy amable al traernos hasta aquí en tu coche. Podíamos tomar el autobús.

—Si me quedase en casa, me pondría nervioso —declaró el joven editor—. Me siento como perdido sin tener un despacho a donde ir. Además, vuestro trabajo me fascina, chicos. Yo no me atrevería a enfrentarme con un tipo como Jefferson Long.

—Jupe no se asusta fácilmente —rió Bob.

—¿Y cómo pensáis enteraros de las direcciones de los demás miembros del círculo mágico? —preguntó Beefy.

—Mi padre trabaja en unos estudios de cine —repuso Pete—. Él conseguirá las direcciones de los amigos de Madeline, gracias al sindicato.

Beefy conducía el coche con gran cautela por el concurrido Bulevar Hollywood. Torció a la derecha, hacia la calle Fountain, y detuvo el auto junto a la acera, delante de un edificio que parecía un inmenso cubo de cristal oscuro.

—Aparcaré aquí y te aguardaremos —dijo, al saltar Jupe a la acera—. No tengas prisa.

—De acuerdo.

Jupiter penetró en el edificio.

La sala de recepción estaba fría, protegida contra el sol exterior por vidrios polarizados. La bronceada joven que estaba en el mostrador le indicó a Jupe el ascensor y el muchacho subió al cuarto piso.

El despacho de Jefferson Long era un conjunto de cristal, cromados y muebles tapizados con cuero negro. Los ventanales daban al Norte, hacia las colinas de Hollywood. Long se hallaba sentado detrás de su escritorio, de espaldas al paisaje exterior. Le

sonrió a Jupiter.

—Encantado de verte —dijo el cronista de sucesos—. Siempre me alegro de ayudar a la gente joven.

Jupiter tuvo la impresión de que Long había soltado aquel discursito varios centenares de veces.

—Muchas gracias —replicó el muchacho con tono humilde.

Miró fijamente a Long, dejando que su rostro adoptase una expresión de inocencia casi idiota.

—La otra mañana vi su programa por tele —dijo—. La entrevista que sostuvo usted en la residencia de Madeline Bainbridge. ¡Me quedé asombrado! No sabía que usted hubiese sido actor ni que conociese a Madeline Bainbridge.

La sonrisa de Jefferson Long se desvaneció de pronto.

—He hecho en mi vida cosas mucho más importantes que trabajar como actor y conocer a Madeline Bainbridge —respondió. Hizo girar su sillón y señaló las estanterías que ocupaban un lado del despacho—. Los defensores de la ley serían los primeros en estar de acuerdo conmigo.

Jupiter se puso de pie y se aproximó a las estanterías. Allí vio placas y medallas de todas las ciudades de la costa. También había fotografías de Long con jefes de policía de las poblaciones grandes y pequeñas de California, Nevada y Arizona. Y un pergamino enmarcado que proclamaba que Jefferson Long era miembro honorario de una *posse* de *sheriff*[3].

—¡Cáscaras! —exclamó Jupe.

Deseó que su voz denunciase su asombro.

—También tengo varios recortes de prensa —declaró Long con orgullo—. Si te interesan, puedes hojearlos.

—Pues me gustaría mucho —repuso Jupiter—. Un amigo me contó que usted estaba realizando una serie sobre el abuso de las drogas. Esto debe de ser muy emocionante.

El rostro de Jefferson Long enrojeció de placer.

—Lo es. Imagínate que incluso personas que trabajan en firmas comerciales de productos farmacéuticos se hallan mezclados en la distribución ilícita de drogas. Pero este año no podré todavía tener lista esta serie. Algunas personas opinan que es mejor gastar el dinero en películas viejas que en una serie documental sobre un problema tan agudo como el de las drogas.

—Oh, entiendo —murmuró Jupiter—. Es una lástima. Pero las películas de Madeline Bainbridge deben de ser muy caras.

—Y lo serán aún más cuando hayan sido rescatadas —repuso Long.

—Supongo que es una mala suerte para usted —se compadeció Jupe—. Aunque tal vez le ayuden en algo. Quiero decir que usted intervino en una de sus películas.

—Oh, *La historia de Salem* fue una cinta extremadamente mala —afirmó Jefferson Long—. Tan mala fue que, después de su estreno, no conseguí ningún otro papel como actor. Ah, resulta mucho más satisfactoria la profesión de cronista de sucesos.

—Y Madeline Bainbridge se retiró —comentó Jupe. Hablaba como un joven aficionado al cine—. Mi tía Matilda recuerda a Madeline Bainbridge, y dice que siempre estuvo rodeada de un halo misterioso. La gente decía cosas raras de ella y de sus amigos. Se susurraba que pertenecía a un *coven* de brujas.

—¿Un *coven*? —repitió Long, con expresión súbitamente helada, como si presintiese una presencia enemiga. Luego sonrió torvamente—. ¡Esto es ridículo! ¡Un *coven* de brujas!

—Sí. Usted trabajó con ella —continuó Jupiter—. ¿No existió ese grupo de brujas?

—¡Claro que no! —declaró Long—. Bueno, que yo sepa nunca hubo tal *coven*. Los amigos de Madeline eran… la gente con quien ella trabajaba, nada más.

—¿Los conoció usted?

—Ciertamente. Yo era uno de ellos.

—Bueno, tal vez alguno de esos amigos sabían algo que usted ignoraba —dijo Jupe contemplando fijamente a Long sin pestañear —. ¿Se mantuvo en contacto con alguna de esas personas? ¿Sabe dónde podría encontrarlas? O quizá me puede poner en contacto con la propia Madeline Bainbridge.

—¡Claro que no! —exclamó Long—. No quiero tener tratos nunca más con esa gente. Todos mis amigos son policías y servidores de la ley. En cuanto a la Bainbridge, hace treinta años que no la he visto… ¡y ojalá tarde otros treinta años más en verla! Era una mala actriz, temperamental y estúpida. Casi tan mala como ese galán, Ramón Desparto, de quien se hizo novia.

—Falleció después de asistir a una fiesta en casa de ella,

¿verdad?

—Sí —Jefferson Long pareció avejentarse súbitamente y sus ojos adoptaron una expresión mortecina—. Después de una fiesta, sí.

Se enderezó y sacudió la cabeza, como para alejar algún mal recuerdo.

—Pero esto… ocurrió hace mucho tiempo. Nunca recuerdo aquellos días. No sirve de nada recordar lo pasado. Y además, ¿por qué estamos hablando de Madeline? Supongo que has venido porque estás interesado en mis programas sobre crímenes.

—Vine a causa de Madeline Bainbridge —confesó Jupe—. En mi curso sobre la historia del cine, haré un reportaje sobre ella. Si el artículo sale bien, se publicará en la revista de la escuela.

Jefferson Long pareció sumamente enojado.

—Te deseo buena suerte —dijo con frialdad—. Y ahora tendrás que perdonarme. No puedo concederte más tiempo. Estoy citado para un almuerzo.

—Entiendo —asintió Jupe, levantándose.

Le dio las gracias a Long y se marchó.

—¿Y bien? —se interesó Beefy cuando Jupe penetró en el coche.

—A Jefferson Long no le gusta Madeline Bainbridge, ni le entusiasma la idea de que sus películas se den en televisión —manifestó Jupe—. Video Enterprises no quiere financiar un programa de Long sobre las drogas, porque han gastado mucho dinero en las películas de Madeline. Long asegura que hace treinta años que no ve a Madeline, ni tampoco a sus amistades. Asimismo niega que existiese un *coven*. Tal vez dice la verdad respecto a todo lo demás, pero sospecho que en lo del *coven* miente. En realidad, opino que hay algo muy extraño en Jefferson Long, aunque no sé exactamente qué es.

Pete sonrió desde el asiento posterior.

—Ya lo sabrás, siempre lo averiguas al fin. Además, tenemos más trabajo. He llamado a papá a los estudios mientras tú estabas con Long. Ya me ha dado una dirección, Elliott Farber era el cámara favorito de Madeline, y estuvo en el círculo mágico de la cena de premios de la Academia. Ya no trabaja como cámara, claro. Tiene un taller de reparaciones de televisores en Melrose. ¡De modo que vámonos allá!

CAPÍTULO 10

La maldición de la bruja

No fue necesario que los Tres Investigadores fabricasen una historia relativa a una revista escolar para ver a Elliott Farber. El antiguo cámara de cine no estaba protegido por ninguna recepcionista y los muchachos sólo tuvieron que entrar en una tienda llena de polvo para hablar con él. Una vez en la tienda, que apenas era un agujero en la pared, entre una peluquería y un tapicero, Jupe dijo simplemente:

—Señor Farber, usted fue el cámara favorito de Madeline Bainbridge, ¿verdad?

Elliott Farber era un individuo delgado, con la tez un poco amarillenta. Contempló a los muchachos a través del humo del cigarrillo que sostenía entre los labios.

—No digáis nada —exclamó—, dejad que lo adivine. Vosotros sois aficionados a las películas antiguas.

—Sí, algo parecido —asintió Jupiter.

Farber sonrió y se apoyó de espaldas al mostrador.

—Sí, trabajé con la Bainbridge casi en todas sus cintas —explicó —. ¡Era fabulosa! ¡Una gran actriz!

Farber dejó caer su cigarrillo al suelo y lo pisoteó.

—También era guapísima. Poseía ese encanto tan necesario a las estrellas de cine. Casi todas ellas necesitan un poco de maquillaje y un buen enfoque de luz para resultar hermosas. Tienen que aprovechar todos los trucos de la cámara. Por esto abandoné mi profesión. Me harté de cargar con las culpas si una de esas damas no se parecía bastante a Cleopatra, la Reina del Nilo. Pero con la Bainbridge esto no ocurría. Era sencillamente guapa. Y yo nunca cometía el menor error cuando filmaba una de sus escenas.

—¿Era difícil trabajar con ella? —se interesó Jupe.

—Oh, le gustaba hacer su voluntad, cuando lo había decidido.

Por esto todos nos vimos mezclados en aquel horrible asunto de brujas y puritanos.

—*¿La historia de Salem?* —apuntó Jupe.

—Exacto —asintió Farber—. Ramón Desparto pensó que sería un gran éxito. Madeline estaba loca por él, por lo que cuando Desparto deseaba algo lo conseguía siempre. Todos estábamos preocupados por ella… temerosos de que él le estropeara su carrera.

—En realidad, esto fue lo que hizo, ¿verdad? —inquirió Pete, que estaba escuchando atentamente—. Quiero decir que, cuando murió, ella creyó que se le partía el corazón y no volvió a trabajar nunca más.

—Sí, se acusó del accidente —explicó Farber—. Ella y Desparto se habían peleado poco antes del suceso. Madeline le dijo varias cosas horrorosas. Pero no se lo censuro. Él salía también con otra actriz, una tal Estelle DuBarry, y Madeline estaba celosa. Si pensáis organizar un club de admiradores de Madeline, o queréis escribir un artículo para una revista de cine, olvidaos de este asunto. De nada sirve revolver aguas pasadas.

—¿Ve alguna vez a Madeline Bainbridge en la actualidad, señor Farber? ¿Habla con ella? —preguntó Jupe sin expresar interés.

—No, en absoluto. Ella no ve a nadie. Nadie, por otra parte, está en contacto con ella.

Bob le enseñó a Farber la fotocopia del retrato que había hallado en la biblioteca.

—Estelle DuBarry era una de las personas que gozaban de la intimidad de Madeline, ¿no es verdad? —inquirió—. Está en esa foto que tomaron cuando se celebró la cena para el reparto de premios de la Academia.

—¿Sí? —Farber cogió el retrato—. Sí, claro. El círculo mágico. Aquí están todos… los trece, incluyéndome a mí.

—Trece es un número fatídico para sentarse a la mesa, ¿eh? —dijo Jupe.

Farber sonrió.

—Para las brujas, no.

—¡Entonces, había un *coven*! —proclamó Bob.

Farber rió a carcajadas.

—Seguro, ¿por qué no? Madeline era una bruja… o al menos, eso creía ella. A su credo lo llamaba la Antigua Religión. No tenía

nada que ver con las escobas voladoras, ni había que vender el alma al diablo, pero Madeline estaba convencida de que poseía poderes mágicos. Todos la apoyamos en esto. Al fin y al cabo, Madeline era una estrella de cine, y si hubiese decidido que todos nos pintásemos de color púrpura, lo habríamos hecho. Todos nos convertimos en miembros del *coven*. Estelle DuBarry, Lurine Hazel, Janet Pierce y hasta la pobre y fea Clara Adams… Todos éramos brujos.

—¿Y Jefferson Long? —intercaló Jupe.

—Seguro —asintió Farber—. Supongo que no le gustaría que esto se supiera hoy. En televisión da una imagen muy diferente. Pero también era brujo.

—¿Está usted en contacto con alguna de esas personas? —inquirió Jupiter, después de sonreír.

—Sí, con algunas —repuso Farber—. Ahora, Jefferson Long sólo tiene amistad con la policía, de manera que nadie quiere saber nada con él. La pobre Estelle, que fue la causa de la pelea entre Madeline y Desparto, no llegó al estrellato. En realidad carecía de talento interpretativo y tampoco conservó su belleza. Ahora parece mi abuela. Dirige un motel en Hollywood. Todavía ha tenido suerte.

—¿Cree que nos concedería una entrevista? —quiso saber Jupe.

—Seguro. Le gusta ser el centro de la atención. Pero ¿qué estáis haciendo, chicos? ¿El proyecto del año para una revista infantil de cine?

—Bueno, yo sigo un curso sobre la historia del cine y… —replicó Jupe.

—Entiendo —Farber volvió a estudiar la fotografía—. Os daré las señas de Estelle DuBarry. Y también tengo el número telefónico de Ted Finley. Ya es muy viejo. Todavía trabaja en el cine, a pesar de sus ochenta años. Cuando le visitéis mencionad mi nombre.

—¿Y los demás? —se interesó Bob.

—Bueno, Ramón Desparto murió —enumeró Farber—. No sé cómo podríais ver a Clara Adams. Vive con Madeline y no ve a nadie. Nicholas Fowler, el guionista, también falleció. Hace unos años sufrió un ataque cardíaco. Olvidaos de Janet Pierce. Se casó con un conde o un duque y se marchó a Europa. Ya no volvió. Lurine Hazel también se largó. Se casó con su enamorado de la infancia y se fue a vivir a Billsville, Montana. Y Marie Alexander… bueno, lo de Marie fue una desgracia.

—La joven del cabello largo, ¿verdad? —preguntó Pete—. ¿Qué le ocurrió?

—Estaba un día nadando en la playa de Malibú, se encontró en medio de un remolino y se ahogó.

—¡Qué lástima! —se apiadó Pete—. ¡Tres personas del *coven* han muerto ya!

—Hace ya mucho tiempo que tomaron esta fotografía —le recordó Farber—. La cosa no es tan mala. Gloria Gibbs, esa chica fea que era secretaria de Ramón Desparto, trabaja para un bolsista de Century City. De cuando en cuando la invito a cenar.

Jupiter cogió la foto y volvió a estudiarla. Señaló al hombre que, según el pie, era Charles Goodfellow. Era un tipo joven, de cabello negro, echado hacia atrás.

—Su cara me es familiar —dijo—. ¿Todavía trabaja en el cine?

Farber frunció el ceño unos instantes.

—¿Goodfellow? Casi le había olvidado. En aquella época hacía papeles pequeños, como taxistas y porteros. Probablemente le habréis visto bastante en las películas viejas que pasan en la *tele*. Es el único cuyo rastro he perdido por completo. Lo único que recuerdo de él es que era norteamericano, si bien no sé por qué sus padres vivían en Holanda cuando él era niño. Oh, era bastante rebelde. Todo lo criticaba. Casi le da un ataque cuando se enteró de que todos teníamos que beber miel diluida en agua de la misma copa en nuestros «sábados». Lo hacía como los demás, pero después tenía que gargarizar un buen rato.

Los tres muchachos se echaron a reír.

—Por lo visto, según usted, un *coven* de brujas es tan divertido como la fiesta mayor de un pueblo —comentó Jupe.

—Todo era muy inocente —declaró Farber—. Pero cuando murió Desparto, algunos empezaron a pensar si Madeline tendría algo que ver con ello, si realmente poseía algún poder.

—¿Cree que le echó una maldición a Desparto? —quiso saber Jupiter.

Farber suspiró e hizo una breve pausa antes de responder.

—Tal vez debería callar. Fue… bueno, esas cosas que se dicen cuando uno está enfadado. Le dijo que cuanto antes muriese, mejor. Claro que sólo fue una frase colérica. Estoy seguro de que no lo dijo en serio. Pero después de haberla pronunciado, Ramón Desparto

subió a su coche, se marchó… y le fallaron los frenos, por cuyo motivo se estrelló contra un árbol. En aquellos días no se conocían los cinturones de seguridad y el muchacho saltó por los aires. Lo encontramos aplastado contra el tronco de un árbol, a un lado del camino. Tenía el cuello roto y la cabeza le colgaba a un lado. ¡Era horrible!

—¡Qué horror! —murmuró Pete.

—Entonces, se deshizo el *coven*; Madeline se retiró del cine y esto fue el final. Ahora ya nadie habla de Madeline, y sospecho que ella no habla con nadie, según dicen.

—¿Y su encargado general? Había sido su chófer, ¿verdad? —insistió todavía Jupiter.

—No le conocía —respondió Farber.

Cogió una hoja de papel del mostrador y garabateó la dirección de Estelle DuBarry. Luego añadió el número de teléfono de Ted Finley, y las señas de Gloria Gibbs, en Century City. Les dio el papel a los muchachos, y cuando éstos salieron de la tienda, él se quedó apoyado en el mostrador, mirando al frente con expresión ausente.

—Un buen hombre —ponderó Pete, ya en la calle—. Además, le gusta hablar.

—Sí, aunque tenga que evocar amargos recuerdos —asintió Bob—. Me ha parecido como si estuviera viendo de nuevo a Ramón Desparto con el cuello roto, a un lado del camino.

CAPÍTULO 11

Amigos y enemigos

El motel que regentaba Estelle DuBarry se hallaba ubicado en una calle que daba al Bulevar Hollywood. Cuando Bob tocó el timbre, abrió la puerta una mujer ya madura, de cabello gris, bastante rizado todavía, y pestañas muy negras, probablemente postizas.

—¿La señorita DuBarry? —preguntó Bob.

—Soy yo misma.

La mujer parpadeó como si necesitase gafas.

—Elliott Farber nos dijo que usted accedería a hablar con nosotros —prosiguió Bob—. Estamos redactando una revista escolar. Es un proyecto de verano respecto a la historia del cine.

—¡Oh, esto es maravilloso! —exclamó Estelle—. Me encantará hablar con vosotros.

Abrió por completo la puerta.

Los muchachos penetraron en una salita, atiborrada de muebles, medio oficina, medio cuarto de estar. Todos se sentaron a indicación de la dueña del motel, y la antigua actriz empezó inmediatamente a hablar de su carrera cinematográfica.

Tras llegar muy joven a Hollywood, tomó parte en unas pruebas de fotogenia. Contó que en diversas películas había interpretado papeles de segunda categoría, mientras que en otras, las menos, según confesó, hizo algunas protagonistas. Y como la carrera cinematográfica de Estelle DuBarry no había tenido gran importancia, pronto agotó aquel tema de conversación.

Fue entonces cuando Jupiter mencionó, como al azar, a Madeline Bainbridge, y rápidamente cambió el ambiente de la habitación.

—¡Esa horrible mujer! —gritó Estelle—. ¡Oh, me odiaba! ¡Siempre me odió! Yo era bonita, mucho menos orgullosa y

envarada que ella. Y de no haber sido por ella, yo no tendría ahora este motel. A no ser por ella, Ramón y yo nos habríamos casado y viviríamos en una residencia de Bel Air.



Se produjo un súbito silencio. Estelle miró a Jupe y luego desvió la mirada.

—El señor Farber mencionó un *coven* de brujas —dijo Jupiter al fin—. ¿Sabe algo respecto a este asunto?

El rostro de Estelle palideció, y después se tiñó de un color carmesí.

—Bueno… se trataba sólo de un juego —tartamudeó—. No lo tomábamos en serio. Excepto Madeline. Ella sí creía en la brujería.

—O sea que usted no creía y sigue sin creer en esas cosas.

—¡Claro que no creo! —exclamó la antigua actriz.

—Hace unos momentos dijo usted una cosa muy interesante —manifestó Jupe de pronto—. Dijo que de no haber sido por Madeline Bainbridge, usted y Ramón Desparto estarían ahora viviendo en Bel Air. ¿Cómo sería posible, si él murió en un accidente de coche?

—¡No fue un accidente! —exclamó Estelle—. ¡Fue… fue un…!

No terminó la frase.

Bob se agitó torpemente en su asiento.

—Ha sido usted muy amable al recibirnos —musitó—. ¿No sabe de alguien más a quien pudiéramos visitar? Alguna amistad de Madeline Bainbridge que todavía esté en contacto con ella. O con su secretaria.

—Oh, no.

—Había un tal Charles Goodfellow —recordó Jupe—. ¿Sabe qué ha sido de él?

Estelle se encogió de hombros antes de responder.

—Le perdí de vista.

—Ya —dijo Jupe.

Los tres muchachos se marcharon del motel y recorrieron todo el senderito de grava, hasta el lugar donde les aguardaba Beefy.

—No sabe nada que pueda ayudarnos —le informó Bob.

—Cree que Madeline asesinó a Ramón Desparto —añadió Pete —. Y opino que está realmente asustada de su enemiga.

—Elliott Farber sugirió casi lo mismo —observó Jupe—. Es posible que Ted Finley tenga algunos informes para nosotros.

—A lo mejor se niega a vernos —opuso Bob.

—No lo creo —objetó Jupe—. Madeline es noticia ahora, después del robo de sus películas. No, a Ted Finley le gustará ver su

nombre asociado al de ella.

Jupiter tenía razón. Después de almorzar rápidamente, llamó a Finley desde el apartamento de Beefy. Le contestó una cinta magnetofónica, pero el propio Ted Finley no tardó en llamar personalmente. El viejo actor de carácter se mostró muy amable y dispuesto a colaborar. Admitió al instante que había habido un círculo de brujas, del cual él era miembro.

Sin embargo, aunque expresó una gran admiración por Madeline Bainbridge, negó haber estado nunca en contacto con ella.

—Nadie se relaciona con Madeline —aseguró—. Su chófer, ese Gray, la mantiene completamente apartada de la sociedad, desde que ella se retiró. Es él quien siempre contesta al teléfono, y él quien afirma que Madeline no quiere hablar con nadie. Poco después de morir Ramón Desparto, intenté impedir que Madeline se convirtiera en una reclusa auténtica. No sirvió de nada y no tardé en abandonar mis intenciones. Tal vez todo irá mejor, ahora que ha vendido sus películas a la televisión.

—Películas que han sido robadas —añadió Jupe—. Piden rescate por ellas.

—Y el rescate será pagado —predijo Finley—. Son muy valiosas. Ahora que vosotros, los jóvenes, tendréis ocasión de verlas, supongo que todos vendrán a verme y a preguntarme por Madeline.

—Otra cosa, señor Finley —dijo Jupe—. ¿Sabe acaso qué le ocurrió a un tal Charles Goodfellow? Es el único amigo de Madeline que no hemos logrado localizar.

—¿Goodfellow? No, no sé nada de él. Era un joven un poco… ¿cómo diría?, borroso. Tal vez regresara a su casa. Ignoro de dónde venía. Quizá consiguió un empleo en un almacén o algo por el estilo.

Jupe le dio las gracias al viejo actor y Ted Finley cortó la comunicación.

—Nada —les comunicó a sus amigos—. No sabe nada, ni se ha relacionado para nada con Madeline desde hace muchos años.

—Todavía no hemos hablado con Gloria Gibbs —le recordó Bob —. Tú tienes el nombre del corredor de Bolsa para el que trabaja.

Jupiter asintió.

—Sí, la llamaré, aunque creo que perderemos el tiempo.

Muy desalentado, casi alicaído, Jupiter marcó el número de

Gloria Gibbs. Contestó al teléfono una voz femenina, que resultó ser la de la propia Gloria. En su contestación se mostró todavía más hostil y con menos deseos de colaborar que los demás amigos de Madeline Bainbridge.

—Todo esto sucedió hace muchos años —gruñó—, y no me siento importante por haber conocido entonces a esa bruja de cabellos rubios.

—Oh, sí, era una bruja —asintió Jupe con rapidez—. Y usted era miembro del círculo, ¿verdad?

—Sí, por desgracia. No me gustaba tener que bailar a la luz de la luna.

Gloria Gibbs, a continuación, negó estar en contacto con Madeline Bainbridge o con los demás componentes del grupo. Y aún menos con el miembro que faltaba, Charles Goodfellow. Añadió con tono agrio que Clara Adams era una mujer desdichada, medio tonta, en la que nadie paraba atención. Después, colgó.

—Una mujer poco agradable —comentó Jupe—. Sin embargo, ha confirmado lo que han manifestado los demás. Había un círculo de brujas, pero si el siniestro secreto de las memorias de Madeline es éste, nadie parece estar nervioso. Claro que no sabemos nada aún del misterioso Charles Goodfellow, pero nadie se ha mostrado excesivamente preocupado por la acusación de brujería. De manera que no se trata de esto, a menos que…

Jupiter meditó unos instantes, frunciendo el ceño.

—¡Jefferson Long! —exclamó al fin—. Es el único que no ha querido admitir que era miembro del grupo de brujas. Pese a esto —agregó, bajando el tono de voz—, no pudo robar el manuscrito, porque en aquellos momentos estaba entrevistando a Marvin Gray delante de las cámaras de televisión, para la emisión en diferido.

—Pudo alquilar a alguien —sugirió Pete—. Y quizá fue Gray quien le habló del manuscrito. Incluso pudo decirle que estaba en poder de Beefy y olvidarlo luego.

—Apenas es una posibilidad —replicó Jupiter—. ¿Cómo podía tener tiempo Long de planear un robo en tanto se hallaba entrevistando a una persona? Sin embargo, no sé por qué Long me interesa profundamente. Me gustaría saber qué piensa de él, realmente, la policía.

—¿Crees que es un impostor? —inquirió Pete.

—Tengo la impresión de que está representando una comedia —fue la explicación de Jupe—. Al parecer, conoce a todos los que representan a la ley en California del Sur. Y si esto es verdad, tiene que conocer al jefe Reynolds, de Rocky Beach. Bien, tal vez el jefe pueda decirnos algo interesante respecto a Long. En realidad, tengo más fe en el jefe que en un montón de placas y diplomas.

CAPÍTULO 12

El hombre del incendio

—¿Jefferson Long? —repitió el jefe de policía Reynolds, retrepándose en su silla giratoria—. Claro que conozco a Jefferson Long. Está presente en todas las reuniones de las fuerzas de policía que se celebran por esta región.

El jefe de policía de Rocky Beach volvió a inclinarse hacia delante y miró con curiosidad a los Tres Investigadores. Los muchachos estaban sentados en sendas sillas delante del escritorio del jefe.

—¿Por qué os interesa Long? —quiso saber.

—No puedo decirlo sin traicionar una confidencia —repuso Jupe.

—Hum —rezongó Reynolds—. Esto suele indicar que vosotros tenéis un cliente. Está bien, no quiero meterme en vuestros asuntos.

Hizo una pausa y continuó:

—He visto mucho a Long en nuestras reuniones, y de vez en cuando veo su programa de televisión. Es un buen tipo. Sabe dar color y calor a sus comentarios sobre los crímenes y los criminales. Naturalmente, afirma que también investiga por su cuenta, lo cual significa que trabaja por su cuenta como detective. En realidad, no es así. En mi opinión, es un aprovechado. Es decir, obtiene la información de las personas que verdaderamente trabajan investigando. Creo que ni siquiera le interesa la ley ni el orden. Pero la ley le sirve para labrarse un nombre en televisión, como cronista de sucesos.

—O sea que es un impostor —concluyó Pete—. Entonces, ¿cómo ha conseguido tantos premios y recompensas de los departamentos de policía y de los *sheriffs*?

—Mantiene al público informado sobre fraudes, robos y falsificaciones, por ejemplo —replicó el jefe Reynolds, encogiéndose

de hombros—, y cosas por el estilo. La policía desea que el público confíe en ella y Long anima a la gente a confiar en la policía… y a llamarla si alguien piensa que en su vecindad sucede algo extraño. De modo que, por esto, ese tipo nos ayuda bastante.

—Pero no es el luchador o cruzado contra el crimen que finge ser —resumió Jupiter. Luego asintió con satisfacción—. Ya sabía que interpretaba un papel.

—Lo interpreta las veinticuatro horas del día —observó el jefe de policía.

Los muchachos se despidieron del jefe, después de darle las gracias, salieron de Jefatura y echaron a andar por la autopista.

—¡Otro callejón sin salida! —quejose Jupe—. Hemos pinchado el globo de Long, pero ahora estoy seguro de que no tuvo nada que ver con el robo del manuscrito.

—¿Por qué? —se interesó Bob.

—Porque, por todo lo que hemos oído, creo que Long da un gran valor a sus buenas relaciones con la policía. Se ha forjado un nombre, una celebridad, y no puede destruir esta imagen por el hecho de robar un manuscrito que no le serviría de nada.

—Entonces, ¿por qué mintió en lo del círculo de brujas? —insistió Pete.

—No es extraño. Un hombre de su posición no puede admitir haber cometido semejante tontería en el pasado. Y fue esto: una tontería, no un crimen. Además, aunque Long hubiese estado enterado de la existencia del manuscrito y quisiera robarlo, no tuvo la menor oportunidad. Las horas no concuerdan.

Muy abatidos, los Tres Investigadores se separaron, en dirección a sus respectivos hogares. Jupiter estaba cabizbajo y distraído mientras cenaba con tía Matilda y tío Titus. Una vez hubo ayudado a lavar los platos, subió a su cuarto donde se tumbó en la cama, con la vista clavada en el techo. Sentíase tremendamente descorazonado. Al parecer, era imposible relacionar a ninguna de las viejas amistades de Madeline Bainbridge con el robo del manuscrito. Pero si ninguno de los amigos de la actriz lo había robado, ¿quién era el culpable?

Jupiter rememoró la noche del incendio. Volvió a oír el crepitar de las llamas que lamían las tablas del edificio de la editorial *Amigos*. Una vez los sacaron del sótano, él, Bob y Pete cruzaron la

calle para contemplar el fuego. El señor Grear estaba con ellos, y poco después llegaron corriendo Beefy y su tío William. El señor Thomas también estaba allí, lo mismo que la señora Paulson. Ellos, y sólo ellos, sabían que el manuscrito se hallaba en el apartamento de Beefy. No obstante, resultaba altamente improbable que cualquiera de ellos lo hubiese cogido.

Poco después, Jupe empezó a sentir sueño. Cuando se despertó, el sol penetraba alegremente por la ventana. Sintiéndose todavía frustrado y agotado, se levantó, se duchó y se vistió. Después llamó a Bob y a Pete, y concertó reunirse los tres en la parada del autobús de la autopista de la costa después de desayunarse.

Eran casi las nueve cuando Jupiter salió del Patio Salvaje de los Jones en dirección a la autopista. Bob y Pete ya le estaban esperando.

—¿Has tenido jaqueca esta noche pasada? —preguntóle Pete al ver su aspecto.

—No —negó Jupe—, pero no sé qué hacer, aparte de volver al apartamento de Beefy, registrarlo todo de nuevo y seguir interrogando a la gente.

—Creo que ya no queda nadie por interrogar —recordole Bob.

—No queda nadie con un motivo claro —rechazó Jupiter—, pero aún quedan personas que pudieron tener la oportunidad. En realidad, ni siquiera nos hemos ocupado de ellas.

—¿Los empleados de la editorial *Amigos*? —adivinó Pete.

Jupiter asintió.

—No creo que ninguno de ellos robase el manuscrito —opinó Pete—, pero debemos probar cualquier cosa antes de darnos por vencidos.

Los tres muchachos fueron en bicicleta al oeste de Los Ángeles y llegaron ante la puerta del apartamento de Beefy, justo en el momento en que salía de allí un joven que llevaba unos pantalones de tela de gabardina y una chaqueta estudiantil. Al pasar por su lado, sonrió a los muchachos.

El rubicundo rostro de Beefy mostraba cierta palidez cuando les recibió. Detrás del joven, William Tremayne se paseaba presa de gran irritación.

—¡Es una conspiración! —gritó—. ¡Me odian! ¡Siempre me han odiado! ¡Hatajo de granujas!

—Cálmate, tío Will —le suplicó Beefy.

—¿Cómo quieres que tenga calma? ¡A ti no te han acusado de incendiario!

—¿Incendio? —intervino Jupe—. O sea, que el incendio fue provocado.

—Eso temo —asintió tristemente Beefy—. El joven que acaba de salir de aquí pertenece a la brigada contra incendios provocados. Deseaba una lista de todos los empleados de la editorial *Amigos*, y saber además quiénes estuvieron en la oficina la día del incendio.

—También quería saber a quién iría a parar el dinero del seguro —bramó William Tremayne—. Y yo sé lo que significa realmente esta pregunta. ¡Fue tanto como decir que estaba seguro de que yo era el incendiario! Bueno, como es natural, el dinero del seguro irá a parar a mis manos. Yo me he ocupado de todos los asuntos financieros de la empresa, ¿no? Y aun cuando ya no tenga ingreso alguno…

—Tío Will, ¿estás en algún apuro? —se interesó Beefy.

—Bueno… ando corto de dinero contante —confesó tío Will—. Nada importante. Nada que no pueda solucionarse con el tiempo. ¡Y ahora, no empieces tú a atosigarme! Ya ha sido suficiente tener que hablar con ese pesquisador de incendios. Cuando empezó el fuego, yo no estaba cerca del edificio. Estaba aquí, en casa, contigo.

—El que inició el fuego no tuvo por qué estar allí en aquel momento —replicó Beefy—. Ya has oído lo que ha dicho ese joven. Quien lo hizo utilizó un artilugio incendiario a base de magnesio y un reloj despertador y una batería. Pudo dejarlo en la alacena que hay debajo de la escalera a cualquier hora después de las seis de la mañana.

—¡Tú piensas que lo hice yo! —tronó William Tremayne.

—No he dicho tal cosa —se defendió Beefy—. Sólo afirmo que las coartadas no sirven en este caso. El incendiario se hallaba probablemente a muchos kilómetros de distancia cuando empezó el fuego.

—¡Estupendo! —gritó tío Will—. ¡Entonces fue Grear! ¡Siempre me ha odiado! ¡Ese hombre dulzón y mansurrón! Odia a todo aquel que posee un estilo. ¡O fue Thomas! ¿Qué sabemos de él? ¡Sólo lleva tres meses en nuestra empresa!

—Tú le contrataste, tío Will.

—Claro, presentó buenas referencias. ¡Pero esto no significa nada en realidad!

William Tremayne se dirigió a la mesita de centro y abrió la caja que normalmente contenía sus cigarros.

—¡Maldición! —rezongó—. ¡Vacía!

De pronto miró fijamente a Beefy.

—¡O fue Grear o fue Thomas! —continuó—. ¡Los dos me odian! ¡Jamás me han perdonado que ocupe el puesto de tu padre! Sí, tal vez fue Thomas. No sabemos nada de él. Bien, vamos a actuar. Tú has contratado a esos tres muchachos para que encuentren ese manuscrito imbécil de esa actriz más imbécil todavía. Pues bien, haremos que vigilen la casa de la señora Paulson, el apartamento de Grear y el de Thomas. Y así sabremos qué hacen cuando les haya visitado también el agente de la brigada de incendios. Seguro que una vez hayan sido interrogados, uno de ellos se descubrirá, huyendo. ¡Ya lo verás!

Beefy miró con desesperación a los Tres Investigadores.

—¿Por qué no? —le animó Jupiter—. Se han cometido delitos más extraños por motivos aún más insólitos. Si nos dan las direcciones, vigilaremos las tres casas. Esto, al menos, no hará ningún mal.

—De acuerdo —asintió Beefy.

El joven editor entró en un pequeño despacho, contiguo al salón. Regresó al cabo de unos instantes con tres direcciones escritas en tres cuartillas de papel.

—Bien —propuso Jupiter—, yo vigilaré a la señora Paulson, Bob verá qué hace el señor Grear ahora que no trabaja, y Pete acechará al señor Thomas.

Los muchachos se dirigieron a la puerta del apartamento, seguidos por Beefy. Una vez en el vestíbulo, el joven les contempló con expresión muy preocupada.

—Lo hacéis para seguirle la corriente a tío Will, ¿no es así? —preguntó.

—Nada de eso —repuso Jupe—. Hemos interrogado a todos los miembros del círculo mágico de Madeline Bainbridge… bien, a todos los que hemos podido localizar. Por lo que sabemos, ninguno tuvo la oportunidad de apoderarse del manuscrito, y ninguno sabía que estaba aquí. Pues bien, ahora debemos interrogar y vigilar a los

que si sabían dónde estaba. Cualquiera de esas tres personas pudo coger las llaves de tu escritorio y hacer un duplicado. Los tres estuvieron presentes en el incendio y se enteraron del lugar donde estaba el manuscrito. Tal vez la visita de ese agente de la brigada de incendios remueva un poco el asunto. Aunque no creo que el robo del manuscrito deba estar relacionado necesariamente con el fuego. Pero tampoco estoy completamente seguro de lo contrario.

Ya a punto de salir, Jupiter volvióse hacia Beefy.

—Mientras tanto, podrías hacer una cosa.

—¿Cuál? —inquirió Beefy.

—Tu tío dice que estaba jugando al *bridge* con unos amigos cuando robaron el manuscrito. Habla con esas personas y asegúrate de ello.

Beefy mostrose sobresaltado.

—¿Sospecháis de tío Will?

—No lo sé —confesó Jupe—. Pero me gustaría ver confirmada su coartada.

Beefy asintió.

—Nos reuniremos otra vez aquí cuando el agente de incendios haya visitado a los tres presuntos culpables —dijo Jupiter.

Los Tres Investigadores se marcharon, dejando a Beefy en el vestíbulo, con el ceño muy fruncido.

CAPÍTULO 13

El maletero mortal

Harold Thomas vivía en una casa de apartamentos no muy grandes, bastante cerca de donde vivía Beefy. Al otro lado de la calle había un pequeño parque, y Pete se instaló en un banco, y trató de ignorar a los chiquillos que jugaban bajo los árboles, dispuesto a vigilar.

Al cabo de casi una hora, un coche de color negro se estacionó delante de la casa de Thomas. Del auto salió el joven de la chaqueta estudiantil y entró en el edificio.

Pete no se movió, pero su corazón empezó a latir más de prisa.

El detective de la brigada de incendios de la firma del seguro sólo estuvo en la casa unos quince minutos. Pete le vio salir, subir a su coche y alejarse de allí. Pete continuó al acecho.

Media hora después, salió Harold Thomas y miró calle arriba y calle abajo. Vaciló, volvió la vista a su apartamento, y de pronto echó a andar hacia Wilshire, con paso firme y rápido.

Cuando Thomas estuvo a medio bloque de casas de la suya, Pete empezó a seguirle por la acera opuesta. Así cruzó Wilshire y pronto llegó, siempre siguiendo a Thomas, a una zona de pequeños edificios industriales, todos pegados unos a los otros. Había algunas casas de apartamentos, pero se trataba de inmuebles antiguos que amenazaban ruina.

Harold Thomas se detuvo delante de una de estas casas y volvió a mirar en todas direcciones. Pete se escondió detrás de un auto.

Al cabo de un momento, Thomas atravesó la calle y cruzó el portillo abierto de un solar de coches viejos. Se paró un instante junto a una casilla situada cerca de la tapia y luego continuó su camino. Por una grieta de la tapia de madera, Pete le vio pasar por en medio de coches desvencijados y de montones de chatarra.

Pete frunció el ceño, preguntándose si debía seguir a Thomas.

De pronto decidió que, si Jupiter estuviese en su lugar, no perdería de vista al contable de la editorial *Amigos*. Si había alguien en la casilla de la entrada, ya fraguaría una historia más o menos aceptable, imitando a Jupiter. Diría, por ejemplo, que estaba buscando la transmisión de Studebaker Champion 1947.

Pero en la casilla no había nadie. Pete pasó al patio, y empezó a avanzar cautelosamente por entre los autos y las pilas de piezas de recambio usadas.

De pronto, Pete se inmovilizó. Acababa de oír cómo abrían la portezuela de un coche.

Escuchó intensamente. Hubo un leve tintineo, como del choque de una pieza de metal contra otra. Procedía de su izquierda. Y parecía producirse al otro lado de un montón de guardabarros.

Pete se arrastró al frente y atisbo por entre aquellas piezas. Entonces, contuvo la respiración. Harold Thomas estaba a menos de dos metros de distancia. Se hallaba junto a una furgoneta de color gris, estacionada en una zona despejada, en el mismo centro del patio. La furgoneta tenía abiertas las puertas traseras, y en el interior del vehículo se veían pilas y pilas de rollos de películas. Pete había visto muchos rollos semejantes en sus fundas metálicas, cuando visitaba a su padre en los estudios de cine. Pete aguzó la vista, tratando de leer los títulos. Consiguió descifrar *Cleopatra… Primer Rollo*. Otra etiqueta decía *Historia de Salem… III*. El patio estaba en un silencio absoluto. Sólo hubiera podido oírse el zumbido de la sangre en los oídos de Pete y los latidos de su corazón.

De repente, Harold Thomas cerró de golpe las puertas de la furgoneta. Fue hacia la parte delantera del vehículo, trepó hasta el volante y puso en marcha el motor. Un momento después, la furgoneta, lentamente, se dirigía hacia la salida del patio.

Pete permaneció inmóvil unos segundos, asombrado por lo que acababa de ver. ¡Los rollos de películas! Parecía imposible, increíble… y no obstante era cierto. ¡Se trataba de las cintas que habían robado del laboratorio fotográfico, contiguo a la editorial *Amigos*! ¡Y el ladrón era Harold Thomas!

Pete se puso en movimiento. Echó a correr, sin tomar ninguna precaución. Al llegar a la puerta del patio vio cómo la furgoneta se encaminaba al norte. Trató de leer el número de matrícula, pero no

pudo. Tal vez fuese por casualidad, pero la placa estaba cubierta de polvo.

Pete corrió de nuevo hacia la casilla. Allí halló una mesa y un par de sillas desvencijadas… y un teléfono. Estudió el número de Beefy, que llevaba en la cartera, y lo marcó.

El timbre, al otro extremo de la línea, sonó dos veces.

Fuera de la casilla, alguien andaba por la tierra apisonada por el paso de centenares de coches y camiones. Pete no hizo caso. Si los dueños del negocio le reñían por usar el teléfono sin su permiso, alegaría que tenía que avisar a la policía.

Fue Beefy quien respondió a la llamada.

—Escucha, Beefy —murmuró Pete atropelladamente—. Soy Pete y te hablo desde un negocio de coches viejos que está en Thornwall, a dos bloques de casas al sur de Wilshire. Diles a Jupe y Bob que he visto…

Una sombra se abatió sobre la mesa y Pete empezó a volverse hacia la puerta de la casilla. Pero de pronto algo se aplastó contra su nuca. De improviso, se apagó la luz y el teléfono cayó al suelo. ¡Pete empezó a caer… a caer… a caer…!

* * *

Pete ignoraba cuánto tiempo había estado sin sentido. Cuando volvió en sí se halló en un lugar cerrado, polvoriento, un lugar que olía a grasa y a goma vieja. Era un sitio muy caliente, terriblemente caliente y muy oscuro. Pete intentó moverse, volverse o estirarse, y no lo logró. No había el menor espacio a su alrededor. Le dolía el cuello, y algo duro le apretaba el hombro. Sus manos tocaron unas superficies metálicas, muy rugosas, como carcomidas por el orín y el tiempo.

El muchacho comprendió que seguramente continuaba en el negocio de coches usados. Estaba encerrado en el maletero de algún coche viejo, y el sol caía implacablemente sobre el mismo, convirtiéndolo en un horno natural.

Pete intentó chillar, pero tenía seca la garganta por el calor y el miedo. Cerró los labios y trató de tragar saliva. En el patio reinaba un silencio completo. No había nadie por allí. Nadie acudiría en su

ayuda. Nadie le sacaría de allí dentro. ¡Moriría asfixiado! Ante esta idea, Pete sintióse sobrecogido por el pánico. Un pánico feroz, insensato. ¡Nadie sabía que estaba allí dentro, nadie le oiría, nadie podría salvarle!

CAPÍTULO 14

El segundo hombre misterioso

El auto de Beefy atronó la calle, y después sus ruedas rechinaron cuando se detuvo a la entrada del negocio de coches usados. Bob y Jupe saltaron prontamente al suelo y echaron a correr hacia la casilla.

Bob miró en torno al vacío cubículo.

—¿Dónde está? —exclamó—. Éste es el sitio. Es el único negocio de coches usados que hay por este distrito.

Beefy tropezó al llegar al umbral.

—Ahora viene un hombre —anunció—. Creo que trabaja aquí.

Los muchachos fueron hacia la puerta. En efecto, un hombre de cabello negro y rizado, muy corto, avanzaba por el caminito, procedente de algún rincón del patio. Llevaba un mono de trabajo, manchado de grasa.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó obsequiosamente, al ver a Beefy y los chicos en su oficinita.

—Estamos buscando a un amigo —le informó Jupiter—. Teníamos que encontrarnos aquí. ¿Ha visto a un muchacho de nuestra edad? Alto, fuerte, de rostro atezado…

—Lo siento —repuso el hombre—, pero hoy no he visto a nadie así.

—¡Pues tiene que estar aquí! —se inquietó Jupe—. ¿Está seguro de no haberle visto?

A su pesar, Jupe había levantado la voz, a causa de la ansiedad y el temor que experimentaba.

—No he visto a nadie —insistió el hombre—. Oye, chico, lamento que no hayáis encontrado a vuestro amigo, pero éste es un negocio de coches, no un asilo infantil. Y yo no puedo perder el tiempo. ¡Eh! ¿A dónde vas tú?

—¡Pete está aquí! —gritó Jupiter, al echar a correr.

Salió de la caseta y permaneció quieto contemplando el patio: pilas de piezas de recambio, guardabarros, motores inútiles, y montañas de neumáticos.

—Pete vio algo, algo importante, y llamó por teléfono —continuó—. Pero alguien lo atrapó antes de que pudiera transmitir todo el mensaje. Está aquí, lo sé.

Bob avanzó también y tocó el hombro de Jupe.

—En uno de esos portamaletas —indicó—. Si yo quisiera librarme de alguien molesto, lo metería en uno de ellos.

El hombre del patio miró con asombro a los dos muchachos.

—¡Estáis locos! —exclamó, pero en su voz había una nota de duda—. Nadie metería a vuestro amigo en uno de esos maleteros. Estáis bromeando, ¿verdad?

—¡Pete! —gritó Jupiter por toda respuesta—. ¡Pete! ¿Dónde estás?

No hubo respuesta.

—Conque no bromeáis, ¿eh? —murmuró el hombre al cabo de un segundo. Luego, tendió la vista por el enorme patio, repleto de coches destrozados—. Aquí hay más de cien autos, cuyos portaequipajes todavía tienen tapa —añadió—. Tardaríamos todo un día en registrarlos.

—No —replicó Jupiter con firmeza—. Si está dentro de uno de esos coches usados, lo encontraremos rápidamente.

Jupiter echó a andar hacia los autos diseminados por el patio. Caminaba haciendo ruido, y sus ojos iban de un lado a otro, ávidamente. Beefy y Bob le seguían, seguidos a su vez por el hombre del mono de trabajo, con expresión preocupada.

—Ese chico… vuestro compañero, puede estar medio asfixiado por el calor si lo han metido en uno de esos portaequipajes.

Jupiter no contestó. Acababa de detenerse al lado de un viejo Buick de color azul. Lo señaló con el dedo. Sobre la carrocería del auto había una capa de polvo, pero en la tapa del maletero el polvo se hallaba como arremolinado, dejando divisar pequeños trechos de pintura azul.

—¿Ha abierto alguien este maletero? —indagó Jupiter.

—Es… es posible —repuso el hombre.

—Traiga algo que haga de palanca, por favor —pidió el Primer Investigador—. Creo que alguien vio esa tapa levantada, arrojó

dentro a Pete y la cerró.

El hombre del patio ya no quiso discutir. Se marchó y regresó poco después con una barra de hierro. La insertó por debajo de la tapa metálica. Después, él y Beefy unieron sus fuerzas para mover aquella palanca. Cuando forzaron la tapa el metal chirrió.

—¡Pete! —gritó Bob.

El muchacho yacía encorvado dentro del portaequipajes. No se movió.



—¡Dios mío! —gimió el hombre del patio.

Al momento corrió en busca de una toalla empapada en agua.

Cuando llegó al Buick, Pete ya se había incorporado, apoyado en Jupe y Bob.

—Estoy bien —susurró roncamente—. Estoy bien. Pero estaba muerto de calor. Me faltaba el aire.

—Calma, chico —le aconsejó el buen hombre, al tiempo que mojaba el rostro de Pete con la toalla—. ¡Voy a llamar a la policía! ¡Podía haberme encontrado con un cadáver en ese coche!

—Pete, ¿qué sucedió? —quiso saber Jupiter.

Pete cogió la toalla y se la aplicó a la cara.

—Vi cómo Harold Thomas salía de su apartamento y venía hacia aquí —manifestó Pete—. Le seguí. En el centro de este patio había una furgoneta de color gris. Abrió las puertas de atrás y vi el interior del vehículo lleno de rollos de películas.

Durante un instante nadie habló.

—¡Las películas! —exclamó luego Bob.

—¡Las cintas de Madeline Bainbridge! —gritó Beefy, muy consternado—. ¿Las tiene Harold Thomas?

—Seguro —asintió Pete—. Distinguí algunas etiquetas. Después de contar los rollos, Thomas cerró las puertas, subió a la furgoneta y se largó. Entonces quise avisaros, y alguien me golpeó por detrás.

—De modo que fue Thomas quien robó las películas —resumió Jupe—. También pudo iniciar el fuego para distraer la atención lejos del laboratorio fotográfico.

—Debió verte cuando salía de aquí —observó Bob—. Volvió y te golpeó cuando tú intentabas telefonear.

—No —Pete arrugó el entrecejo al recordar el incidente—. No fue él. El que me golpeó no venía de la calle, sino de algún rincón del patio.

Bob miró rápidamente al hombre vestido con un mono de trabajo.

—¡Oh, no! —protestó éste—. ¡No fui yo! ¡No sé de qué se trata, pero no fui yo! Yo no podría pegarle a nadie. Oigan, yo tengo hijos y por aquí vienen muchos chiquillos a hurgar entre los autos. Les chillo y los echo a la calle, pero nada más.

—Le creo —decidió Jupiter—. Pero si Pete está seguro de que no fue Harold Thomas, tuvo que ser otro.

—Un socio de Thomas —declaró Bob—. Recuerda que fueron dos los que robaron las cintas.

—Fue muy hábil esconder las películas en la furgoneta y dejarla aquí, donde hay tantos vehículos —comentó Jupe—. Aunque corrieron un gran riesgo —Jupe miró al dueño del patio, que eso dijo ser el hombre—. Usted podía empezar a desmontar la furgoneta o…

—¿La furgoneta gris? —le interrumpió el hombre—. Oh, no, no podía tocarla. Un tipo me pagó para que se la guardase aquí.

—¿De veras? —preguntó Jupiter, enarcando las cejas.

El hombre parecía aterrado.

—Se trata de algo robado, ¿eh? No sabía que se tratase de un robo. Yo poseo un negocio honrado. Y en mi patio no hay coches robados. Veamos, ¿pensáis avisar a la policía, muchachos?

—¿Desea que lo hagamos? —contrarrestó Jupe.

—Oh, no me creerían —se preocupó el dueño del patio—. Yo nada sé de robos, pero los policías no me creerían. Ese tipo llegó al volante de la furgoneta. Era alto, con cabello negro, estirado hacia atrás.

—Thomas —le reconoció Beefy.

—No fue ése el nombre que me dio —replicó el dueño del negocio—. Dijo un nombre muy raro… Puck. El señor Puck, eso fue lo que dijo. Añadió que frente a su casa no había espacio para aparcar la furgoneta, porque además era una zona de dos horas de aparcamiento solamente y ya le habían impuesto muchas multas. Deseaba saber, por tanto, si podía dejar la furgoneta en mi patio. Ya sé que ahora suena a tontería, pero entonces me pareció algo muy normal. Me ofreció diez pavos por semana. Bien, ¿por qué tenía que rechazarlos casi a cambio de nada?

—¡Porque es un ladrón, por eso! —gritó Bob.

—Bueno, bueno… ¿pero cómo iba yo a sospecharlo?

—No importa —intervino Jupiter—, ahora ya no importa. Y no avisaremos a la policía. Tampoco nos creerían a nosotros. Lo que necesitamos es obtener pruebas.

—Las películas robadas lo son —observó Pete—. ¡Y una prueba muy sólida!

—Cierto. Pero Thomas ya ha tenido tiempo de esconderlas de nuevo. Tal vez… tal vez si pudiésemos entrar en su apartamento,

hallaríamos algo que le delatase.

Pete se incorporó y dio un par de pasos, como comprobando el estado de sus piernas.

—¿Te encuentras bien? —se interesó Bob con solicitud—. ¿Podrás acompañarnos?

—Oh, sí, ya estoy bien.

—Entonces, vámonos —decidió Jupiter—. Pero hemos de ser muy cautos. Thomas puede haber recibido ya algún aviso referente a ti y quizá nos esté aguardando.

—Además, ahora sabemos que existe un segundo hombre —manifestó Bob—. Sabemos que existe —repitió—. Será mejor que estemos ojo avizor.

CAPÍTULO 15

Un sospechoso desaparece

—Iré con vosotros —dijo Beefy Tremayne cuando detuvo el coche delante de la casa de apartamentos donde vivía Thomas.

—De acuerdo —se mostró conforme Jupiter, contemplando apreciativamente los anchos hombros del joven editor—. Necesitamos toda la fuerza muscular que podamos conseguir. La persona que metió a Pete en el portaequipajes y le dejó allí encerrado, es muy peligrosa.

Los Tres Investigadores y Beefy entraron en el vestíbulo del edificio. Sólo había cuatro puertas. Una de ellas ostentaba una placa con el nombre de Harold Thomas.

Beefy apretó el timbre con decisión.

—¿Thomas? —gritó—. ¿Está usted aquí?

Nadie contestó.

Jupiter cogió la manija de la puerta y la hizo girar.

—Cuidado —susurró Bob—. Esos tipos son peligrosos. Tú mismo lo has dicho.

Jupiter abrió la puerta de golpe, y los muchachos y Beefy se encontraron en una salita muy tranquila y ordenada, con muy poco mobiliario.

—Señor Thomas… —llamó Jupe.

Cruzó la salita y atisbó en la inmaculada cocina. Los otros le siguieron, y exploraron el pequeño pasillo existente entre la sala y el dormitorio. Finalmente, entraron en esta última habitación.

Una puerta del armario estaba abierta. Pero el interior estaba vacío, excepto unas cuantas perchas.

—¡Demasiado tarde! —exclamó Jupe, desalentado.

Fue hacia el tocador y abrió los cajones, uno tras otro. Todos estaban vacíos.

—¡Se ha largado! —gritó Bob.

Jupe consultó su reloj de pulsera.

—Han pasado casi dos horas desde que Pete le vio marcharse con la furgoneta. El segundo hombre ha tenido tiempo suficiente para avisar a Thomas. Y éste y su socio han escondido las películas en alguna parte. Luego, Thomas ha vuelto aquí, ha recogido sus cosas y se ha marchado.

Beefy estaba apoyado torpemente en el quicio de la puerta y miraba cómo los muchachos registraban el apartamento. No hallaron nada…, aparte de un vacío absoluto e inmaculado.

—Ya sabíamos que Harold Thomas era un tipo escrupuloso —comentó finalmente Jupe—. Y extremadamente bien organizado. Casi sin tiempo, ha podido largarse de aquí sin dejar rastro. Bien, esto ya tiene sentido. El robo de las películas de Madeline fue muy bien planeado. Tuvo lugar el mismo día en que habían sido entregadas las cintas y a una hora en que no había nadie en el laboratorio, aparte de un técnico. Sentado en su despacho y contemplando la tienda desde allí, Thomas pudo enterarse de la rutina del laboratorio. Pero ¿cómo supo que las películas iban a ser vendidas a la Video Enterprises, y entregadas por tanto a aquel laboratorio?

Jupe, de repente, volvióse hacia Beefy.

—¿Tuvo mucho contacto Thomas con Marvin Gray cuando éste estuvo en la oficina?

—No, que yo sepa, ninguno.

—Hum… —gruñó Jupe. Sus ojos vieron de repente algo al lado del sofá. Se inclinó y lo cogió—. Esto es lo único de este apartamento que demuestra que Thomas ha vivido aquí —proclamó, sosteniendo en alto una caja de cerillas—. La mesa que está junto al sofá cojea, y Thomas debió encajar esta cajita debajo de una pata para equilibrarla.

—¡Esto es lo que necesitabas, claro! —exclamó Bob con ironía—. En las novelas de Sherlock Holmes, el gran detective encuentra un botón de camisa e inmediatamente sabe cómo es el sospechoso, incluyendo el hecho de que nació en Irlanda y le gusta tocar la gaita. Ahora tú has encontrado una cajita de cerillas que sin duda es una pista muy valiosa. ¡Vamos, háblanos de Harold Thomas!

Jupiter dio vuelta a la cajita de cerillas entre sus manos y asomó una sonrisa extraña en su rostro.

—Esta cajita es del restaurante *La Isla de Java* —dijo—. Por su dirección, resulta que está muy cerca la editorial *Amigos*. En realidad, Thomas debió cenar allí la noche del incendio. Excepto que antes entró a robar las películas en el laboratorio.

—¿Qué más? —quiso saber Pete, muy interesado en aquella serie de deducciones.

—*La Isla de Java* es un restaurante indonesio —prosiguió Jupiter—. ¡Y ahora todo encaja! Cuando Harold Thomas convenció al dueño del negocio de coches usados para que le dejase tener allí la furgoneta, dijo que se llamaba Puck. Bien, en *El sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare, uno de sus personajes se llama Puck. Es un duendecillo que hace muchas travesuras y tiene otro apodo. ¡Robin Goodfellow!

—¿Goodfellow? —repitió Bob—. ¡Charles Goodfellow era uno de los miembros del círculo mágico de Madeline!

—Exacto —corroboró Jupe—. O sea, el elemento que faltaba del círculo. Sabemos que Charles Goodfellow se educó en Holanda, y los holandeses se entusiasman con la comida indonesia porque antiguamente Indonesia fue una colonia de Holanda. A Harold Thomas también le gusta esa clase de comida, puesto que come en el restaurante *La Isla de Java*.

—¡Diantre! —exclamó Pete—. ¡Harold Thomas y Charles Goodfellow son la misma persona! Era miembro del círculo de brujos y conocía a todos sus componentes.

—Pero ¿cómo se enteró de la venta de las películas? ¿Qué miembro del círculo se lo dijo? ¿O conoce a alguien de la Video Enterprises? ¿A Jefferson Long o a otro individuo? Podríamos estar haciendo cábalas el día entero sin encontrar la respuesta. Pero al menos sabemos que él robó las cintas.

—Y quizá también el manuscrito —añadió Bob—. Sabía dónde estaba y pudo tener un duplicado de las llaves del apartamento de Beefy, el cual las guardaba en el escritorio de su despacho.

—También pudo ser el incendiario —agregó Pete.

—¿Pero por qué se llevó el manuscrito? —reflexionó Beefy—. ¿En qué podía perjudicarle?

Jupiter se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? —murmuró—. Madeline pudo escribir algo que le perjudicara al cabo de esos años.

—Opino que sería mejor dar parte a la policía —declaró Beefy. Se puso en pie—. Resultará embarazoso explicarles que sabemos todo lo que sabemos y cómo lo hemos averiguado, pero tenemos que llamarles. En este asunto se hallan mezcladas las películas de Madeline, que son de un valor incalculable. Y creo que será mejor llamarles desde mi apartamento. En realidad, no tenemos el menor derecho a estar aquí.

Durante el breve recorrido hasta su casa, Beefy se fue alterando más cada vez.

—¡Esto tranquilizará mucho a tío Will! —exclamó, en tanto él y los tres muchachos penetraban en el apartamento—. Ahora ya podemos relacionar definitivamente a Thomas con el robo de las cintas. Y si la policía encuentra alguna evidencia sólida que también le relacione con el incendio, tío Will quedará libre de toda sospecha.

Beefy recorrió todo el apartamento, llamando a su tío, mas no obtuvo respuesta.

—Es gracioso —comentó el joven editor—. Se quedó aquí cuando os marchasteis esta mañana. Después dijo que se iba a jugar al golf… pero ya debería de haber vuelto.

Súbitamente inquieto, Beefy entró en el dormitorio de su tío. Los muchachos, desde el salón, oyeron cómo se abría un armario, y luego un golpe sordo y un estrépito, como si Beefy hubiese hecho caer varios objetos al suelo.

Al cabo de unos instantes, Beefy regresó al salón.

—Se ha ido —anunció simplemente—. Ha debido volver mientras yo estaba con vosotros y se ha llevado una maleta. Sólo falta una. Bien, se ha asustado y ha huido. Ahora, ya no podemos llamar a la policía. Pensarían que él fue el incendiario.

—Cuando un sospechoso desaparece, suelen creer que es culpable —meditó Jupiter—. Además… ¿estamos plenamente seguros de que no fue él?

CAPÍTULO 16

La bella durmiente

—Antes de salir de aquí esta mañana, te pedí que hablases con los amigos que jugaron al *bridge* con tu tío la noche del robo del manuscrito —le dijo Jupiter a Beefy.

—Ya lo hice —respondió el editor. Parecía muy abatido—. Tío Will no llegó a casa de esos amigos hasta las diez y media. Dijo que había habido un leve accidente de tráfico en Beverly Drive y que esto había provocado un embotellamiento.

—O sea, que pudo iniciar el fuego en la editorial *Amigos*, y también coger el manuscrito de este apartamento —dedujo Jupe.

—No puedo imaginarme a tío Will —opuso Beefy— como incendiario, ni tampoco el motivo. Sí, anda corto de dinero, pero ¿por qué tenía que robar el manuscrito de Madeline?

Jupiter frunció el ceño y se tironeó del labio inferior, señal de que reflexionaba furiosamente.

—¿No pudo haber algo que le perjudicase a *él* en el manuscrito? ¿Conoció de joven a Madeline? ¡Tal vez por eso habla de ella con tanto desdén!

Jupiter continuó meditando en voz alta y añadió:

—Por muchas vueltas que le demos al asunto, siempre volvemos a la misteriosa Madeline. Sólo ella sabe qué contiene el manuscrito y sólo ella podría decirnos quién desearía que desapareciese para siempre. Tenemos que hablar con ella… y hacerlo cuando Marvin Gray no esté presente. No sé por qué, pero es un hombre que a todo pone obstáculos.

—¿Pero cómo podemos llegar hasta ella? —quiso saber Beefy—. No responde al teléfono. No sale nunca. Tal vez ni siquiera abra su correspondencia.

—Puedes llamar a Gray y concertar una cita… un almuerzo —sugirió Jupe—. Dile que tienes que discutir con él algo de suma

importancia y que se lo comunicarás durante el almuerzo. Luego elige un buen restaurante y asegúrate de que el almuerzo dure un par de horas. Esto nos dará tiempo para ver a Madeline.

—Pero… ¿pero de qué hablo con Gray? —titubeó Beefy.

—Algún día tendrás que contarle lo de la pérdida del manuscrito —insinuó Jupiter.

—¡Pero… pero vosotros os comprometisteis a encontrarlo!

Jupiter sacudió la cabeza.

—Hace tres días que desapareció y pocas cosas son más fáciles de destruir que unos papeles. Probablemente nunca lo recuperaremos y, más pronto o más tarde, Marvin Gray tendrá que saberlo. Llámale ahora y dile que has de notificarle algo muy importante.

—Está bien —gimió Beefy—. Haré todo lo que pueda.

Beefy pasó a su despachito para llamar por teléfono. Cuando volvió al salón unos minutos más tarde, dijo:

—De acuerdo. Mañana a las doce y media me reuniré con Gray en el Coral Cove, de Santa Mónica.

—¡Bravo! —aplaudió Jupiter.

Pete frunció el entrecejo.

—Jupe, estás muy seguro de que podremos hablar con Madeline. ¿Y si no quiere abrir la puerta sin estar presente Gray? Tal vez Clara Adams nos impedirá la entrada… Y no te olvides del perro… ¡aquel enorme doberman!

—No me olvido de nada —replicó Jupiter—. Creo que veremos a Madeline… si estamos decididos a ello.

A mediodía del día siguiente, Jupiter experimentaba ciertas dudas. Él, Pete y Bob, montados en sus bicicletas, habían rodado por la autopista de la costa y después se habían internado por la carretera lateral hasta el sendero que conducía directamente al rancho de la actriz. Una vez allí, escondieron las bicicletas entre las adelfas que crecían en profusión por aquellos parajes.

—Desde aquí veremos a Marvin Gray cuando se vaya —les comunicó Jupe a sus amigos—. Espero que no suelte al perro antes de irse. Si no es así, permaneceremos inmóviles y gritaremos para que Madeline acuda en nuestro auxilio.

Se asomó por detrás de las adelfas. Un coche avanzaba por el sendero, procedente del rancho.

—Gray se marcha —anunció Bob.

Un Mercedes de color oscuro pasó raudo junto a los muchachos, casi envolviéndoles en una nube de polvo. Cuando desapareció en la curva de la carretera, Jupiter, Pete y Bob volvieron con sus máquinas al sendero. Pedalearon hasta la entrada del rancho, y después por entre los limoneros. El perro no se presentó, pero cuando los muchachos llegaron a la casa y desmontaron de sus bicicletas, en el interior se oyó una serie de ladridos furiosos.

—¡Cáscaras! —se asustó Pete.

Subieron los peldaños del porche y Jupiter tocó el timbre.

Oyeron el repique en alguna parte del fondo de la casa. Aguardaron.

Al ver que nadie acudía, Jupiter volvió a oprimir el botón.

—¡Señorita Bainbridge! —gritó—. ¡Señorita Adams! ¡Abran la puerta, por favor!

El perro empezó a saltar contra la puerta. Los muchachos le oían rascar la madera con sus uñas.

—Larguémonos de aquí —dijo Pete, muerto de miedo.

—¡Señorita Bainbridge! —insistió Jupiter.

—¿Quién es? —preguntó una voz desde el otro lado de la puerta —. ¡Calla, *Bruno*! ¡Calla, chiquito!

—Llamar chiquito a ese bruto… —murmuró Pete.

—¿Señorita Adams? —inquirió Jupiter—. Abra la puerta, por favor, señorita Adams. Me llamo Jupiter Jones y tengo que comunicarle una cosa de suma importancia.

Se oyó trastear en la cerradura y la puerta se abrió dos centímetros. Un par de ojos de un azul desvaído atisbaron por la estrecha abertura.

—¡Largo de aquí! —chilló Clara Adams—. ¿No sabéis que está prohibido tocar este timbre? Nadie lo toca nunca.

—Tengo que ver a la señorita Bainbridge —dijo Jupiter con tono seco—. De parte de su editor.

—¿De su editor? —repitió Clara Adams—. No sé que Madeline tenga ninguno.

Clara Adams retrocedió y abrió más la puerta. Tenía el cabello desgreñado en torno a su rostro y sus ojos, fijos en Jupe, carecían en absoluto de expresión.

—Señorita Adams… —se interesó Jupe—, ¿se encuentra bien?

Ella parpadeó como en sueños, y el perro gruñó.

—¿No podría encerrar a ese chucho… digo perro? —preguntó Jupe—. Nos pone un poco… nerviosos.

Clara Adams cogió el perro por el collar y, andando como una sonámbula, lo condujo a la cocina, donde lo dejó encerrado. Luego volvió al vestíbulo.

—¡Madeline! —llamó—. ¿Dónde estás, Madeline? ¡Ven, por favor! Hay unos chicos que quieren verte.

Jupe miró a su alrededor. Divisó el salón con sus austeras sillas de madera. El comedor, con sus bancos sin respaldo. Escuchó, pero no oyó ningún sonido, exceptuado el tictac del monumental reloj del salón.

—Esto parece un castillo encantado —comentó—. Aquí nada se mueve, ¿verdad? Nadie entra o sale.

—¿Entra o sale? —repitió Clara Adams, adormiladamente, con voz ronca—. ¿Quién debería entrar? Nunca vemos a nadie. En otros tiempos esto estuvo muy animado, pero ahora ya no. Y cuando Marvin no está… —calló y pareció que algo la intrigase—. ¿Qué sucede cuando Marvin no está aquí? —prosiguió—. Es difícil que me acuerde… Siempre está aquí. Pero ¿dónde está ahora?

—Parece drogada —comentó Pete en voz baja.

—Lo está —asintió Jupiter. Volvióse hacia la secretaria de la actriz—. ¿Dónde está Madeline Bainbridge? —inquirió con severidad.

Clara Adams movió una mano vagamente, luego se sentó en una silla y empezó a dormitar.

—¡Aquí pasa algo muy raro! —exclamó Bob.

Los tres muchachos procedieron a registrar el rancho, mirando en todas las estancias del primer piso. Fue Pete el primero en trepar por la escalera. En el segundo piso, y en un inmenso dormitorio con unos ventanales que daban al mar, encontró a Madeline Bainbridge. Yacía encima de una colcha de confección casera, sobre un lecho de madera. Llevaba una túnica marrón y tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Su rostro estaba en calma. Por un instante, Pete pensó que no respiraba.

La tocó en un hombro.

—Señorita Bainbridge… —murmuró.

La mujer no se movió. Pete la sacudió, y volvió a llamarla una y

otra vez. Las palabras de Jupe estaban grabadas en su mente. Un castillo encantado en el que no se movía nada. Y aquí estaba la dueña del castillo, transformada en La *bella durmiente*.



Pero ¿por qué no se despertaba? ¿Por qué no le contestaba?

—¡Jupe! ¡Bob! —gritó Pete—. ¡Venid! ¡He hallado a Madeline Bainbridge… pero no sé si hemos llegado a tiempo!

CAPÍTULO 17

¡La conspiración!

—Quizá deberíamos llamar a un médico —opinó Bob.

—¡Un momento! —le contuvo Pete—. Ya vuelve en sí.

Madeline Bainbridge dejó oír un sonido débil de protesta. Luego abrió los ojos, vidriosos y llenos de sueño.

—Señorita Bainbridge, he hecho café —le dijo Bob—. Intente sentarse y tómeselo.

—¡Madeline, querida! —gritó Clara Adams, sentándose en la cama, con otra taza de café en la mano—. ¡Despierta! Esos chicos estaban muy preocupados. Yo no entiendo nada, pero afirman que Marvin nos ha dado algo para dormir.

La actriz se esforzó por sentarse en la cama. Luego cogió la taza de café torpemente y se la llevó a los labios, bebiendo un sorbo. Hizo un mohín de desagrado.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó con voz débil—. ¿Qué hacéis aquí?

—Tómese el café y le contaremos toda la historia —prometió Jupiter.

Cuando Madeline Bainbridge pareció más despierta, Jupiter inició sus explicaciones.

—Trabajamos por cuenta de Beefy Tremayne. Estamos intentando ayudarle a encontrar el manuscrito de sus memorias.

—¿De las memorias de Beefy Tremayne? —preguntó Madeline, muy extrañada.

—¡Las memorias de usted, señorita Bainbridge! —aclaró Pete.

—¿Mis memorias? ¿Mi manuscrito? —sobresaltose la actriz—. ¿Qué manuscrito? ¡No entiendo nada!

—¡Sus memorias, señorita Bainbridge! —repitió Jupe.

—¿Mis memorias? ¡Si aún no las he terminado! Ah, ahora os conozco, chicos. Vosotros sois los que estuvisteis aquí la noche de

nuestro… nuestro…

—De su aquelarre, sí —la ayudó Jupiter—. Estamos enterados de todo, señorita Madeline.

Entonces, Jupiter le tendió a la actriz un frasco de píldoras.

—Este frasco estaba en el cuarto de baño que da al dormitorio del fondo del pasillo. Es un somnífero. Creemos que Marvin Gray puso algunas en lo que ustedes comieron o bebieron para asegurarse de que no abrirían la puerta ni contestarían al teléfono mientras él estaba fuera.

La actriz contempló el frasco con estupefacción.

—¿Beber? —repitió—. Siempre bebemos el té que Marvin prepara para nosotras.

—O sea que esto ya pudo ocurrir antes —insinuó Bob.

—Hace unos días experimenté un sueño terrible a media tarde. Fue algo muy raro. Clara también se durmió.

—Seguramente fue la misma tarde en que Gray le entregó el manuscrito a Beefy Tremayne —calculó Jupe.

—Sigues hablando de ese manuscrito y de ese Beefy Tremayne —se quejó Madeline. Su voz ya sonaba más fuerte y firme—. ¿A qué te refieres exactamente?

Entonces, Jupiter le contó todo lo ocurrido, en tanto Bob y Pete intervenían en el relato, salpicándolo de detalles.

Los muchachos hablaron de la entrega de las memorias a la editorial *Amigos*, por parte de Gray, del incendio de la empresa editora, y del robo del manuscrito ocurrido en el apartamento de Beefy.

—Su firma aparece en el contrato redactado para la publicación de sus memorias —concluyó Jupiter—. Una falsificación, claro.

—Con toda seguridad —afirmó Madeline—. Nunca he firmado contrato alguno. Y mis memorias todavía están en mi casa. Anoche estuve escribiendo un poco. Mirad en aquel cofre que hay al pie de la cama.

Pete abrió el arcón y los tres muchachos miraron dentro. Allí había un montón de papeles, todos escritos a mano.

—Marvin Gray debió copiarlo todo —murmuró Bob—. Después le dio la copia a Beefy. ¿Y qué más? ¿Hizo él mismo que robase alguien el manuscrito falso, tal vez Charles Goodfellow?

—¿Goodfellow? —repitió Madeline—. ¡No me digáis que ese

ladronzuelo todavía anda suelto por ahí!

—De modo que usted sabe que Goodfellow es un ladrón —observó Jupiter.

—Sé que lo era. Le sorprendí cuando intentaba robar un collar de diamantes de mi camerino, cuando rodábamos *Catalina la Grande*. Más adelante me enteré de que también había estado quitando cosas de los bolsos de las extras que intervenían en *La historia de Salem*.

—¡Un verdadero ratero! —dijo Bob—. ¿Habla de todo eso en sus memorias?

—Tal vez. Creo que sí.

—Entonces, esto pudo ser el motivo. Aunque ahora no usa su verdadero nombre, tal vez temió que alguien lo descubriese. Y junto con el robo de las películas en el laboratorio…

—¿Qué películas? —le interrumpió Madeline, alarmada.

—Sus películas que fueron vendidas a Video Enterprises —explicó Jupe—. ¿Sabía que todos los negativos de sus cintas fueron vendidas a la televisión, o también fue cosa exclusiva de Marvin Gray, mientras ustedes dormían?

—Oh, no. Yo estaba enterada de esa venta. Marvin llevó a cabo las negociaciones y yo firmé un contrato. ¿Y decís que mis películas han sido robadas?

—Exacto, de un laboratorio situado al lado de la editorial *Amigos*, poco antes de que se incendiase. Las cederán a cambio de dinero. No hay duda de que están a salvo, ni tampoco la hay de que se pagará lo exigido. ¿Sabía usted que Jefferson Long estuvo aquí la noche del robo para entrevistarla? Realiza un programa para la televisión sobre crímenes y otros sucesos.

—¡No! —exclamó Madeline—. ¿Fue él quien vino? Marvin me dijo que era un cliente… de algún negocio. Yo no me dejé ver, como de costumbre. Le pago mucho a Marvin para que me aísle de la gente.

—Tampoco se dejó ver a la tarde siguiente, cuando estuvimos aquí Beefy y yo —le espetó Jupiter. Sacudió la cabeza—. Señorita Bainbridge, usted se ha colocado en una posición peligrosa al perder todo contacto con la sociedad.

La actriz suspiró antes de responder.

—He dejado que Marvin se ocupase de todo en mi lugar. Pero

empiezo a pensar que se ha ocupado demasiado bien.

—Seguramente intenta quedarse con el anticipo de la editorial *Amigos* por su manuscrito.

—¡El muy canalla! —se enojó Madeline—. ¡No puedo creerlo! —calló y reflexionó un segundo—. Sí, sí puedo creerlo —rectificó—. Siempre fue ambicioso. Aunque la idea de que quiera quedarse con mi dinero y que para eso me esté drogando… ¡Oh, es demasiado! ¡Qué desfachatez!

—¿No le gustaría saber cuánto pensaba estafarle y qué planeaba para más adelante? —sugirió Jupe—. ¿Por qué no le sigue la corriente? Cuando vuelva hoy finja que está dormida y vigílele. Yo le daré un número de teléfono adonde podrá llamarnos. En realidad, dos números.

—¡Oh, sí, Madeline! —suplicó Clara Adams—. Siempre he deseado gastarle una jugarreta a Marvin. ¡Es tan severo y gruñón…!

—Será una jugarreta maravillosa —se entusiasmó Madeline—. No sé por qué me fío de vosotros, chicos, pero me fío. Quiero saber exactamente cuáles son los planes de Marvin.

—Puede planear cualquier cosa —replicó Bob. Enseñó una caja de cerillas de color naranja—. Hallé esto en un tarro, junto con otras cerillas, cuando encendí el hornillo para el café. Es de La *Isla de Java*, el restaurante donde solía comer Harold Thomas.

—O sea, que seguramente Gray y Thomas están en contacto —dedujo Jupe—. Gray puede estar mezclado en el robo de las películas, en el del manuscrito y hasta en el incendio de la editorial.

—¡Qué espantoso! —se indignó Clara Adams—. ¡Ah, es como aquellas películas en que la protagonista ayuda a los detectives a desenmascarar al traidor! ¡Voy a clavarle mis uñas!

CAPÍTULO 18

El registro

Eran casi las cuatro cuando los Tres Investigadores subían en el ascensor hasta el apartamento de Beefy. Hallaron al joven editor paseándose y gruñendo.

—¿Qué tal el almuerzo? —quiso saber Bob rápidamente.

—Lo mismo que todos, bastante bueno —fue la breve respuesta —. Pero la conferencia fue desastrosa. Le pagué a Marvin Gray el almuerzo más caro que pueden servir en aquel restaurante y pedí un par de martinis para él. Comió y bebió de todo, y cuando empezaba a brillar como un letrero de neón, decidí que estaba maduro. Le comuniqué la mala noticia referente al manuscrito.

—¿Qué respondió?

—Bueno, al principio apenas supo de qué le hablaba. Había estado hablando de Jefferson Long y del disgusto que tuvo cuando vio que la estación de televisión había designado a Long para que entrevistase a Madeline después del robo de las películas. Claro, Madeline no le recibió y Gray se alegró mucho. Long no le gusta en absoluto a Gray. Supongo que cuando Gray era el chófer de Madeline, Long debió tratarle con desdén.

—Muy interesante —comentó Jupiter.

—Hay algo más interesante todavía —continuó Beefy—. Cuando por fin Gray captó la noticia sobre el robo del manuscrito, parpadeó como un búho al despertarse durante dos segundos. Luego decidió que era una gran catástrofe, aunque quizá no tan terrible como yo creía. Dijo que tal vez a Madeline no le importaría redactar de nuevo sus memorias… siempre que yo le pagase doble cantidad como anticipo, al firmar el nuevo contrato.

Beefy se llevó las manos a la cabeza y se estremeció.

—¡Vaya embrollo! —exclamó—. Tengo que volver a levantar la editorial. Tengo que alquilar una nueva oficina, reunir al personal y

empezar a trabajar. Pero todo esto costará dinero y yo no lo tengo sin tío Will. Tal vez no lo tendré ni con tío Will, porque si se deja ver, tal vez lo acusen de incendiario… o pirómano, creo que es la palabra exacta.

—No es así —retrucó Bob—. Pirómano es el que tiene la manía de los incendios y el que le pegó fuego a la editorial *Amigos* lo hizo sólo por un motivo práctico.

—Tienes razón, chico —asintió Beefy—. Como es natural, la compañía aseguradora no soltará ni un dólar si resulta que el culpable del fuego es mi tío. Y ahora Gray me pide doble anticipo para publicar las memorias de Madeline… ¡Esto es horroroso!

Beefy apartó las manos de su rostro y miró a los muchachos.

—Espero que ese almuerzo tan caro no haya sido en balde —murmuró—. ¿Pudisteis hablar con Madeline?

Bob sonrió al sacar su cuaderno de notas del bolsillo. Acto seguido hizo un resumen de lo ocurrido durante el día. Mientras Beefy le escuchaba, fue desapareciendo gradualmente su expresión ceñuda. Cuando Bob terminó su lectura, Beefy sonrió ampliamente.

—¡Estoy fuera del lío! —proclamó con alegría—. ¡No debo ningún anticipo!

—Claro que no —asintió Jupe—. Además, tenemos pruebas de que Gray, lo mismo que Thomas, cenaron en el restaurante La *Isla de Java*. Gray pudo soplarle a Thomas lo de las películas. Y seguramente también esté mezclado en ese robo.

—Y pudo plantar el artilugio incendiario en la editorial *Amigos* —añadió Beefy—. Tuvo la oportunidad, igual que Thomas. ¡Uf, qué alivio! Naturalmente, tenemos que demostrar todo esto. Nadie aceptará nuestra sola palabra. ¿Existe algún medio para relacionar a Gray con el incendio y salvar a tío Will? Por ejemplo, el incendiario tuvo que comprar magnesio, ¿verdad?

—Sí, claro, tuvo que conseguirlo en alguna parte —asintió Jupe —. De pronto veo claras un montón de cosas. Beefy, ¿podemos registrar su apartamento?

—¿Registrarlo? ¿Para qué?

—Por el magnesio.

—¡Bromeas, Jupe! No creerás en serio que tío Will fue el responsable del fuego. Mira, ya sé que no es la persona más amable del mundo, pero no tiene nada de criminal. ¿Te lo imaginas acaso

escondido en un rincón, para colocar un chisme que estallará a las seis y destruyese nuestras oficinas? No entra en su carácter.

—Lo sé —admitió Jupe—. Sin embargo —ladeó la cabeza como si oyese unas voces que los demás no podían oír—, en este caso ha habido algo que me ha preocupado constantemente, algo que se me escapaba. Ahora ya sé qué es. Es algo que vi, pero sin verlo. Al menos, no en su momento justo. En realidad, me pasaron por alto un par de cosas. Aunque podemos comprobarlas cuando necesitemos hacerlo. La evidencia estará ahí. Sé que estará.

—Jupe sufre uno de sus ataques —murmuró Pete, muy divertido al observar la expresión de pasmo de Beefy.

—Se encuentra bien —le aseguró Bob al joven editor—. Jupiter posee una memoria fotográfica y si recuerda algo que vio u oyó, seguro que lo recuerda con toda exactitud.

—Bien, me gustaría registrar el apartamento —repitió Jupe—. Y quisiera empezar por la habitación de tu tío.

—Bueno, bueno… no hay inconveniente —accedió Beefy—. Si esto te ha de ayudar…

Beefy abrió la marcha hacia el dormitorio cuyos ventanales miraban al sur. Los chicos le siguieron.

Jupe se dirigió directamente al armario con puertas corredizas que ocupaba todo un paño de pared. Abrió las puertas. Los muchachos divisaron varias docenas de chaquetas de buen corte y otras tantas de relucientes zapatos.

Jupiter empezó a registrar los bolsillos de las chaquetas. Lo hizo con rapidez y al cabo de unos minutos exclamó:

—¡Ah!

Del bolsillo de una chaqueta de franela sacó una tira de metal.

—¡No me digas que esto es magnesio! —se asustó Beefy.

—Estoy seguro de que en cualquier laboratorio lo confirmarán —asintió Jupe—. Y ahora es cuando estoy seguro de que tu tío no inició el fuego. Sólo se asustó y huyó. Si fuese culpable, se habría llevado el magnesio consigo.

El teléfono situado sobre la mesita de noche empezó a sonar.

—¿Quieres contestar? —le invitó Jupe a Beefy. El Primer Investigador estaba contento—. Le di este número telefónico a Madeline Bainbridge, rogándole que llamase aquí o a nuestro cuartel general de Rocky Beach si ocurría algo extraño. Tal vez sea

ella.

Beefy cogió el receptor y murmuró:

—Hola.

Escuchó un instante y le pasó el auricular a Jupe.

—Es Madeline —dijo—, y quiere hablar contigo.

CAPÍTULO 19

La trampa

Jupe se llevó el aparato al oído y mientras escuchaba la voz de Madeline, sonrió.

—Muy bien, señorita Bainbridge —dijo al fin—. Esperaba algo parecido. Si Gray le ofrece esta noche alguna comida o bebida, finja aceptarlo. Y avise a la señorita Adams. Quiero que ambas estén despiertas cuando Gray reciba a su visitante… Naturalmente, las dos fingirán estar dormidas.

Hizo una leve pausa y prosiguió:

—Creo que podré solucionar esta serie de crímenes, y obtener pruebas que convenzan a la policía. Pero hay otra persona que debería estar ahí… Jefferson Long.

El teléfono dejó oír una serie de ruidos que los demás no entendieron. Jupe asintió.

—No será difícil —repuso—. Puede hablar con Long en la Video Enterprises. Realiza una serie televisiva para esta empresa. Dígale que en sus memorias hay algo que se refiere a él, y que tiene algunas dudas sobre las mismas. Añada que desea discutir esto con él en persona ya que no desea perjudicarle ante el público. Esto hará que acepte su invitación. Que esté en su casa a las nueve.

Jupe escuchó, asintió y sonrió.

—¡Estupendo! Estaremos ahí, de modo que procure que el perro no ande suelto.

Colgó.

—Madeline ha oído cómo efectuaba una llamada telefónica a alguien llamado Charlie. Se ha citado con él para esta noche en el rancho, añadiendo que le daría el dinero.

—¡Charles Goodfellow! —exclamó Pete.

—Es lo más probable —asintió Jupe—. Y si Madeline puede atraer a Jefferson Long a su casa, solucionaremos este asunto

rápidamente. Creo que será interesante ver juntos a Long, a Gray y a Goodfellow. ¿Quién quiere acompañarme?

—¡Estás de broma! —gritó Pete—. ¡Yo no quiero perderme el espectáculo!

—Supongo que estoy invitado —sonrió Beefy.

—Claro —dijo Jupiter—. También debería venir tu tío. Ha pasado por malos momentos y le gustará ver que todo está solucionado.

—Bueno… —dudó Beefy—. ¿Cómo podemos localizarle?

—¿Dónde compra sus cigarros? —quiso saber Jupe.

—¿Cómo?

—Ayer por la mañana, antes de largarse de aquí, no tenía cigarros —indicó Jupiter—. Por lo poco que le he visto, creo que tu tío fuma unos cigarros muy caros y raros. ¿No es así?

—Fuma unos cigarros holandeses especiales —asintió Beefy—. No se encuentran en todas partes.

—Al marcharse se llevó su coche, ¿verdad?

Beefy volvió a asentir.

—Bueno, si conduce, los cigarros no nos ayudarán. Pero tengo la impresión de que no fue muy lejos. Estaba muy asustado y pensará que la policía le anda buscando. Sin embargo, tiene que fumar. Los fumadores fuman más cuando están nerviosos. ¿Dónde compra el tabaco tu tío?

—En un pequeño estanco de Burton Way —dijo Beefy—. Allí siempre tienen esos cigarros especiales para él.

—Seguro que allí le habrán visto en las últimas veinticuatro horas —dedujo Jupe.

Unos minutos más tarde, los Tres Investigadores y Beefy estaban en el coche del último, camino de Burton Way.

—Será mejor que hables tú con el estanquero —aconsejó Jupe—. Si nosotros le atosigamos a preguntas le parecerá raro. Dile que tú y tu tío os peleasteis y que tío Will se largó. Pregúntale si le ha visto.

—Esto parece un cuento —se quejó Beefy.

—No temas. Ese hombre te creerá —le tranquilizó Jupe—. Es más real que la verdad, o sea que tu tío se oculta de la policía.

Beefy rió y detuvo el coche delante del estanco indicado.

—¿Venís conmigo? —preguntó, saltando del auto.

—Ve tú, Jupe —ofreció Bob—. Resultaría fatal que entrásemos

todos.

Jupe y Beefy se encaminaron hacia la tienda, donde un individuo de cabellos canosos con un chaleco de piel de camello, estaba limpiando el mostrador con un plumero.

—Buenas tardes, señor Tremayne —saludó el estanquero—. ¡No me diga que su tío ya no tiene cigarros!

—Oh, no… Hum… No exactamente —el rostro de Beefy estaba más colorado que de costumbre. Añadió—: Ayer compró unos cuantos, ¿verdad?

—Pues sí —afirmó el estanquero.

—Bien, bien… Hum… Nosotros… nosotros ayer nos peleamos y él se marchó y no ha regresado aún. Me gustaría encontrarle para… para disculparme. ¿Dijo…, hum…, dijo adónde iba?

—Pues no.

Jupiter murmuró algo al oído de Beefy.

—¿Iba en su coche? —preguntó el joven editor.

—Creo que no —repuso el otro—. Creo que iba a pie. Torció hacia la derecha al salir de aquí, si esto puede servirle de algo.

—Oh, sí, claro. Muchas gracias.

Casi huyó de la tienda y tropezó con el quicio de la puerta.

—No entiendo cómo vosotros podéis mentir constantemente —comentó después—. Yo no sabía qué decir.

Jupiter sonrió.

—El estanquero dijo que tu tío iba a pie, de modo que es probable que se halle en este barrio. Ve conduciendo muy lentamente.

Beefy puso en marcha el auto. Así rodaron cierta distancia, en tanto Jupe iba escrutando los edificios que iban desfilando ante su vista. De pronto, Bob, se inclinó hacia delante y señaló un pequeño hotel en la parte izquierda de la calle.

—¡Ah! —exclamó Jupiter—. Exactamente, el refugio que buscaría tío Will. Un motel pequeño y respetable, con garaje particular. O sea, que puede tener escondido su coche.

—Por lo visto, cada pabellón tiene un garaje y el único que está cerrado es el del número veintitrés —observó Pete.

Beefy estacionó el coche junto a dicho pabellón y él y los tres muchachos empezaron a llamar a la puerta del mismo.

—¡Tío Will! —gritó Beefy—. ¡Abre la puerta!

No hubo respuesta.

—¡Señor Tremayne, ya sabemos que usted no es el culpable del incendio de la editorial! —gritó Jupe a su vez—. ¡Vamos a atrapar a los verdaderos criminales y a demostrar que ellos lo hicieron! Si quiere venir con nosotros y preparar la trampa, puede hacerlo.

Durante otro minuto reinó un absoluto silencio. Luego, se abrió la puerta del pabellón veintitrés.

—Está bien —dijo roncamente William Tremayne—. Entrad y discutiremos este asunto.

CAPÍTULO 20

Sorpresa en la reunión

A la hora del crepúsculo, Beefy condujo el coche desde la autopista de la costa al rancho de Madeline Bainbridge. Los Tres Investigadores iban con él, lo mismo que su tío. Por primera vez, tío Will no estaba preocupado. Su mirada era ávida y de cuando en cuando se llevaba una mano al bolsillo donde tenía un revólver.

Había un Mercedes aparcado cerca del porche del rancho. Detrás se veía un Ford de color claro.

—El Ford debe pertenecer a Harold Thomas —murmuró Jupe—. El Mercedes es de Gray. Asegurémonos de que no pueden largarse de aquí antes de tiempo.

Pete sonrió y probó las portezuelas de ambos coches. No estaban cerradas.

—¡Bravo! —exclamó.

Sacó unas tenazas de su bolsillo y empezó a trabajar. Unos segundos más tarde, había desconectado los cables del encendido, dejando inútiles a los dos autos.

—Yo me quedaré aquí —se ofreció después—, sin dejarme ver hasta que llegue Long. Buena suerte.

Jupiter, Bob y los dos Tremayne subieron los peldaños del porche. Se oyeron unos ladridos. Apagados, muy lejos.

—Por lo visto han encerrado a *Bruno* en el sótano —murmuró Bob.

—¡Por fortuna! —exclamó Jupiter—. No quiero tener que enfrentarme a él. Y menos si Gray le diese órdenes.

Jupe avanzó osadamente por el porche y llamó al timbre.

Al cabo de un momento sonaron unos pasos en el interior de la casa.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Marvin Gray.

—Un recado para el señor Gray —repuso Jupiter en voz muy

alta.

Se abrió la puerta y Gray se asomó.

—El señor Horace Tremayne desea hablar con usted —anunció Jupiter—. Y también el señor William Tremayne.

El muchacho se apartó y Beefy avanzó, plantando un pie en el umbral.

—Siento llegar tan tarde —se disculpó—, aunque creo que es el momento preciso.

Gray retrocedió, boquiabierto.

—¿Qué ocurre, señor Tremayne? Le invitaría a entrar, pero… pero las señoras ya están durmiendo y no quiero molestarlas.

Beefy empujó la puerta y cruzó el umbral. Su tío y los dos muchachos le siguieron.

—Ya conoce a Jupiter —continuó tranquilamente Beefy—. Ah, es un chico muy curioso. Algunas personas dirían que le gusta meter las narices donde no le importa. Pues bien, esta noche hemos venido para satisfacer su curiosidad… ¡y la mía!

Gray retrocedía a medida que Jupe y Beefy avanzaban. Así llegaron al salón, donde Harold Thomas miraba a su alrededor como un animal acorralado, buscando un sitio donde esconderse con el paquete que tenía en la mano.

—Conque éste es el manuscrito, ¿eh? —exclamó Jupiter—. Usted lo robó del apartamento de Beefy la misma noche que incendió la editorial.

Thomas soltó el paquete, que se desató y desparramó varias cuartillas por el suelo. Luego giró sobre sí mismo y corrió hacia la ventana.

—¡No se mueva, Thomas! —tronó tío Will.

Thomas miró por encima del hombro y vio que William Tremayne empuñaba una pistola. Se paró en seco.

Beefy recogió del suelo el manuscrito. Lo repasó, deteniéndose de vez en cuando para leer un párrafo. Después, sonrió.

—Es el mismo —murmuró.

Jupiter salió de nuevo al vestíbulo.

—¡Señorita Bainbridge! —llamó.

—Está dormida —le informó Marvin—. Está dormida y será mejor que no la despiertes. Yo no sé nada respecto a ese puñado de papeles, ni del tipo que los trajo aquí ni…

Gray se interrumpió porque Madeline estaba descendiendo por la escalera. Llevaba su cabellera grisácea anudada en la nuca, y en su hermoso rostro se asomaba una sonrisa triste y triunfal a la vez.

—Marvin —dijo con una nota de frialdad en su voz—, no querías que estuviera despierta, pero lo estoy.

Sus ojos se fijaron en Harold Thomas, el cual jadeaba.

—Oh, Charles, eres tú. Ojalá pudiera decir que me alegro de verte, pero no es así.

Madeline tomó asiento en el salón, y Clara Adams acabó de bajar, con los ojillos llenos de júbilo. Se encaramó en el antepecho de una ventana, detrás de Madeline.

—¿Qué es esto? —preguntó la actriz, señalando los papeles que sostenía Beefy.

El joven sonrió y le entregó el manuscrito a la mujer.

—Yo soy Horace Tremayne, señorita Bainbridge —se presentó—, y éste es el manuscrito que Marvin Gray dejó en mi laboratorio de Santa Mónica.

Madeline leyó rápidamente la primera hoja.

—Una copia exacta del manuscrito que tengo arriba, en mi habitación —afirmó—. ¡Qué hermoso, Marvin, que copiases mi manuscrito e intentaras venderlo! ¿Creíste posible salirte con la tuya? Más pronto o más tarde lo habría descubierto.

Se oyeron unos pasos en el porche y alguien tocó el timbre.

—Debe de ser Jefferson Long —murmuró Madeline—. Abre la puerta, Clara.

Clara Adams salió del salón. Volvió unos instantes después con Jefferson Long detrás. Al divisar el grupo reunido en el salón, el rostro de Long se puso tenso. Luego, se inclinó ante la actriz.

—No sabía que esta noche celebraran una fiesta —dijo.

—La primera en muchos años —replicó Madeline—. Siéntate, mientras nuestro amigo, que se llama Jupiter Jones, aunque creo que ya le conoces, nos cuenta por qué Marvin Gray copió mi manuscrito y trató de vendérselo al señor Tremayne. Después hizo que lo robaran. Al menos, supongo que esto es lo que sucedió.

—Es exactamente lo que sucedió —asintió Jupiter—. Y ahí va la historia. Claro que muchas cosas son puro cálculo deductivo, pero creo que todo podrá ser debidamente comprobado.

Jupiter se aclaró la garganta y empezó.

—Hace algún tiempo, Marvin Gray se tropezó con Charles Goodfellow, alias Harold Thomas, en un restaurante indonesio llamado *La Isla de Java*. Durante su conversación, Gray se enteró de que Goodfellow, o sea Thomas, trabajaba en una editorial. Gray posee un cerebro de primer orden y se le ocurrió copiar las memorias que estaba redactando la señorita Bainbridge, venderlo a la casa editora y después extorsionar o sobornar a Goodfellow para que robase el manuscrito, impidiendo así su publicación. No quería que se editara porque la señorita Bainbridge estaba también a punto de vender su manuscrito, y era imposible que dos editoriales convinieran en publicar el mismo libro por separado.

Beefy y Madeline asintieron calladamente.

—Gray pensaba embolsarse el anticipo que usualmente se entrega al autor cuando presenta un manuscrito y éste es aceptado. Una vez destruido el falso manuscrito, podría engañar algún tiempo a Beefy Tremayne, y luego venderle el verdadero manuscrito y volver a cobrarlo. Contaba con el hecho de que Beefy se sentiría terriblemente culpable por haber perdido el primer manuscrito.

—Y así me sentí —murmuró el joven editor.

—Goodfellow se dejó convencer por Gray. No quería, claro está, que Gray le denunciase ante los editores como la persona que antiguamente había intentado robarle a Madeline Bainbridge un collar de diamantes. Primero, Goodfellow le pegó fuego a la editorial, esperando destruir el manuscrito. Cuando se enteró de que no era así, se dirigió al apartamento de Beefy y lo robó. Estoy seguro de que utilizó unas llaves duplicadas, copia fiel de las que Beefy guardaba en su despacho. Creo que veremos que esto de duplicar unas llaves es una costumbre suya y que también posee un juego de la empresa farmacéutica para la que antes trabajaba. De esta forma obtuvo el magnesio que usó para fabricar el artilugio que inició el fuego. En farmacia se emplea bastante el magnesio. Claro que cometió un error al dejar el magnesio en el bolsillo de una chaqueta del señor William Tremayne cuando se llevó el manuscrito. ¡Esto era demasiado burdo!

Madeline levantó la vista.

—¿Y el robo de mis películas? —preguntó—. La falsificación del manuscrito carece de importancia al lado de ese otro robo. ¡Para devolver las cintas piden un cuarto de millón!

—Señorita Bainbridge —manifestó Jupiter—, los ladrones ya cobraron el dinero esta misma tarde. Lo dijeron por el noticiario de las seis. Video Enterprises dejó un paquete que contenía doscientos cincuenta mil dólares, en billetes pequeños, en un aparcamiento próximo al Hollywood Bowl. Poco después, les comunicaron por teléfono que recogiesen las películas en una furgoneta que estaba estacionada en Bronson Canyon.

Madeline Bainbridge pareció maravillada.

—Esto es magnífico…, ¡pero Marvin ha estado en casa toda la tarde!

—Marvin Gray no tuvo nada que ver con el robo de las películas —declaró Jupiter—. El robo lo perpetraron Charles Goodfellow… y Jefferson Long, que fue el cerebro de la operación.

—¿Qué? —aulló Long—. ¡Maldito mocoso! ¿Cómo te atreves…?

—Tenemos un testigo —prosiguió Jupiter—. Y podemos relacionar a Goodfellow y Long con las cintas extraviadas.

—¡Estás loco! —gritó Long.

Jupiter no respondió. Fue hacia el vestíbulo y abrió la puerta de entrada.

—Adelante —dijo.

Casi al momento volvió al salón seguido por Pete.

—¿Sorprendido? —le espetó a Jefferson Long—. Es comprensible. Porque la última vez que usted vio a Pete, estaba sin sentido… ¡ya que fue usted el que le encerró en el portaequipajes de aquel Buick azul!

CAPÍTULO 21

¡Accidente!

—¡Estás loco! —insistió Jefferson Long—. ¡No quiero quedarme donde me insultan!

—Pues todos le agradeceríamos que se quedara —murmuró tío Will, blandiendo la pistola en su mano.

Long se sentó y cruzó los brazos.

—Muy bien —rezongó—, si es que piensan usar tácticas violentas…

—Bien, Jupe —sonrió Beefy—. Continúa.

—Cuando el otro día estuve en su despacho —prosiguió el joven investigador—, Jefferson Long dijo que había realizado una serie televisiva sobre el abuso de las drogas, y que había descubierto que algunas personas empleadas en laboratorios farmacéuticos estaban mezcladas en la distribución ilegal de drogas. Sospecho que en el curso de sus investigaciones, Long se encontró con Harold Thomas, el cual trabajaba en uno de tales laboratorios. Lo mismo que Marvin Gray, Long reconoció a Thomas como Goodfellow. Sabía que en otros tiempos intentó robarle un collar a la señorita Bainbridge, y quizá consultó algunos archivos policiales de California. Es posible que Goodfellow tuviese una buena ficha. Incluso podía ser un fugitivo. Sea como sea, Long podía extorsionarle… o al menos presionarle de forma considerable.

—¿Sucedió así, Long? —indagó Beefy.

—No tengo nada que decir —masculló el aludido.

—Thomas, ¿le extorsionó Jefferson Long? —insistió el joven editor.

—Hablaré en presencia de mi abogado —declaró Thomas—. No ahora.

—Está bien —suspiró Jupiter, sin dejarse amilanar—. Por aquel entonces ocurrió algo que molestó mucho a Long. La Video

Enterprises decidió adquirir las películas de Madeline Bainbridge, y le dijeron a Long que su serie sobre las drogas no sería programada, ya que el dinero presupuestado para dicha serie era necesario para la compra de las cintas.

Madeline dejó oír una exclamación de asombro.

—No hay duda de que esto enfureció mucho a Long, teniendo en cuenta además que Madeline nunca le gustó. Entonces se le ocurrió que perjudicaría a Madeline y ganaría dinero si conseguía robar las películas.

Jefferson Long parecía no escuchar nada de lo que decía Jupiter.

—Long sabía que podía saber qué día serían llevadas las películas al laboratorio de Santa Mónica. Cualquier empleado de la Video Enterprises podía saberlo. No era ningún secreto. Antes del día señalado, y mientras continuaban las negociaciones para la venta de las cintas, obligó a Harold Thomas a solicitar un empleo en la empresa más próxima al laboratorio. No hay duda de que Thomas habría aceptado un cargo mucho más humilde en la editorial *Amigos* que el de contable.

Thomas dejó escapar una risita desdeñosa al oír esto.

—Cuando las películas llegaron al laboratorio, Thomas ya estaba completamente al corriente de la rutina seguida allí. Así vio cómo los empleados del laboratorio salían a las cinco de la tarde. Entonces, salió de la editorial *Amigos*, se reunió con Long y penetraron en el laboratorio. Allí golpearon al técnico que aún estaba trabajando, cargaron los rollos en la furgoneta y se marcharon.

Jupiter hizo una pausa para aclararse de nuevo la garganta.

—Naturalmente, Thomas tuvo más trabajo de lo que pensaba, ya que aquella tarde Marvin Gray entregó el manuscrito falsificado a Beefy y Thomas tuvo que pegar fuego a la editorial. Más tarde, tras ayudar a robar las cintas, regresó a la editorial *Amigos* para comprobar si el edificio había ardido por completo. Finalmente, tuvo que entrar en el apartamento de Beefy para llevarse el manuscrito.

—De todo esto, no existe la menor prueba —rezongó Long desde su sitio.

—Oh, claro que hay pruebas —replicó Jupiter—. No las vi en algún tiempo, mas cuando me acordé de ciertas cosas, todo empezó

a encajar.

Jupiter miró directamente a Long un instante y continuó:

—Usted entrevistó a Marvin Gray la noche en que robaron las películas. Y dijo que el robo lo habían ejecutado dos hombres. Era una declaración que sonaba perfectamente normal. Pero usted no podía saber que había habido dos hombres. Igual podían haber sido tres o cuatro o diez… o tal vez uno solo. Ni siquiera lo sabía la policía, porque el técnico aporreado no recobró el conocimiento hasta el día siguiente… o sea varias horas después de la entrevista que usted mantuvo con Marvin Gray. Entrevista que luego se pasó en diferido, claro.

Jefferson Long se encogió de hombros.

—Supuse que, al menos, habría dos ladrones.

—De acuerdo —sonrió Jupiter—, pero ¿y las huellas dactilares?

—¿Huellas dactilares? ¿Qué huellas dactilares? —se sorprendió Long.

—Usted vio cómo Pete seguía a Harold Thomas desde su apartamento hasta el negocio de coches usados de Santa Mónica. No dudó de que Thomas iba a llevarse las películas porque el agente de la brigada de incendios de la compañía de seguros se estaba aproximando tal vez a la verdad y esto le había puesto nervioso. Usted siguió a Pete, y cuando comprendió que había visto la furgoneta, decidió quitarlo de en medio. Usted ignoraba quién era y qué buscaba al espiar a Thomas, pero no podía correr riesgos. Cuando Pete trató de llamar por teléfono, usted le golpeó en la cabeza y lo metió dentro del portaequipajes del Buick. Pero al cerrar la tapa, dejó las huellas dactilares.

Jefferson Long abrió la boca para protestar y volvió a cerrarla.

—¡Qué infame! —exclamó Madeline, furiosa—. ¿Cómo pudiste atreverte así contra un muchacho?

—Además, está el dinero —añadió Jupiter, con tono triunfal—. El rescate de las películas, pagado esta tarde. No me sorprendería que al menos una parte se halle todavía en el coche de Thomas. Y quizá también en el de Long. No han tenido tiempo de llevarlo a lugar seguro. ¿Vamos a ver si lo encontramos?

—¡No! —gritó Thomas, dirigiéndose hacia la puerta.

Beefy lo atrapó y, tras una breve lucha, logró derribarlo a tierra. Luego, se le sentó encima. Fue entonces cuando se rasgó la tela del

traje de Thomas y cayó una cartera al suelo junto con tres llaveros, llenos de llaves.

—¡Diantre! —exclamó Beefy.

—¡Le denunciaré por ataque imprevisto! —gritó Thomas—. ¡Usted no tiene mandamiento de registro!

Gray estaba en un rincón del salón, callado y casi olvidado. Cuando Beefy cogió las llaves, se movió con rapidez. Echó a correr, apartó a un lado a tío Will, y llegó a la puerta del porche, saltando los peldaños antes de que los demás pudieran reaccionar.

—¡Marvin! —le llamó Madeline.

—No irá muy lejos —le aseguró Pete—. Su coche no arrancará. Ni tampoco el de Thomas ni el de Long. Ahora llamaremos a la policía y ellos pillarán a Gray, si baja por la colina.

De pronto, se oyó fuera el petardeo de un coche al ponerse en marcha.

—¡Canastos! —palideció Beefy—. ¡Ése es mi coche! ¡Se lleva mi coche! ¡Dejé las llaves en el arranque!

Pete corrió hacia la cocina, donde estaba el teléfono, mientras Madeline se acercaba a la ventana.



—Se arrepentirá —murmuró, cuando el auto se alejaba de la casa—. ¡Oh, sí, se arrepentirá!

Jupiter y Bob vieron cómo los faros del coche iluminaban los limoneros. El auto llegó al sendero y tomó la curva a toda velocidad.

—¡Dios mío! —susurró Bob.

Los que estaban en la casa oyeron cómo las ruedas chirriaban fuertemente en la carretera, y Madeline lanzó un alarido.

Un instante después, se oyó un estrépito y la rotura de cristales, cuando el coche conducido por Gray se precipitó contra un árbol. Se produjo un silencio… un silencio mortal. Madeline Bainbridge se había llevado las manos a la cara y sus ojos azules expresaban su horror.

—¡Madeline! —gritó Clara Adams, yendo hacia ella y rodeándola con sus brazos—. ¡Madeline, no ha sido culpa tuya!

—Igual que la otra vez. Igual que le ocurrió a Ramón —sollozó Madeline.

—Es sólo una coincidencia —intervino Jupiter.

Pete había regresado de la cocina.

—Ahora vendrá el *sheriff* —anunció—. Bien, volveré a llamar y pediré una ambulancia.

Jupiter asintió en tanto él, Bob y Beefy salían para ver cómo se encontraba Marvin Gray.

—Es una manera desdichada de liquidar este caso —murmuró el Primer Investigador—, pero creo que por fin está ya cerrado.

CAPÍTULO 22

Alfred Hitchcock declina una invitación

Una semana después de haberse recuperado las películas de Madeline Bainbridge, los Tres Investigadores visitaron a Alfred Hitchcock.

—Supongo que tenéis las notas en orden —dijo el famoso director de cine, indicando sendas sillas a Jupiter, Bob y Pete.

Bob sonrió y le entregó una carpeta al señor Hitchcock.

—Excelente —aprobó el director—. Los relatos de la prensa referentes a la recuperación del dinero del rescate de las cintas fueron muy interesantes, pero yo prefiero saber qué papel jugasteis vosotros en el asunto.

El señor Hitchcock empezó a leer y no habló hasta haber terminado con la última cuartilla de la carpeta.

—¡Esto es fascinante! —ponderó al fin—. Una mujer víctima de su propia culpa… Una mujer que se ocultó a la vista del mundo, sin confiar en nadie.

—En nadie, más que en un malvado —le rectificó Pete—. Marvin hubiese continuado estafándola, si nosotros no hubiésemos asido el toro por los cuernos aquella tarde en que drogó a Madeline. Estos días, los expertos están repasando las cuentas de Madeline para saber cuánto le estafó Gray exactamente. Naturalmente, Gray se halla en la enfermería de la cárcel del Estado. El fiscal le acusará formalmente cuando posea toda la información.

—Ha sido una suerte que se salvara —suspiró Alfred Hitchcock —. Ramón Desparto no sobrevivió cuando fallaron los frenos de su coche. Naturalmente, no creo que Madeline Bainbridge fuese la causante de tales accidentes. Me gustan mucho los misterios, pero creer que una bruja puede provocar un accidente de coche es… bueno, supongo que demasiado, ¿verdad?

Jupiter sonrió.

—Nunca sabremos la verdad —replicó—. Beefy Tremayne está convencido de que Gray chocó contra el árbol por haberse llevado su coche, y Beefy y todo lo suyo siempre funcionan mal.

—Esto debería servirle de consuelo a Madeline —dijo Alfred Hitchcock—. Parece muy apenada al pensar que ella es la verdadera culpable de la muerte de Desparto y las heridas de Gray.

—Ahora trata de sobreponerse a esta idea —explicó Bob—, y también intenta usar sus poderes mágicos para curar la torpeza de Beefy. En realidad, ya no tropieza tanto como antes, o sea, que tal vez la magia tenga éxito en él.

—Claro que tampoco su tío le riñe tanto como antes —añadió Pete—. Oír constantemente la voz dura y áspera de William Tremayne puede poner nervioso al más templado.

—Una cosa —preguntó el director de cine—: ¿Halló realmente la policía las huellas dactilares de Jefferson Long en aquel automóvil usado? ¿Aquél en que encerró a Pete?

Los tres muchachos sonrieron.

—Eso fue un farol que se tiró Jupiter —explicó Bob—. Esperaba que Long se delatase. En realidad, fue Thomas el que se derrumbó y huyó… o lo intentó. Thomas, claro está, tenía aquellas llaves en el bolsillo, entre las cuales se hallaban las del apartamento de Beefy y las de la empresa farmacéutica donde antes había trabajado. O sea, que Jupe estaba en lo cierto cuando adivinó de dónde había salido el magnesio.

—Incluso sin estas pruebas —alegó Jupe—, la policía podía acusar a Thomas y a Long. El dinero del rescate de las películas de Madeline estaba aún en el portaequipajes del coche de Long. Estaba tan seguro de sí mismo que no se había molestado en esconderlo. No tardó en ser arrestado. Ahora está libre bajo fianza, pero ha visto que su larga amistad con la policía ha terminado. Ahora ya saben de qué modo los estuvo utilizando para sus propios fines y todos están furiosos.

Jupiter tosió unos segundos fingidamente, antes de proseguir:

—En cuanto a Thomas, cuyo verdadero nombre es Goodfellow, estuvo ya preso por robo y falsificación. Luego intentó portarse bien y trabajar con honradez, pero no pudo lograrlo. En la empresa farmacéutica donde trabajó también han encontrado a faltar dinero. Bueno, Thomas jamás podrá dejar de robar.

—Pues es una suerte que por algún tiempo esté fuera de circulación —rió el director de cine.

—En cambio, Madeline vuelve a estar en circulación —informó Bob—. Ha decidido que es peligroso vivir como una reclusa, de manera que piensa celebrar una fiesta el próximo viernes por la noche. Invitará a todos los miembros de su antiguo círculo mágico.

—¿Acudirán? —preguntó Hitchcock—. En vuestro informe, decíais que Madeline no era muy grata entre sus amistades.

—De acuerdo, pero todo el mundo siente curiosidad —replicó Jupiter—. La gente quiere ver cómo está al cabo de tantos años, de modo que todos irán a la fiesta. Y la hallarán tan semejante a la actriz de otros tiempos, que creerán que, en efecto, es una bruja.

—Sin duda, la vida sencilla que ha llevado la ha ayudado a conservar su aspecto juvenil —dedujo Alfred Hitchcock.

—Está muy joven, sí —declaró Jupiter—. Ella dice que todo se lo debe a la comida vegetariana… Sólo come verduras desde hace treinta años.

—Supongo que no pensará que la belladona es comida vegetal —respondió el director de cine.

Jupiter se echó a reír.

—Oh, no. Nos dijo que la guardaba para usarla como ungüento en los aquelarres… aunque en cantidades minúsculas. A propósito, usted está invitado, si quiere, a su fiesta. Le dijimos que veníamos a verle hoy y ella siempre ha admirado su labor. ¿No le importa comer vegetales en el rancho de Madeline? ¿O se pondría nervioso al cenar con una bruja?

Alfred Hitchcock consideró la proposición y al final movió la cabeza negativamente.

—Por favor, expresadle a esa dama mis disculpas… No, no, las brujas no me ponen nervioso y menos aún cuando son tan encantadoras como Madeline Bainbridge. Sin embargo, en lo tocante a la comida vegetariana… ¡paso, muchas gracias!

FIN



MARY VIRGINIA CAREY. (New Brighton, 1925 - California, 1994) fue una escritora conocida principalmente por sus novelas juveniles, muchas de ellas para la Factoría Disney, adaptando películas como *Mary Poppins* o *Merlín el encantador*, y también por las series de libros *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores*, con los que consiguió un gran éxito internacional. Nacida en Inglaterra, el mismo año de su nacimiento su familia emigró a los Estados Unidos. Asistió a la universidad de Mount St. Vincent en Riverdale (Nueva York) y terminados sus estudios, empezó a trabajar como periodista. En 1955 obtuvo la ciudadanía estadounidense. Ese mismo año se unió a la Walt Disney Productions, donde trabajó durante catorce años como escritora. Fue miembro de la asociación de escritores PEN y de la Mystery Writers of America.

Hasta su muerte en 1994, Mary Virginia Carey vivió en Ventura, California.

Notas

[1] *Coven* es una palabra internacional que determina un grupo de brujos o brujas blancas, o sea buenas, en número de 13, las cuales se reúnen en unas fechas determinadas para celebrar los Aquelarres o «Sábados». (N. del T.) < <

[2] Aparatos emisores-receptores de mano para comunicarse a distancia. <<

[3] Un grupo de voluntarios que, a las órdenes de un *sheriff*, persigue a un delincuente determinado en USA. < <